

IDAD A
CCIÓN G

BX2160

.A9

1866

c.1

109906

E#46#89

E

243



1080042499



EL
AVE MARIA

Y LA

SALVE



POR EX SACERDOTE DE LA COLEGIACION DE LA HISTORIA

CASA DE MEXICO

BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS MEXICO

IMPRENTA DE ANDRADE Y ESCALANTE
Bajos de San Agustín núm. 1

1866

109906

38006



ACTIVIDAD ACADÉMICA
MAY 19 1966

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EXMO. É ILLMO. SEÑOR:

Un sacerdote de la Congregación de la Misión, ha compuesto dos opúsculos titulados: *El Ave María* y *La Salve*, en los cuales desarrolla una por una las palabras de tan devotas oraciones; exhortando al mismo tiempo á los fieles á que las recen con frecuencia y fervor, conforme la intención de Nuestra Madre la Santa Iglesia; y como él desea darlos á la imprenta, acude para este fin á S. S. I., para que se digné conceder su superior aprobación, y conceda además ochenta días de indulgencia á los fieles que leyeren ú oyeren leer cualquiera de sus párrafos, y también á los que procuraren propagar su lectura.

Dios guarde á S. S. I. muchos años.—Santa Misión de Cuernavaca y Enero 9 de 1866.

El Autor.

Cuernavaca, Enero 10 de 1866.—Pase á la revision y censura del Sr. cura vicario foráneo Dr. D. Tomás Baron. Lo decretó y rubricó el Exmo. é Illmo. Sr. Arzobispo.—R.

Dr. José Joaquín Urbía,
PRO-SECRETARIO.

EXMO. É ILLMO. SEÑOR:

Hé leído con atención las dos obritas intituladas, la una *El Ave María*, y la otra *La Salve*, compuestas por un sacerdote de la Congregación de la Misión, que V. E. I. ha tenido á bien cometer á mi censura. Nada encuentro en ellas opuesto á los dogmas de nuestra santa fé ni á los prin-

cipios de sana moral. En consecuencia, soy de parecer que puede V. E. I. conceder la licencia que se solicita para su impresion, salvo siempre el superior de V. E. I.
Cuernavaca, Enero 10 de 1866.

Dr. Tomás Barón.

Cuernavaca, Enero 10 de 1866.—Visto el dictámen que antecede, damos nuestra licencia para que se impriman y publiquen los opúsculos titulados: *El Ave María y La Salve*, compuestos por un sacerdote de la Congregacion de la Mision; con calidad de que antes de que se den al público, pasen para su cotejo al padre superior de la misma Congregacion, el que podrá verificar por sí ó por medio de otro eclesiástico de su confianza; y concedemos ochenta dias de indulgencia á los fieles que leyeren ú oyeren leer cualquiera de sus párrafos. Lo decretó y firmó el Exmo. é Illmo. Sr. Arzobispo.—M.

El Arzobispo.

Dr. José Joaquín Vía,

PRO-SECRETARIO.

Los Illmos. Sres. Obispos Dr. D. Francisco de P. Vereá, Dr. D. Pedro Barajas, Dr. D. Carlos María Colina, Dr. D. José María Ormaechea y Dr. D. Agustín C. Carpena, han concedido cuarenta dias de indulgencia, á los fieles que leyeren ú oyeren leer cualquiera párrafo de estos dos opúsculos, *El Ave María y La Salve*.

PRÓLOGO.

Despues de haberte presentado, lector carísimo, una explicacion de la oracion del Padre Nuestro,* me ha parecido que no podia hacerte un favor mas singular que ofrecerte otra análoga acerca del Ave María, para que por medio de ella no solo alcances de Dios Nuestro Señor todo cuanto le hayas pedido en el Padre Nuestro, sino que tambien seas un verdadero devoto de la augusta Madre de Dios; y con esta devocion tengas la verdadera señal de tu predestinacion eterna. Pídele esta gracia con todo el afecto de tu corazon, mientras que yo consagro este corto trabajo á la mayor honra y gloria de Dios y de la Inmaculada Santa Virgen María, y de Nuestro Santo Padre San Vicente de Paul.

EL AUTOR.

* El Opúsculo titulado "El Padre Nuestro," se imprimió en México en la imprenta de D. José Sebastian Segura, año de 1865.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO I.

AVE MARIA.

1. *Oración á la Santísima Virgen María.*—En el libro que acabo de presentarte, lector carísimo, sobre la oración del Padre Nuestro, te enseñé el modo con que habías de orar á Dios Nuestro Señor; así como ahora explicándote el Ave María, pienso instruirte algo sobre la oración que debes hacer á la Santísima Virgen *María*. Con el Padre Nuestro pedimos á Dios todo cuanto necesitamos; con el Ave María pedimos á la Santísima Virgen que nos logre nuestra petición: con aquel pedimos á Dios que nos dé lo que hemos menester; con ésta acudimos á *María*, no para que nos dé las cosas como propias suyas, sino en cuanto Dios le ha confiado su distribución. Con el Padre Nuestro damos á Dios culto de latría porque reconocemos su supremo dominio; con el Ave María damos á esta Soberana Criatura culto de hiperdulia; porque al paso que reconocemos que no puede concedernos ni la mas insignificante gracia, como propia suya, afirmamos que ella sola con sus propios méritos puede lograrnos mas gracia que toda la que pudieran merecernos todos los santos y ángeles juntos. Por esto la Iglesia nuestra madre exhorta en todo tiempo á los fieles que acudan á *María*; por esto se sirve de innumerables medios destinados á inflamar los corazones al amor á *María*; por esto ha compuesto muchas

devociones y se alegra de que sus hijos las practiquen: por esto ha levantado tantas iglesias, ha consagrado tantos altares y ha erigido tantas cofradías á honra y gloria de *María*: y por esto, en fin, es sentencia de la Iglesia, que un verdadero devoto de *María* tiene la mayor señal de su predestinacion á la gloria. La oracion de súplica dirigida á *María Santísima* es la mas necesaria despues de la del Padre Nuestro; y es tambien la mas conveniente, la mas útil, la mas deliciosa y la que entraña toda especie de bienes. Esta oracion que se halla admirablemente encerrada en el Ave *María*, es la que paso á explicarte un poco para inflamarme á mí y despues á tí en el amor de *María*.

2. *Qué es el Ave María*.—Aunque me vea obligado á confesar que apenas hay quien ignore lo que es la oracion del Ave *María*, y aunque sepa que todos afirman que despues del Padre Nuestro es la mas digna de ser pronunciada no solo por bocas humanas, sino aun por labios angélicos, con todo, siempre intento decirte algo de tan divina oracion. El Ave *María* descendió en su mayor parte del cielo á la tierra; reconoce á un ángel por maestro, y á solo Dios por autor; y es ademas el mas bello resultado del eterno decreto que escogió á *María* para ser su Madre dignísima. El Ave *María* es la oracion mas útil porque se dirige á la mas tierna Madre; es la mas conveniente, porque damos á la Virgen cuanto es capaz de recibir de miserables criaturas; la mas provechosa, porque le pedimos lo que mas necesitamos, y la mas agradable á la Madre de Dios, porque le recordamos sus mas gloriosas alabanzas. Qué mucho, pues, que esta oracion haya sido dirigida por Dios, proclamada por el Arcángel Gabriel, enseñada por el Espíritu Santo, predicada por Isabel, ordenada por la Iglesia y recibida por los fieles con la mayor aclamacion que pueda desearse. Y no es extraño:

porque con ella se dice á *María* que Dios la saludó del modo mas glorioso; que la declaró llena de toda la gracia de los santos, de las vírgenes, de los confesores, de los mártires, de los apóstoles, de los profetas, de los patriarcas, y aun llena en cuanto cabe de la misma plenitud de la gracia. Con ella se afirma que estaba con el Señor de un modo el mas semejante á la blancura que no puede desprenderse de la cándida nieve. Y se afirma que es bendita sobre todas las mujeres, á la manera con que es bendecido sobre todo el fruto de su vientre *Jesus*. Diciendo el Ave *María*, la declaramos la criatura mas santa, como la que está mas cercana á Aquel que es tres veces santo: la declaramos una criatura divina, en fuerza de la augusta prerogativa de Madre de Dios; y le suplicamos tambien que ruegue por nosotros ahora, y de una manera especial en la hora de nuestra muerte. Qué te parece, lector carísimo, ¿dónde se hallará una oracion que pueda compararse con esta oracion? Su origen es Dios, su maestro es un ángel, su objeto es la gloria de *María*, y su fin es nuestra felicidad. Reflexiona lo que es el Ave *María*, y te aseguro que no podrás menos que rezarla, y rezarla con frecuencia y fervor.

3. *Qué decimos á la Virgen diciéndole Ave María*.—A fin de que te determines, lector carísimo, á ser muy devoto de *María*, y le manifiestes tu amor por medio del rezo del Ave *María*, voy á referirte algo de lo que dices á tu tierna Madre, con solo decirle Ave *María*. Con ella te constituyes como el primer pregonero de la augusta *María*, y al modo del Arcángel, intentas renovar todas sus glorias. Contempla la escena que pasó en Nazaret cuando se apareció á la Santísima Virgen que habia de ser la Madre de Dios. En el momento en que puesta en oracion; disfrutaba las delicias mas puras del mas ardiente amor, se cumplieron los dias

que el Señor había determinado, y Gabriel el Arcángel, que es uno de los siete que están al derredor del trono de Dios; Gabriel, que apellidarse puede el Ángel de la Encarnacion, es el que partiendo de la divina presencia y dirigiéndose al aposento de la Virgen, la saluda diciéndola: *Dios te salve; llena eres de gracia; el Señor es contigo.* ¡Oh! ¡y cuándo se ha visto una embajada semejante! En otro tiempo dióla Dios al justo; ahora se dirige á la Reina de todos los santos, y á la Madre de la justicia: entonces se aprobó la conducta del que practicaba la justicia; ahora se describe la mayor perfección á que puede llegar una pura criatura: entonces el profeta Isaías era el portador que decia al justo, que bien;* ahora es la persona del mismo Dios la que por medio de su ángel dice Ave María: y entonces, en fin, era un nombre genérico que nada determinaba; y ahora se da al particularísimo nombre de María. Ave María! ¡oh! y ¡cuántos honores le tributan estas dos palabras! ¡cuántas alabanzas la que ella recibe! ¡cuánta gloria la que le recordamos! Con solo decir devotamente el Ave María, se pone á la vista de nuestra Reina todo cuanto se ha deseado, se ha pensado, se ha dicho y se ha hecho en su honor: se le da otra vez el culto todo que ha recibido durante diez y nueve siglos; todas las alabanzas que han resonado, en cien y cien templos consagrados á su gloria; todos los bienes que han hecho incontables cofradías que la han adoptado por su patrona; todas las virtudes que han practicado numerosas comunidades que se le han consagrado; todos los votos que le han dirigido todos los fieles; y aun todos los himnos de honor y gloria que se le tributaren hasta el fin de los tiempos: tan grande, tan excelente, tan poderosa es el Ave María. Por tanto, qué

(*) Is. III. 10. Dicite justo quoniam bené.

agradable no ha de ser el rezo del Ave María para los cristianos? ¡Qué dulzura la que experimentarán? ¡Oh, si nuestros ojos en cada una de sus miradas dijeran Ave María! ¡Oh, si siempre que escuchásemos oyéramos Mve María! ¡Oh, si en todas nuestras palabras dijéramos Ave María! ¡Oh, si en todo cuanto hiciéramos obrásemos siempre segun el Ave María! Lector carísimo, entremos en estos santos deseos de decir con afecto el Ave María, y procuremos que hagan lo mismo todos los fieles; al menos á fuer de cristianos. De mi parte voy á referirte la siguiente historia que ói hace muchos años, en la cual verás lo mucho que gusta la Santísima Virgen de que los cristianos, y de un modo especial las niñas, le recen el Ave María. En cierto lugar vivía una santa vírgen que era muy devota de María Santísima, y entre otros ejercicios de devocion, poseía la dicha de rezar el Ave María. Era cosa muy admirable ver la frecuencia y devocion con que lo hacia, porque cuantas veces se despertaba de noche decia Ave María: al levantarse por la mañana, su primer pensamiento lo ocupaba el Ave María: mientras se vestía, en lugar de entretenerse en vanas curiosidades, ella repetía el Ave María: ya vestida y aseada, se iba á prostrar á los piés de su divina Madre, y le pedia su bendiccion con el Ave María. Todas sus ocupaciones eran precedidas, acompañadas y concluidas del Ave María: su desayuno, su comida y la cena lo sazónaba todo con el néctar delicioso del Ave María. Tomaba en su cama el ligero descanso que le pedia la necesidad, ¡y cosa admirable! porque aun durmiendo, vigilaba su corazon diciendo Ave María. Enferma, buscaba su salud en el Ave María: su mejor y mas experimentado médico era el Ave María; y todos sus dolores le eran soportables y aun queridos porque los sufría bajo la influencia del Ave María: en suma, desahuciada de

los médicos se preparó para morir con el Ave María, y Ave María fué su último aliento. Esta afortunada virgen murió como una verdadera hija de María; y las vírgenes del lugar la acompañaron al sepulcro, entonando festivas no el himno de dolor, sino el cántico nuevo que es propio de las vírgenes que siguen al Inmaculado Cordero por do quiera que vaya; el cántico de sus grandes y heroicas virtudes; y de un modo especial el cántico del amor á la Augusta é Inmaculada María. Su sepultura, aunque muy humilde por encerrar los restos de una pobre doncella, fué sin embargo muy pronto un objeto digno de admiración; porque á los pocos días apareció alrededor de su tumba una yerba tan extraña como milagrosa; yerba que poco á poco fué trasformándose en grande arbusto, y arbusto que acabó con hacerse un árbol tan bello como prodigioso. Su belleza era suma, ya porque todo él despedía un no sé qué de beldad que le prodigaba el título de hermosísimo, ya porque en todas partes se veía, Ave María. Desde cualquier distancia proporcionada que se mirase, luego se leía, Ave María: en todo su tronco, y en cada una de sus partes estaba esculpido, Ave María: en todas sus ramas se veía grabado Ave María: en cada una de sus hojas se encontraba, Ave María: y sus frutos que eran de un gusto suavísimo, eran todavía mucho mas suaves, porque llevaban la dulce inscripcion de Ave María. Llegó la noticia de este conjunto de prodigios á las autoridades del lugar, las cuales mandaron cavar alrededor del árbol hasta que se encontrase el origen de aquel portentoso; y hallóse que las raíces tenían su principio en aquel afortunado corazón que con tanto fervor había pronunciado el Ave María. Con esto se nos indica lo mucho que le gusta á la Santísima Virgen el que los cristianos todos la saluden con el Ave María, supuesto que se sirvió de un

milagro tan estupendo. Así, lector carísimo, ¡cuántos beneficios no llóverian sobre tí, si rezaras el Ave María! no quiero decir que hayas de experimentar casos tan prodigiosos; pero te aseguro que merecerás que la Santísima Virgen María sea tu medianera y abogada, tu redentora y tu consuelo, y que te dispense toda la ternura de la mas fiel y cariñosa madre, porque tales son los efectos que acompañan al venturoso que dice el Ave María.

¡Qué motivos tan poderosos para que siempre digamos el Ave María! Tomemos, pues, la resolución de rezarla devotamente, porque al paso que diciendo el Padre Nuestro glorificamos á Dios para que nos conceda lo que necesitamos para el cuerpo y para el alma, así diciendo el Ave María no solo glorificamos á esta Inmaculada y Divina Madre, sino que le hacemos una santa violencia para que nos conceda lo que pedimos á Nuestro Señor con el Padre Nuestro. ¡Oh santos y poderosos efectos del Ave María!

4. *Le recordamos que es nuestra medianera y abogada.*—Uno de los grandes motivos que deben moverte, lector carísimo, á saludar á la Santísima Virgen con el Ave María, es que en fuerza de esta oracion te hace de un modo especial los saludables oficios de medianera y abogada. Aunque San Pablo haya publicado que no habia mas que un mediador entre Dios y los hombres, y que este era Jesucristo; pero no excluyó el que *Maria* fuese por gracia y privilegio nuestra medianera para con Jesucristo; del mismo modo que Jesús lo es para con su Padre celestial. Perdidos estábamos por el pecado; toda carne se habia corrompido y todo corazón estaba inclinado hácia el mal; el diluvio habia purificado la tierra de los crímenes de la mas depravada generacion; y despues de muchos azotes de la Divina Justicia, viene Jesucristo, carga con nues-

tros pecados, satisface por todos ellos, y queda por oficio el mediador entre los hombres y Dios. Los cristianos por sus numerosos pecados se convierten con frecuencia en un pueblo mas culpable que el que existia antes del diluvio, y hartas veces se habria visto aniquilado, si no habiese sido la mediacion de su querida Madre. Porque al modo que Jesucristo nos redimió muriendo enclavado en la cruz, así *Maria* permaneciendo firme al pié de la cruz de su Hijo, y padeciendo en su espíritu lo que Jesus padecia en su cuerpo, fué tanto lo que entonces agradó á Dios, que le fué concedido el privilegio de que fuese nuestra coredentora: por esta causa, si Jesucristo es por oficio, segun San Pablo, nuestro mediador, *Maria* es nuestra mediadora. ¿Qué seria de nosotros si no fuese la mediacion de *Maria*? Sin duda alguna que el Señor ya nos habria aniquilado: pero *Maria* con su poderosa mediacion detuvo la ira de Dios justamente vengador; desarmó aquel terrible y omnipotente brazo, y lo trasfirió de manera que en vez de castigos, nos derrama infinitas gracias. ¡Oh, y cuánto no debemos á *Maria* Santísima! Infiere de ahí con cuánto afecto y gratitud hemos de repetir el Ave *Maria*. Por el mismo hecho de que es *Maria* Santísima nuestra mediadora, se sigue que es al mismo tiempo nuestra abogada: y á la manera que, segun San Juan, tenemos nuestro abogado delante de nuestro Padre celestial, así tenemos nuestra abogada delante de Jesucristo, y esta es la Santísima Virgen *Maria*: y así como las llagas de Jesucristo son los poderosos defensores que interceden sin cesar por nuestro bien, así el nombre de *Maria* nos indica que esta buena Madre nos defiende ante su Hijo como medianera y abogada. El santo rey David nos descubrió este misterio del patrocinio de *Maria* cuando en espíritu la consideró como una reina que estaba

al pié del augusto trono de su Hijo, vestida del oro de la caridad y adornada de mil virtudes. En efecto, *Maria* es esta augusta Reina que está á la derecha del trono de su Divino Hijo, teniendo la caridad inagotable en favor de nosotros, y el conjunto mas perfecto de todas las virtudes. El Salmista nos la presenta estando no sentada como la madre de Salomon, ni como los ancianos que rodean el trono del Cordero, ni como los sacerdotes juzgando aun á los ángeles mismos; sino que está de pié, para indicarnos, que su oficio principal es ser nuestra abogada. Cuenta el Santo Evangelio que Santiago y Juan tuvieron muy ardientes deseos de ocupar las primeras sillas del reino de Jesucristo, y para alcanzarlo confiaron la peticion á su madre. Esta, ya por los recursos que prodigaba á *Maria* Santísima, y ya por el título del parentesco, se encargó muy animosa de su peticion. No obstante de ser ella tan descabellada, que segun el testimonio de Nuestro Señor no sabian lo que le pedian; Nuestro Señor no reprendió á sus autores, como habrian merecido, sino que despues de haber prometido á los hijos que beberian un cáliz semejante al suyo, se contentó con asegurarles que á su Padre tocaba el reparto de las sillas que pedian. ¿Y por qué se portó con tanta benignidad? Así lo hizo como en gratitud á los pequeños servicios que le habian dispensado. Ahora bien; ¿cómo se portará con su Madre? ¡Oh, es imposible que no le conceda todo cuanto ella le pida! Acudamos, pues, siempre á la Santísima Virgen, é imploremos su patrocinio repitiendo sin cesar el Ave *Maria*.

5. *Que es nuestra verdadera luz.*—Segun los libros santos, es Jesucristo el divino Sol de Justicia; y *Maria* es por gracia y privilegio la verdadera luz que ilumina á todos los hombres. ¿Cuán grande es la dicha de los devotos de *Maria*! porque ella, como verdade-

ra claridad, los ilumina para que salgan del pecado y practiquen la virtud. Por otra parte, nuestros pecados casi siempre tienen el origen en la carencia de luz; y si pecamos no es ordinariamente por malicia ó por odio que tengamos á Dios, sino engañados por el demonio, arrastrados por las pasiones, movidos por los deseos, conducidos por la inclinacion, y como obligados por los escándalos. Por esto es que nuestra Reina, iluminando á nuestra alma, nos libra de incontables pecados. ¿Por qué piensas si no, lector carísimo, que se la llama *María*? Sin duda alguna porque nos ilumina; porque decir *María*, es lo mismo que si se dijera estrella del mar. Para que concebamos un poco hasta qué punto es *María* nuestra luz, imaginémoslo lo que acontece en alta mar en el momento de una tempestad deshecha: ya los vientos se desatan furiosos para introducir en las aguas un gran alboroto; ya el mar se hace mas que terrible y toma todas las formas de lo espantoso; ora la noche se hace lúgubre, se esconden las estrellas y las tinieblas gobiernan por do quiera; ora lo preside todo un diluvio de agua y los monstruos marinos salen de sus centros para asistir á tan hórrido espectáculo; ora en fin, aparecen los relámpagos, y con su luz amenazadora y triste, hacen que todo sea afflictivo y desgarrador. En este caso los marineros toman la brújula, se fijan en la estrella del Norte, y así logran arribar felizmente al puerto de salvacion. Tal es nuestro estado, lector carísimo, porque mar turbulento es este mundo en que vivimos; nuestra alma es el buque que navega; las tentaciones son los vientos que todo lo arrastran; el poder de las aguas son los peligros que nos rodean; los monstruos marinos son los demonios, y las angustias y demas perplejidades mundanas son las tinieblas que nos rodean. ¿Quién impedirá el naufragio? *María*, y solo *María*, porque ella es la radiante estrella

que nos conducirá al puerto de la eterna salvacion. ¡Ah! á vista de estos peligros, clamemos á *María*: ¿es una tentacion la que nos asalta? invoquemos á *María*: ¿es un amigo el que te ofende? llama á *María*: ¿es el demonio el que te embiste y ataca? nombra á *María*: ¿es la miseria la que te pone en peligro de perderte? confia en *María*. ¿Y cómo no ser así, ya que tal es el resultado del solo nombre de *María*? Adopta, pues, la resolucion práctica de invocar á *María*, ya porque nada hay que perder, ya porque se tiene infinito que esperar. Invoca el poder de tu Divina Señora diciendo Ave *María*, y con solo esto te la representas tu mediadora, tu abogada, y tambien la que te ilumina de un modo todo especial. Decir á la Santísima Virgen Ave *María*, es representártela como la única criatura que puede reconciliarte con Dios, la única que te merece la gracia, la única que te enriquece con este don sobrenatural, la única que te enseña el modo de arrepentirte bien, y la única que establece la verdadera reconciliacion.

6. *Devocion al Ave María*.—La devocion al Ave *María* ha de ser el fruto que debes sacar de estas palabras, Dios te salve, *María*: y con razon, porque ellas entrañan de una manera toda especial los privilegios todos de la Santísima Virgen, porque es la salvacion, no solo angélica, sino la que ella oye con mas gusto; porque no puede ser saludada de un modo mejor y mas excelente que diciéndole Ave *María*; porque con agrado nos saluda ella con nuevas gracias, cuantas le decimos fervorosos Ave *María*; porque no puede ser negada cosa alguna al que se acerca á la Madre de Dios con el Ave *María*; porque podemos prometernos tantos auxilios en la hora de la muerte, cuantas Ave *Marías* le hubiéramos dicho en vida; y porque así como todo el cielo se alegra al oír Ave *María*, así tambien tiembla el infierno y huye el demonio.

A fin de que saques, lector carísimo, todo el fruto que yo deseo de la práctica devota del Ave María, te recomiendo:

1º Que todas las mañanas al levantarte, y todas las noches cuando te acostares, te hincas á los piés de tu cama, te dirijas con la mayor fé á *María Santísima*, considerándola como á tu madre, y le reces tres Ave Marías, añadiendo al fin de cada una de ellas la siguiente jaculatoria: *Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos*: y en la última le pidas su bendición, considerándola, no solo como Madre de Dios, sino de un modo especial como tu Madre.

2º Que reces á la Santísima Virgen *María*, la devoción denominada el *Angelus*: es decir, que por la mañana, medio día, y noche al toque de la oracion, la saludes con tres Ave Marías, saludándola Virgen antes del parto, Virgen en el parto, y Virgen despues del parto.

El modo con que lo hace la Iglesia, es así: Al primer toque dice: *El ángel del Señor anunció á María y concibió por obra del Espíritu santo*: Dios te salve, María. . . . Al segundo toque: *Ved ahí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*: Dios te salve, María. . . . Al tercer toque: *El Verbo divino se hizo hombre y habitó entre nosotros*: Dios te salve, María. . . . En tiempo de Pascua se dice el *Regina caeli*. . . . y los que no lo saben, cumplen con decir el *Angelus*. Esta devoción tiene las indulgencias de Juan XXII (*).

3º Que saludes á la Santísima Virgen con el Ave María, cada vez que suene la hora en el reloj; y gusta tanto esta devoción á *María Santísima*, que no sería

(*) De Sixto IV. de Adriano VIII, y las de Benedicto XIII, que son 100 días. Los mexicanos tienen además 80 días de indulgencia concedidos por el Illmo. Sr. Nuñez de Haro. 3.

cosa nueva el que los Santos Angeles te avisasen de que ya dió la hora, y aun el que te despertaran en alguna hora de la noche porque tengas la dicha de saludar á la augusta Madre de Dios. No puedo menos de aconsejarte, que al fin de cada Ave María, añadas el *Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos*.

4º Que al salir de casa y al entrar en ella, saludes á la Santísima Virgen con el Ave María, y en espíritu le beses sus piés, para que en un todo te guie de modo que no caigas en pecado.

5º Que reverencies con el Ave María todas las imágenes que encontrases de esta Soberana Señora: y á este fin debes colocarla en tu casa en un lugar público, para que todos hagan lo mismo, y esta costumbre debes practicarla aun en la calle, cuando entres en las iglesias, despues de haber adorado á Jesus Sacramento con el Padre nuestro, saluda inmediatamente á su augusta Madre con el Ave María.

6º En el principio de cada accion de alguna importancia, coloca un Ave María, y cuando la hayas concluido, repite otra vez el Ave María, porque te aseguro que no podrán menos de ser meritorias todas las acciones que vayan encerradas entre dos Ave Marías.

En una palabra, en toda tentación, peligro, dificultad, ímpetu ó pasión violenta, pide el socorro que necesitas con el Ave María, y te aseguro que no saldrás desairado; y que no pocas veces recibirás aun mucho mas de lo que hubieres pedido: tanta es la eficacia del Ave María!

CAPITULO II.

LLENA ERES DE GRACIA.

7. ¿Qué decimos á María saludándola *llena de gracia*?—Después que el ángel hubo manifestado que su embajada no solo era celestial, sino que también divina; después que hubo adorado á María como á la futura Emperatriz de cielo y tierra, comenzó á descubrirla su objeto, llamándola *llena de gracia*. Dos palabras; pero ellas solas nos describen todo lo que es nuestra immaculada y divina Madre. ¡Llena de gracia! expresiones las más valientes y que nos dicen de María, cuanto puede decirse: pues dígase lo que se quiera de la augusta Madre de Dios, que no puede decirse más, que afirmar que es *llena de gracia*. Y así, lector carísimo, cuando repitiendo las palabras del Arcángel, afirmas que está *llena de gracia*, es lo mismo que si dijeras: hé ahí á María! hé ahí la que puede por gracia y privilegio lo que Dios por esencia y naturaleza! Hé ahí la que salió de la boca del Altísimo y la que fué engendrada antes que toda criatura! Hé ahí la primogénita en cuanto estuvo predestinada junto con el Hijo en los divinos decretos, y la que el Señor tuvo consigo desde el principio de sus obras. Decir á María que es *llena de gracia*, es predicar que ella es la única y la sola hija de la vida; la sola y la única destinada á ser Madre del Redentor; la condecorada con el alto destino de la reparación del mundo criminal y de la libertad de todo el género humano. Decir que es *llena de gracia*, es proclamar que fué prevenida con un cau-

dal de gracias, que hizo que su alma purísima estuviese siempre libre de toda culpa, que fuese destinada para que en sus entrañas el mismo Dios se hiciese hombre, y la trazada con tanta magnificencia y grandeza que fuera dispuesta habitación aun para el mismo Dios. Decirla *llena de gracia*, es confesar que es María la más hermosa en su alma y en su cuerpo, en su entendimiento y en su voluntad, en sus sentimientos y en sus inclinaciones, en su corazón y en sus afectos: es confesar que su alma fué la más bella después de la de Jesucristo; es confesarla la obra más grande y la más digna de Dios y de su Omnipotencia, después de la del Verbo Encarnado; y es confesar que desde el primer instante de su concepción fué immaculada, y que recibió más gracia que cuanta había de concederse á los ángeles y á los hombres, de manera que le fué concedida tan de lleno y con tanta plenitud, que le conviene perfectamente el hermoso dictado de *llena de gracia*. ¡Qué te parece de María! ¡Oh si tu vida y tu muerte; si tu descanso y tu trabajo; si tus vigias y tu sueño; ¡oh si todo fuese en tí un himno de amor hacia María! Nada tan hermoso como María: y nada tan exquisito y tan preclaro! En ella todo es más brillante que el sol, todo más resplandeciente que las estrellas, todo, en fin, más bello que el plateado resplandor de la luna. En ella todo es como la esencia de las más fragantes flores; todo como el néctar de los ungüentos más aromáticos, y todo como lo más bien combinado de los más acertados matices. Decirla *llena de gracia*, es decirle divina María; es proclamarla dignísima Madre del más digno Hijo; la misma hermosura del hermoso mismo, y la Madre escelsa del Altísimo. ¡Oh María! ¡Oh amor dulce de los corazones! No, no eres Dios; pero como *llena de gracia*, eres indeciblemente superior á todo aquello que no es Dios.

8. *Le decimos que es la primera entre las criaturas.*
 —¡Oh qué hermosa es *María!* Es la primera entre las criaturas: sus atractivos aventajan á los del canario pulido; del donoso chuparosa y del pavo real: su valor supera á la mas pura plata, al oro mas acendrado y á las piedras mas duras y mas finas: su belleza excede al resplandor de las estrellas, á la hermosura de la luna, á lo brillante del sol y á las cien y cien gracias de la luz. Oh qué hermosa, qué grande es *María!* Es la primera entre las criaturas racionales: su pureza es tan original, que es la reina de las Vírgenes; su mortificación tan intensa y extendida, que es la reina de los anacoretas; su virtud es tan sin segunda, que es la reina de los confesores; su fortaleza es tan completa, que es la reina de los mártires; y su amor es tan puro y acendrado, que es la reina de los Apóstoles. ¡Oh qué hermosa, qué grande, qué excelente es *María!* Es la primera entre las criaturas angélicas; es superior á los ángeles y arcángeles; á los serafines y querubines; á los tronos y potestades; y es superior á principados, dominaciones y virtudes. ¡Oh qué hermosa, qué grande, qué excelente, qué privilegiada es *María!* Ella es superior á cuanta criatura hay y puede haber: y á la manera que José era en Egipto el primero despues del rey; así *María* es la primera despues de Aquel que es Rey de reyes y Señor de los señores. Solo la humanidad de Jesucristo destinado á ser Dios, le es superior; fuera de ésta, *María* es la primera, y de tal suerte, que todas distan de ella casi infinito. ¡Qué te parece, lector carísimo, de esta Soberana Señora? Y todo se dice de ella saludándola *llena de gracia.* ¡Oh qué divina es la salutación angélica! ¡Oh qué portentosos los misterios que entraña! ¡Oh qué singulares privilegios los que nos revela el *llena eres de gracia!* Oh si nuestros labios balbuceasen siempre *llena de gracia!* Cuando saludamos

á *María* de este modo, la proclamamos como el principio de todas las obras de Dios; como la Reina de ambos mundos; como la Emperatriz de los cielos; como la Señora de los hombres, y como la Dueña de todos los espíritus angélicos; la proclamamos la escogida para ocupar en la mente del Altísimo un lugar tan preclaro, que la determina las tres veces Santa aun en la presencia de Dios, y no como quiera, sino segun toda la medida del Arcángel, al apellidarla *llena de gracia.* ¡Qué alabanza la que damos á *María* con estas palabras! Con razon es el Ave María la oracion que mas le place; no solo porque es la que le recuerda todas sus glorias, si que tambien porque le presenta todas las alabanzas que dió á su Dios; y aun parece que nuevamente se las tributamos en su nombre. ¡Oh que excelencia la que se comunica á *María* al decirla *llena de gracia!* Se lee de algunos santos que estuvieron llenos de gracia; pero la plenitud de *María* los superaba sobrecabundantemente; porque cuando uno, siguiendo el lenguaje angélico, la saluda *llena de gracia,* la reviste entonces de una gracia tan eminente, que supera cuanto es posible á todas las demas. Y no es esto una exageracion motivada del amor de un hijo para con su tierna madre, sino que es el lenguaje de la Iglesia, cuando determinando la capacidad de *María* para contener la gracia, afirma que es tal, que supera á la capacidad de los mismos cielos. ¡Ab lector carísimo, qué sentimientos los que brotan quizás de tu corazon! ¿*María* *llena de gracia!* ¿y tienes tú al menos algo de la gracia? ¿Quizás la has perdido? ¿Quizás tu corazon lo ocupa el pecado? ¿Quizás hace muchos años que estás lleno de crímenes? ¡Oh qué miseria es la tuya! ¡Cuánto mejor te fuera el que nunca hubieses nacido! Aprovecha este momento. . . . la gracia te llama. . . . sal del pecado, para que en algo te convenga

el *Uena eres de gracia*. ¡Ah! comencemos una vida santa é inmaculada: y como *María* aumentaba su gracia, así nosotros, al menos desde ahora, hagámonos todos los dias mas y mas santos. En fin, decir á *María Uena de gracia*, es confesar que cada momento se hacia mas y mas llena de gracia; y lo hacia con actos incomparablemente mayores que los de todos los ángeles juntos; y los repetía de tal modo, que aun durmiendo, formaban ellos el alimento de su corazon. No; no hay lenguas humanas, ni labios angélicos, que sean capaces de describirnos á *María* en fuerza de estas palabras *Uena de gracia*, pero sí que aseguramos, que ella es tal, que su conocimiento ha quedado reservado á solo Dios.

9. *Que posee eminentemente todas las gracias de las criaturas.*—Para convencerte, lector carisimo, de que *María* posee eminentemente todas las gracias de todas las criaturas, no tienes mas que recordar que el Arcángel de parte de Dios, la predicó *Uena de gracia*. Llena de gracia en el alma y en el cuerpo, y en los sentidos y potencias; llena de gracia en su imaginacion, porque solo se representaba las cosas de Dios; llena de gracia en su memoria, porque todos sus recuerdos estaban encerrados en Dios; llena de gracia en su entendimiento, porque teniendo su mente fija en Dios, solo obraba segun su querer santísimo; llena de gracia en su voluntad, lo cual hacia que no tuviese otra voluntad que la de Dios. *María es Uena de gracia*, y con esto se predica que ella sola posee la gracia de todas las criaturas, y que la posee eminentemente. El cuerpo de *María* es lo mas perfecto, y no puede ser de otro modo, ya que su mirar es de lleno de gracia; su oír de lleno de gracia; su gustar de lleno de gracia; su oler de lleno de gracia; su tocar de lleno de gracia, y de lleno de gracia, su corazon con todos sus afectos. ¡Oh *María!*

¡Oh dulce y amable *María!* eres la *Uena de gracia*: y eres la mas bella de la criaturas y la augusta Madre del Criador: y eres la inmaculada y divina *María*. La alabanza, lector carisimo, que dió el Arcángel á *María* al apellidarla *Uena de gracia*, afirmó que ella poseía todas las gracias de todas las criaturas, y en un grado el mas eminente; y así, no solo tiene mas que todos los siervos de Dios, sino eminentemente mas de todo lo que ha tenido cada uno de ellos. Nuestros primeros padres se distinguieron con los dones de elevacion, de integridad, de ciencia y de inmortalidad: y *María* tuvo tanta gracia, que fué llena de ella; fué tan íntegra, que jamás experimentó ni el menor zumbido de la concupiscencia; fué tan sábia, que supo con conocimientos divinos, y fué tan inmortal, que solo murió de amor para resucitar al tercer dia al par de su Hijo. Los patriarcas se distinguieron con aquella vivísima fé con que creyeron todas las promesas, y con la esperanza indescribible con que aguardaban su mas exacto cumplimiento; los profetas, con la abundancia de luces, en fuerza de las cuales casi veían los mas recónditos misterios; los apóstoles, con aquel celo, que acompañado de innumerables trabajos hizo cristiano á todo el mundo; los mártires, con la fortaleza con que sufrieron los tormentos en defensa de la fé; los confesores, con la eficacia en domar sus pasiones mediante la práctica de sólidas virtudes; las vírgenes, con la generosidad en conservarse inmaculadas, y toda la corte celestial, en conservarse tan pura como Dios la hizo: pues todas estas virtudes, y privilegios, y gracias, y excelentes prerogativas, todo se tributa á *María*, y del modo mas eminente al decirla con el ángel *Uena de gracia*. El santo rey David proclamó todas estas verdades y nos explicó de un modo especial en qué consistía ese poseer las gracias de todos los santos, eminentemente cuando

dijo, hablando de *María*: *puse yo mis cimientos en los montes mas santos*; como si dijera: yo en mi concepcion, como immaculada, ya era cien y cien veces mas santa que todos los santos; y estando con esta plenitud, comencé una serie de actos tan soberanamente perfectos, que sus quilates solo puede medirlos y apreciarlos Aquel que es Dios; porque yo, dice *María*, comencé el vuelo de mi santidad en la cumbre misma en do reposan los demas santos. En vano querrá aplicarse á algunos justos el llena de gracia; porque esta prerogativa es un privilegio tan sin segundo, que solo conviene á nuestra immaculada y divina *María*. Todos los santos han tenido muchos momentos sin gracia; momentos en que tenían el pecado, y en que el demonio pudo gloriarse de haberlos poseído. No así con *María*; porque á fuer de concebida sin pecado, tuvo desde el momento de su concepcion la plenitud de la gracia, y todos los momentos la anduvo multiplicando eminentemente. ¿Qué diferencia entre el estado dichosísimo de *María* y el nuestro? ¿Ella llena de gracia, y nosotros casi sin gracia? ¿Ella llena de gracia, y nosotros con el pecado? ¡Oh qué mayor miseria puede darse que obrar bajo la influencia del pecado! ¿Qué hacen, sin embargo, tantos desgraciados pecadores? ¿Y este estado tan infeliz es el tuyo? Amemos, pues, la gracia, pero con todo nuestro corazon. Hay hombres muy santos; hay mujeres, cuyas virtudes son en grado heroico; hay niños y niñas que han llegado á una perfeccion inmedible; y hay el santo Bautista, que segun la expresion del Salvador, es el mayor de los santos que se han levantado en el mundo. ¿Pero qué es todo esto, comparado con la santidad y perfeccion de *María*? Amemos, pues, á *María* de un modo especial; amémosla como que es la *llena de gracia*; y pongamos una gran parte de nuestras complacencias en recordarle *lle-*

na de gracia por medio del rezo ardiente y continuado del *Ave María*.

10. *Que es suya toda la gracia que Dios nos concede.*—Puede ser que ninguna cosa nos haga conocer mejor lo que el ángel dijo á *María* al declararla *llena de gracia*, como el considerar que de su plenitud la recibimos todos; porque esta soberana Señora no solo es *llena de gracia* por sí, sino que de un modo especial lo es para nosotros. A la manera que en el mundo no hay mas aguas que las del mar, y de éstas salen todas las nieves, todos los manantiales, todas las fuentes, todos los arroyos, todos los rios y todas las nubes; así en el mundo espiritual no hay mas gracia que la de *María*, y de *María* se comunica á todos los fieles. ¡Oh, qué exacto es este hecho comparado con *María*! El mar no es el autor de las aguas, sino que Dios las crió y al conjunto de ellas es lo que se llama el mar; así, por mas que encomiemos á *María*, hemos de confesar que solo Dios es autor de su gracia, y que *María* solo es la capacidad que la contiene, y solo el canal por donde nos vienen á nosotros. Al modo que no hay aguas que no tengan su origen en el mar, así no tenemos gracia alguna que no haya partido de las manos de *María*; porque todo don celestial, todo bien del cielo, y toda inspiracion divina, todo nos viene de *María*. De ahí es que las gracias que reciben los pecadores para que su corazon no se endurezca en el pecado, son de *María*; y de *María* las gracias que nos fastidian del mundo, y nos hacen amar lo que antes aborreciamos; las gracias que nos comunican la perseverancia en la amistad de Dios, y vivir en la práctica de heroicas virtudes; y de *María* en fin, las gracias de la vida activa y contemplativa, y los grados de oracion, y los incendios de amor, y las inflamaciones divinas, y aun los gustos y sabores de eterna gloria. ¡Ah! si todo esto nos viene de par-

te de *María*, ¿cómo, lector carísimo, no amarla? ¿Qué ama quien á *María* no ama? ¿Cómo no darle pruebas de continuo y muy ardiente amor? ¿Cómo no saludarla con el ángel, diciendo sin cesar *llena eres de gracia*? ¿Qué diré de las gracias extraordinarias que nos ha concedido? ¿Qué de los numerosos prodigios que Dios ha obrado por su intercesion? Basta recordar que la España y la Francia, la Italia y la Germania, la Hungría y demas partes de Europa y Américas, han visto que en donde era conocido Jesus, allí se daba á conocer á *María*; y que ella obraba en favor de sus devotos los mas prodigiosos milagros: han visto muchos beneficios y capillas, muchas catedrales y cofradías, y muchas congregaciones y religiones utilísimas, todo consagrado á honra y gloria de *María*: han visto muchas promesas y votos que cubren las paredes de innumerables santuarios: á tantos enfermos que recibieron la salud; á tantos cojos que han logrado el uso de sus miembros; á tantos ciegos que han recobrado la vista, y á todo el pueblo cristiano honrando y glorificando á *María*. Aun tú, lector carísimo, has recibido gracias muy especiales de esta dignísima Señora: y la salud y la enfermedad, la ciencia y la ignorancia, el acierto y el desacierto, es gracia de *María*: y por gracia de *María* aun vives y no estás ardiendo en el infierno y tienes un derecho á la patria celestial. En reconocimiento á tan saludables beneficios, toma la resolucion de amar práctica y afectuosamente á tan tierna Madre, de saludarla una y mil veces con el Ave María, y de repetir de un modo especial el *llena eres de gracia*.

11. *Devocion á los Novenarios*.—A fin de que alcances en algun modo el que seas lleno de gracia conforme la santidad que Dios te pide, voy á insinuarle un medio muy eficazmente poderoso, que si lo adoptas, ciertamente que *María* te llenará de su gracia, y

este es la práctica de las novenas. Quiero decir, que celebres las fiestas de esta Soberana Reina, no de un modo comun y ordinario, sino que te prepares por nueve dias en los cuales hagas alguna cosa especial en su honor y gloria. Y por tanto, nueve dias antes de la Inmaculada Concepcion, de su Nacimiento, de su Presentacion, de sus Desposorios, de la Anunciacion, y de su gloriosa Asuncion á los cielos, puedes consagrarlos de un modo especial á su honor. Esto se hace muy bien.

1. Leyendo alguna de las novenas que le han compuesto sus devotos para cada una de sus festividades, y haciendo lo que ellas ordenan con la mayor fidelidad.

2. Tener en cada dia de la novena oracion mental por la mañana y por la tarde sobre el misterio correspondiente, visitar al Santísimo Sacramento, añadiendo á la Santísima Virgen nueve Ave Marías glorizadas.

3. Hacer nueve visitas á la imágen que se quiera venerar, y dar gracias á la Señora por las singulares prerogativas que se le atribuyen.

4. Hacer como cien actos á Jesus y á *María* intentando hacer un acto de amor cada vez que se pronuncien tan dulcísimos nombres.

5. Leer cada dia de la novena, por el espacio de media hora, algun libro que trate de las glorias de *María*; y hacer por un buen rato la debida aplicacion procurando la reforma de uno mismo.

6. Hacer alguna mortificacion exterior de cilicio, disciplina, abstinencia de carne, de fruta ó dulce, mascar alguna yerba amarga ó alguna otra cosa que repugne, abstenerse de algun paseo, de mirar, y aun de hablar cosas que no sean necesarias, obedecer con mas alegría y fidelidad á nuestros superiores, y no responder con impaciencia.

7. La imitacion de las virtudes propias de cada novena; y así en la Concepcion Inmaculada, la pureza de

corazon; en su Nacimiento, el nacer á una vida mas fervorosa; en la Anunciacion, una devocion especial al Santísimo Sacramento; en los Dolores, un grande amor á los trabajos, y así sucesivamente segun la fiesta que uno celebre.

8. Una confesion mas dolorosa y una comunion mas ferviente; un vivir cada dia como si aquel fuere el último de la vida. Y para que tomes con empeño, lector carisimo, este modo de honrar á la Santísima Virgen, voy á referirte el fin afortunado de un devoto de *María*, que le hacia durante el año las novenas de sus principales festividades. Una vez era un soldado tan metido en la profesion de las armas, como olvidado del cumplimiento de los deberes de un buen cristiano. Mas habiendo sido gravemente herido en el asalto de una ciudad, este mal fué para él el principio de todo su bien, porque considerando el peligro de morir, lo horroroso que habia de ser verse en la presencia de Dios, y los tormentos eternos de los condenados, pensó en mudar de vida, y servir al Rey del cielo, como hasta entonces habia servido á los reyes de la tierra. Pero su ignorancia en materia de religion era tan completa, que solo despues de muchos y muy grandes trabajos pudo aprender las cosas mas esenciales de nuestra Santa Religion. Este hombre tan ignorante tuvo una devocion especial á la Madre de Dios, y se lo manifestaba por medio del Ave María que la repetia con tanta frecuencia como fervor. Estaba dando á esta Soberana Señora un culto muy especial, por medio de la práctica de las novenas, de modo que hacia todos los meses una novena á *María* Santísima; frecuentemente hacia una cada quince dias, y en ciertas ocasiones hacia una despues de otra. Mas como este hombre no sabia leer, ni tampoco otra oracion que no fuese el Ave María, se sirvió de ésta y con tanto fruto y bendiccion de Dios,

que apenas puede desearse mas. Y no es de extrañar por qué rezaba esta oracion mas de cien veces al dia; la rezaba con la confianza que inspira á un buen hijo una madre tan tierna; la rezaba con la intencion de honrarla como si él fuese todos los santos ángeles, y en la última Ave María le pedia con el mayor respeto que le era dable su maternal bendiccion. Este feliz soldado, no solo alcanzó el perdon completo de todos sus pecados, sino que comenzando una vida muy cristiana, llegó á una tan grande perfeccion, que despues de su muerte, sin pasar por el purgatorio, se fué á gozar de Dios en la gloria: tal es el resultado del Ave María, y tales los efectos de las novenas.

CAPITULO III.

EL SEÑOR ES CONTIGO.

12. *La mayor felicidad de María.*—No puede el hombre llegar á mayor felicidad que á la dicha de tener á Dios: pero en *María*, á quien el ángel saludó, el Señor es contigo, se encuentra esta felicidad en grado tan sumamente superior que nadie puede concebirla. Porque si la presencia del padre es para con su hijo de grande consuelo; si la del gefe es para el soldado de grandes actos de valor; si la del Romano Pontífice es respetabilísima para un simple fiel, ¿cuáles serán los resultados de la que tiene en sí misma al Señor? En nosotros este estar el Señor en el alma, es la presencia de Dios mas ó menos viva y ardiente: pero en *María* era especial asistencia, pues todo lo que podia necesitar, era una Providencia Divina que se derrama á

corazon; en su Nacimiento, el nacer á una vida mas fervorosa; en la Anunciacion, una devocion especial al Santísimo Sacramento; en los Dolores, un grande amor á los trabajos, y así sucesivamente segun la fiesta que uno celebre.

8. Una confesion mas dolorosa y una comunion mas ferviente; un vivir cada dia como si aquel fuere el último de la vida. Y para que tomes con empeño, lector carisimo, este modo de honrar á la Santísima Virgen, voy á referirte el fin afortunado de un devoto de *María*, que le hacia durante el año las novenas de sus principales festividades. Una vez era un soldado tan metido en la profesion de las armas, como olvidado del cumplimiento de los deberes de un buen cristiano. Mas habiendo sido gravemente herido en el asalto de una ciudad, este mal fué para él el principio de todo su bien, porque considerando el peligro de morir, lo horroroso que habia de ser verse en la presencia de Dios, y los tormentos eternos de los condenados, pensó en mudar de vida, y servir al Rey del cielo, como hasta entonces habia servido á los reyes de la tierra. Pero su ignorancia en materia de religion era tan completa, que solo despues de muchos y muy grandes trabajos pudo aprender las cosas mas esenciales de nuestra Santa Religion. Este hombre tan ignorante tuvo una devocion especial á la Madre de Dios, y se lo manifestaba por medio del Ave María que la repetia con tanta frecuencia como fervor. Estaba dando á esta Soberana Señora un culto muy especial, por medio de la práctica de las novenas, de modo que hacia todos los meses una novena á *María* Santísima; frecuentemente hacia una cada quince dias, y en ciertas ocasiones hacia una despues de otra. Mas como este hombre no sabia leer, ni tampoco otra oracion que no fuese el Ave María, se sirvió de ésta y con tanto fruto y bendiccion de Dios,

que apenas puede desearse mas. Y no es de extrañar por qué rezaba esta oracion mas de cien veces al dia; la rezaba con la confianza que inspira á un buen hijo una madre tan tierna; la rezaba con la intencion de honrarla como si él fuese todos los santos ángeles, y en la última Ave María le pedia con el mayor respeto que le era dable su maternal bendiccion. Este feliz soldado, no solo alcanzó el perdon completo de todos sus pecados, sino que comenzando una vida muy cristiana, llegó á una tan grande perfeccion, que despues de su muerte, sin pasar por el purgatorio, se fué á gozar de Dios en la gloria: tal es el resultado del Ave María, y tales los efectos de las novenas.

CAPITULO III.

EL SEÑOR ES CONTIGO.

12. *La mayor felicidad de María.*—No puede el hombre llegar á mayor felicidad que á la dicha de tener á Dios: pero en *María*, á quien el ángel saludó, el Señor es contigo, se encuentra esta felicidad en grado tan sumamente superior que nadie puede concebirla. Porque si la presencia del padre es para con su hijo de grande consuelo; si la del gefe es para el soldado de grandes actos de valor; si la del Romano Pontífice es respetabilísima para un simple fiel, ¿cuáles serán los resultados de la que tiene en sí misma al Señor? En nosotros este estar el Señor en el alma, es la presencia de Dios mas ó menos viva y ardiente: pero en *María* era especial asistencia, pues todo lo que podia necesitar, era una Providencia Divina que se derrama á

todos sus actos: era el origen de todas las bendiciones que ella recibió, y era el principio y fin, la mañana y la tarde, y la noche y el día de toda su asistencia. Ahí tienes, lector carísimo, á *María*, y la tienes teniendo al Señor; y estando con él verdaderamente, realmente y físicamente, y sintiendo y experimentando de un modo el mas glorioso todos sus efectos. *María* teniendo consigo al Señor, nos enseña á todos la presencia de Dios, y nos la enseña de tal modo, que conviene que todos profesemos tan gloriosa doctrina. Nosotros tambien hemos de andar en la presencia de Dios; y si reflexionas que este Dios siempre te mira, que te acompaña siempre, te aseguro que no solo nunca pecarás, si que tambien ni siquiera podrás tener en tu conciencia ningun pecado pasado; te aseguro que no podrás sufrir ni un ápice de imperfeccion, y que te irás haciéndote tan santo que llegarás á ser perfecto. ¡Oh qué felicidad la del justo que anda en la divina presencia! Oh *María!* ¡ojalá que yo siempre esté, y piense, y hable, y obre como que Dios me mira! Tal era la conducta de la hermana de Lázaro y de Marta y Magdalena que siempre veía al Señor. Esta vírgen habitaba en la casa de Lázaro en los dias de Nuestro Señor Jesucristo, y era tan grande la union con Dios, y tenía de tal suerte el Señor consigo, que casi nunca hablaba con los hombres. Encerrada en su casa, vivía en una especie de éxtasis; es decir, en una union tan íntima que apenas la concebimos mejor. Vivía completamente separada de todo trato humano; casi nunca hablaba con nadie, y ni siquiera á sus hermanas: tan poderosamente obraba con ella el Señor que tenía en su corazon. Su union con Dios le hacia practicar las mas heróicas virtudes; su abstinencia era tal, que comía lo menos que puede darse, y sus vigiliias eran tan austeras como continuas. Ella fué tenida por mucho tiempo

como una loca, hasta que Jesucristo la habló á instancias de Lázaro y Marta, le dió los consejos que reclamaba su grande perfeccion, y aprobó completamente su espíritu, declarando que suyo era el reino de los cielos. (La dolorosa pasion de Jesucristo por Emmerich). ¡Oh y qué conducta tan distinta la de no pocos cristianos! Pregúntate, lector carísimo, quién está contigo. ¿Está la soberbia ó el orgullo, la avaricia ó la lujuria, la ira ó la gula, la envidia ó la pereza? ¿Quién está contigo? ¿Está el amor de Dios, el del prójimo ó el amor propio desordenado? ¿Quién está contigo? ¿Está la buena confesion, la ferviente comunión ó el sacrilegio de Júdas? ¿Quién está contigo? ¿Están pensamientos inútiles y vanos, ó pensamientos provechosos y celestiales? ¿Están palabras de devocion, ó murmuraciones y detracciones? ¿Están obras imperfectas, ó perfectas; de la carne ó del espíritu; consagradas á Satanás ó á Dios? Examínate bien; y para que te remedies como conviene, resuélvete á rezar con frecuencia el Ave María, y de una manera muy particular, el *Señor es contigo*.

13. *María tiene consigo al Señor antes de su nacimiento.*—Permíteme, lector carísimo, que comience este párrafo asegurándote que *María* tuvo consigo al Señor antes de su nacimiento, y aun desde el principio de su Concepcion Inmaculada, y esta union divina con el Señor fué el origen de todas sus distinciones. Sí: esta union santísima, inseparabilísima y divinísima, fué la causa de todos sus privilegios, de todas sus excelencias, de todas sus inmunidades, de todos los milagros y aun de todos los misterios que el Señor obró en ella; porque esto es lo que entraña el *Señor es contigo* del arcángel San Gabriel. ¡Oh qué expresion! ¡Cuán grata para los oídos de *María!* Ella no solo abarca la excelencia del Ave María, si que tambien los privilegios de

llena de gracia; y tiene ademas un no sé qué tan excelente, que solo puede explicarse algo ahondando bien en la mina de lo que es Maria. Ella recibe esta saluacion con un cariño todo especial, y es una grande lástima el que nosotros á veces la digamos con una frialdad culpable. Al menos desde ahora hemos de proponer decirla con fervor y decirla de tal suerte, que pidamos á Jesucristo que el Señor esté con nosotros: porque á la manera que esta gracia fué el todo de los privilegios de Maria, así será para nosotros el origen de todas las bendiciones. En efecto, yo veo á Abraham escogido de un modo muy particular, llamado á ser el Padre de un gran pueblo, condecorado con las gracias mas especiales, con una descendencia superior á las arenas de los mares, y teniendo una santidad tal, que Dios parece querer ennoblecerse con su propio nombre, apellidándose Dios de Abraham. ¿Y por qué todo esto? Porque se cumplió en él el *anda en mi presencia y serás perfecto*; y de hecho siempre anduvo en la presencia del Señor. Yo veo á Isaac heredando las bendiciones de su padre, llegar á la mas honrosa ancianidad, lleno de bendiciones, amado de sus amigos, temido de los enemigos, y revistiéndose Dios de su propio nombre como ya lo habia hecho con Abraham. ¿Y por qué todo esto? Porque el Señor le habia dicho *yo estaré contigo*. Yo veo á Jacob enriqueciéndose á su tío Laban, enriqueciéndose á sí mismo con numerosos rebaños, fidelísimos criados, una numerosa descendencia, saliendo victorioso del odio de Esaú y de la fortaleza del ángel, y recibiendo de Dios muchas visiones y revelaciones. ¿Y por qué todo esto? Porque el Señor le habia dicho *yo estaré contigo*. Yo veo á José salir libre del aborrecimiento de sus hermanos, convertirse en su propio bien la esclavitud y la cárcel, ocupar en Egipto el primer lugar despues del rey, lle-

nar de bendiciones los lugares, y casas, y campos que cultivaba, y salvar á toda su descendencia. ¿Y por qué todo esto? Porque el Señor le habia dicho *yo estaré contigo*. Yo veo á Josué tomar á su cargo el mando del pueblo de Israel, conducirlo victorioso en medio de cien batallas, establecerlo seguro en la tierra de promision, y acabar con casi todos sus enemigos. ¿Y por qué todo esto? Porque el Señor le habia dicho: *yo estaré contigo, así como estuve con mi siervo Moisés*. Según esto, tenemos derecho de esperar todas las bendiciones del cielo, si el Señor estuviere con nosotros. En adelante recemos frecuentemente el Ave Maria, para pedir á Dios, por la intercesion de tan tierna Madre, que el Señor esté con nosotros; y se lo hemos de pedir con un fervor todo especial al decirla el *Señor es contigo*. Deseo que notes, lector carísimo, que no le dijo el Angel, Dios está contigo, ó la Trinidad, ó el Padre, el Hijo, ó el Espíritu Santo es contigo; sino que se sirvió de esta palabra Señor, para predicarnos que *Maria* habia de ser la Señora de los cielos y tierra; y de tal modo que pudiese por gracia y privilegio lo que Dios por esencia y naturaleza. El Señor es contigo, es como si el Angel le dijera: Tú ¡oh *Maria!* siendo criatura serás la Madre del Criador; siendo finita, encerrarás en tu seno al que no cabe en los cielos, y tambien al infinito; siendo hija de Adán, serás concebida sin la culpa original; siendo de carne, ni siquiera experimentarás el menor asomo de concupiscencia; siendo aun infantil, tendrás el uso de la razon mas perfecto; siendo impecable, tendrás todo el mérito de una alma libre; siendo fecunda Madre, no dejarás de ser Virgen Inmaculada; estando en cinta, no experimentarás ni siquiera una de las molestias de la preñez; dando á luz á tu Hijo, no estarás sujeta á los dolores del parto; siendo la mas bella de las criaturas, no serás el objeto de

un deseo no immaculado; y siendo pura criatura, aun los mas grandes santos te tributarán un culto tan especial, que superando á todos los cultos, solo será inferior al que damos á Dios. ¡Oh *Maria!* qué grandiosa y excelsa eres! ¡Y cuán immaculada y divina, oh Madre mia! Tú eres la poseida del Señor desde el principio de sus obras, y la que el Señor, que es Todopoderoso, hizo tan admirable, que pudieses engrandecerle: porque contigo está el poder del Padre que te fecundó; contigo la sabiduría del Hijo que te enseñó; y contigo la pureza del Espíritu Santo que te conservó sin mancha. ¡Oh *Maria,* y cuán bella eres! Dios ha formado todas las criaturas segun las leyes sapientísimas que se propuso; pero al fabricarte á tí, obró como Señor absoluto; y como Dios infinitamente sabio, é inmensamente poderoso. En suma, afirmando el Angel que el Señor estaba contigo, fué asegurarnos que te hizo de tal suerte que no puede hacer otra Madre suya.

14. *Lo tiene consigo durante su vida.*—Sí, lector carísimo; así como *Maria* estuvo en la mente de Dios antes que toda otra pura criatura; así tambien ella de su parte lo tuvo consigo ya desde el feliz instante de su concepcion inmaculada, ya tambien de una manera muy especial durante toda su vida. Esto se verificó, ora de un modo físico durante toda la vida de Jesus, ora de un modo especial y divino, en fuerza de su ardiente amor. De un modo físico y sumamente amoroso, lo cual hizo que durante nueve meses fuese la vida de *Maria* un acto continuo de adoracion, que ella prestara al Verbo encarnado todos los oficios de la mas tierna y divina Madre, que fuese adorado de los Magos estando aún en su regazo, que fuese presentado al templo ofreciendo al Señor una dádiva infinita, que con él huyese á Egipto para librarlo de las iras de un despreciable reyezuelo, que viviese en Nazaret á fin de que se cumpliesen en

él las profecías, que habiéndose escondido lo buscara y lo hallase en el templo disputando con los doctores de la ley, que viviera en su compañía hasta los treinta años de su edad y que ella meditara en su corazon las palabras que salian de su boca. Este tener á Dios consigo durante su vida, hizo que el Señor obrase delante de ella su primer milagro, y que con ella enseñase el Evangelio y curase las enfermedades, resucitase á los muertos, y que estando en la cruz sufriese ella en su alma benditísima, cuanto él mismo padeció en su cuerpo. Todo esto recordamos á *Maria* al decirle el Señor *es contigo.* *Maria* no se encontró en el desierto cuando quisieron proclamar rey á Jesucristo, y éste no admitió el ser coronado, porque en aquél entonces no se encontraba con su Madre, pues la gloria de la Madre es la gloria del Hijo, del mismo modo que la gloria del Hijo es la gloria de la Madre. Fuera de este y algun otro caso, el Señor estaba con *Maria* aun de un modo físico. El Señor estuvo tambien de un modo indecible con *Maria,* en fuerza de su ardiente amor: porque estando ella vacía de sí misma por su humildad suma, estaba eminentemente colmada del divino amor; y de tal suerte, que los mas abrasados serafines pudieran bajar del cielo para aprender en el corazon de nuestra Reina y Madre, el modo debido de amar á Dios. Decir que el Señor está con *Maria,* es apellarla con cabal propiedad la Reina del amor, y la que consumada eminentemente en todas las virtudes, amó á Dios con todo su corazon, con todas sus fuerzas, con toda su alma, memoria, entendimiento y voluntad: es decir, que el fuego del divino amor ardió con tal vehemencia en *Maria,* que no pudo tener ni siquiera un defecto ó imperfeccion. ¡Oh, qué hermosos recuerdos los del Ave *Maria!* ¡Oh si siempre estuviéramos rezando tan divina oracion! ¡Oh si al menos colocáramos nuestras de-

licias al decir á María Santísima el *Señor es contigo!* ¡Qué felicidad la nuestra si prácticamente imitáramos á *María!* Procuremos que el Señor esté con nosotros, no de un modo extraordinario, pero sí por medio de la oracion, no haciendo ni un solo pecado, y practicando la virtud del mejor modo que nos sea dable.

15. *Lo tiene consigo despues de esta vida.*—El arcángel San Gabriel al decir á *María* el Señor es contigo, le notificó la union íntima que habia de tener por los siglos de los siglos en la patria celestial, descubriéndola con estas palabras su predestinacion á ser coronada con el poder omnipotente del Padre, con la sabiduría infinita del Hijo, y con el amor inmenso del Espíritu Santo. Mas ¡qué union es la que en la vida eterna tiene el Señor con *María!* ¡Ah! no queramos ni siquiera indicarla, porque su mas pequeña parte es tan subida que no llegan, no, á concebirla, mentes angélicas. Pero dejemos estos arcaños ya que nos son impenetrables, y digamos algo de su gloria exterior, ya que ella se compone de la mayor grandeza; porque si Salomon cuando vió entrar á su madre se levantó de su trono y quiso que fuese colocada á su derecha como reina, ¡qué haria el Divino Salomon con su Divina Madre al entrar en el cielo? Por otra parte, ¡qué diferencia entre la figura y la realidad; entre Salomon el hijo de David, y el Hijo del Eterno Padre? ¡y entre la madre de Salomon y la Madre de *Jesus!* Contemplémosla, pues, en la mayor union con Dios, sentada al lado de su Hijo, y coronada como Hija obedientísima, como Madre divinísima y como Esposa dilectísima. ¡Oh, cuántas complacencias las de Dios á vista de su obra maestra! ¡Cuántas las de esta Reina viéndose al lado de su Señor! ¡Cuántas venturas entre el Hijo con su Madre, y la Madre con su Hijo! Y venturas que le recordamos diciendo *el Señor es contigo.* ¡Qué mas diré

que entraña tan magnífica salutacion? Con estas palabras le recuerda el Angel que es mas amada que todos los ángeles, mas que todos los patriarcas y profetas, mas que todos los apóstoles, mártires y confesores, y mas que todos los justos y escogidos. Infiere de todo lo dicho, lector carísimo, la devocion que debes profesar á *María:* dile, pues, en cada instante el Ave *María,* persuadido que la adoras de un modo angélico; dile que *es llena de gracia,* y reconoce en ella todas las gracias y privilegios; dile *el Señor es contigo,* y venera el conjunto de todas sus prerogativas. ¡Oh *María!* ¡Oh amor dulce de los corazones! Tú eres la santísima; y me congratulo por completo en poderte denominar la dignísima Madre de Dios. ¡Oh *María!* ¡Oh Virgen y Madre de Dios! el Señor es contigo, porque desde toda la eternidad tú formabas en la mente del Altísimo el objeto de todas sus complacencias; porque desde el primer instante de tu concepcion immaculada te llenó de tantos y tales privilegios, que ostentó á la faz del mundo, que hizo en tí cosas grandes Aquel que es Omnipotente. ¡*María!* immaculada y divina *María!* tú eres poderosísima con tu Hijo; poderosísima por medio de tu Hijo, y poderosísima juntamente con tu Hijo. ¡Ah! cuida de nosotros, ¡oh augusta Madre de Dios! y haz que se nos pueda aplicar en algun modo el significativo de, *el Señor es contigo.* ¡Ah, Madre mia! yo quiero ser todo tuyo, completamente tuyo, y del modo mas perfecto. Hazme la gracia de que aborrezca el pecado, y de que lo odie con todo el corazon; hazme amar la virtud, y que la practique de manera que en el tiempo y en la eternidad sea tu verdadero hijo.

16. *Devocion al Santísimo Rosario.*—Aun en nuestro siglo de miserias, lector carísimo, no hay devocion mas practicada de los fieles que el rezo del Santísimo Rosario; y te aseguro que es una cosa muy edificante

ver á una multitud de cristianos que todos los dias van á la iglesia un poco antes de la oracion de la noche, y delante de una imágen de la Santísima Virgen dicen todos juntos el Santísimo Rosario. Es una cosa muy ejemplar ver á no pocas familias que antes ó despues de la cena rezan el Santísimo Rosario: ¡y quién puede decir los innumerables rosarios que se dicen todos los dias? ¡Ojalá que tomaras la resolucion de rezarlo tú tambien! ¡Ojalá que lo hicieras con toda tu familia! ¡Ojalá que procuraras introducirla en todos los cristianos! Haz cuanto puedas por extender esta devocion, y te aseguro que en la hora de la muerte no te pesará; y aun te afirmo, en nombre de María Santísima, que en este mundo te será en gran manera recompensado! ¡Oh qué devocion la del santísimo rosario! Es de las mas santas, porque hace santos á los que lo rezan como conviene: es de las mas agradables á Dios, porque se repite muchas veces el Padre Nuestro y el Gloria Patri: es de las mas gloriosas para nuestra augusta y divina Madre, porque se le renuevan todos sus títulos y privilegios al decirla el Ave María y la Salve; y es en suma la mas útil para nosotros, no solo porque siendo devotos de la Santísima Virgen, glorificamos á Dios, sí que tambien por las incontables indulgencias que tiene concedidas.

1. El que reza una parte del santísimo rosario todos los dias, si verdaderamente arrepentido y confesado comulgare en cualquiera de los dias siguientes, á saber: en la Natividad del Señor, Epifanía, Resurreccion, Ascension, Pentecostés, Santísima Trinidad y Corpus Christi; en la fiesta de la Purificacion, Anunciaci6n, Asuncion y Natividad de Nuestra Señora; en el nacimiento de San Juan Bautista, en todas las fiestas de los Santos Apóstoles, el dia del Sr. San José, el 19 de Julio y 27 de Setiembre, fiestas de San Vicente de Paul.

el de Todos los Santos, una vez al mes elegido á su voluntad, y en el artículo de la muerte, contrito al menos, en caso de no poder confesarse, y rogare á Dios devotamente por la intencion del Sumo Pontífice, conseguirá en cualquiera de esos dias indulgencia plenaria.

2. El que hiciere estas mismas cosas en las fiestas de Nuestra Señora y de la Virgen, conseguirá en cada una de ellas siete años y otras tantas cuarentenas de indulgencia.

3. El que las hiciere en cualquier domingo ú otra fiesta del año, ganará cinco años y otras tantas cuarentenas de indulgencia.

4. El que las hiciere en cualquier dia del año, ganará cien dias.

5. Ademas de estas indulgencias, se ganan cien dias por cada Padre Nuestro, Ave María y gloria del rosario.

6. Finalmente, te hago saber, que á los fieles que rezan la tercera parte del rosario, se les conceden setenta mil años de indulgencia (1). Para ganar las indulgencias es necesario que al paso que con la boca se dice el Padre Nuestro, el Ave María y gloria, con la mente se contemplen ó mediten los misterios: quiero decir, que los domingos, miércoles y sábados, medites los misterios de gloria; los lunes y juéves, los de gozo, y los mártes y viérnes los de dolor (2). En conclusion, te digo y aun te exhorto, que reces el rosario; que comiences á rezarlo desde hoy; que lo reces con tu familia; que no dejes perder ninguna ocasion de extender este rezo tan saludable, y que lo hagas no como una penitencia que te impones, sino como un cariño que diriges diariamente á tu tierna y queridísima Madre la augusta y divina María.

(1) Lig., Glor. de María.

(2) Al que no sepa meditar, le basta que rece el rosario con fervor y devocion; y rezándolo de este modo gana tambien las indulgencias referidas.

CAPITULO IV.

BENDITA TU ERES ENTRE TODAS LAS MUJERES.

17. *Se compara la bendicion de María con la de algunas santas.*—Ahora, lector carísimo, nos haremos cargo de las últimas palabras del Arcángel, que declaran á *María* la bendita entre todas las mujeres; compararemos esta bendicion con las mas excelentes que la Santa Escritura contiene. Jahél, despues que con su clavo atravesó las sienes á Sisara, general de los ejércitos enemigos, y vencidos estos, quedaron victoriosos los de su nacion; los ancianos del pueblo, la proclamaron la bendita entre todas las mujeres. Abigail era una mujer tan prudente, como necio era su esposo; y habiendo salido al encuentro de David, lo aplacó, y éste le dijo: bendita seas tú, que has movido tanto mi corazon; yo estoy pronto á hacer todo lo que Dios quiere, sin derramar ni una gota de sangre. Judith era una santa viuda que empleaba sus dias en la oracion, en el cilicio y demas ásperas penitencias; sus ocupaciones eran vivir segun Dios; y despues que hubo decapitado á Holofernes, gran capitán de los ejércitos sitiadores, todo el pueblo la honró, y el sumo sacerdote la declaró la bendita sobre todas las mujeres. Por consiguiente, no es de extrañar que *María* sea declarada la bendita entre todas las mujeres de la tierra. Pero notemos la diferencia que média entre bendicion y bendicion; porque la una es de un pueblo que apenas ocupa un rincon de la Judea, y la otra es de todas las na-

ciones: la una se funda en un acto de virtud, y la otra en reducir á la práctica la caridad mas acendrada: la una solo será durable mientras duren los recuerdos de Israel, y la otra, siempre portentosa, no cesará mientras tengan los cristianos la idea de *María* Madre de Dios: la una reportó la alabanza de unos cuantos años; la otra durará la eternidad feliz de los justos: la una, en fin, reconoce que Dios es su autor, y la otra afirma que salió de los brazos del hombre. Segun esto, vemos que los santos han bendecido y bendicen siempre á todo lo que se les presente como santo y religioso; y vemos que todos bendecirán á *María*, como que es la bendita entre las mujeres, y bendita sobre todas las viudas, sobre todas las casadas y sobre todas las vírgenes.

18. *María Santísima bendita entre todas las viudas.*—Las viudas han formado siempre en la Iglesia un estado muy santo, y aun en nuestros dias son las verdaderas viudas honradas y escogidas como en los antiguos tiempos. Elías es enviado de Dios para desempeñar una grande é importante embajada, y la viuda de Sarepta es la escogida para hospedar á tan gran Profeta; y como si no bastara la honra que le dió con habitar en su casa, le resucita al hijo único que con su muerte la habia anegado en un mar de amargura. Al profeta Eliseo le manda Dios que cumpla una mision de mucha importancia, y otra viuda es la honrada con su alojamiento; y á esa mujer que ya creía morir de hambre, recompensó el Señor de tal modo su acto de caridad, que por medio de un prodigio le multiplica el aceite, y con su producto pasa el tiempo del hambre. Jesucristo quiere resucitar un jóven de veinte años, y de un modo el mas portentoso, supuesto que escogió el momento en que lo llevaban á enterrar; y la viuda de Naim es la destinada para recibir este beneficio:

luego el estado de viudez es un estado santo, y por esto escribía el Apóstol á su discípulo Timoteo: *honra á las viudas que fueren verdaderamente viudas*. Este estado ocupa un término medio entre el estado de casada y el virginal; por esto entre sus virtudes características figuran su modestia y su gobierno: su gobierno, por la costumbre que tienen de regir y gobernar la casa; y su modestia, porque su castidad pasa á ser tan pura como la de las vírgenes. ¡Oh Santísima Virgen *María!* Tú tambien fuiste viuda, y para entonces te predicó el ángel la bendita entre las viudas. Tú regias la casa de Nazaret, y tu gobierno era tal que todos te han proclamado la prudentísima. Tu modestia era tan eminente, que conducias á cuantos te veían á la contemplacion de Dios. En medio de su viudez, y despues de los dolores del Calvario, era *María* sumamente hermosa, y era la misma hermosura despues de la de *Jesucristo*, porque al modo que su alma fué en su concepcion la mas inmaculada, así fué en su cuerpo la mas bella. ¡Oh qué extraordinaria era la hermosura de *María!* Era su rostro la sede de los prodigios de Dios; era el asiento de la majestad divina; era un punto purísimo en do podian fijarse sin desvío los ojos del Señor; y era un todo tan celestial y divino que la proclamaba la Madre de Dios. Toda hermosa era *María*; y por esto no le fué dado el que anunciase el Evangelio, por temor de que viendo los ignorantes su hermosura no la adoraran como á Dios; tanta era su belleza. Porque si en aquellos dias el sexo no era impedimento para anunciar el Evangelio, como no lo fué para la Samaritana que anunció al Señor á sus compatriotas, ni por la Magdalena que promulgó el Evangelio en medio de su destierro, ni por Marta que dió á conocer á *Jesucristo* como verdadero Hijo de Dios, ni por la Verónica que fué la primera en poner su imágen á la pú-

blica adoracion; claro está que tampoco lo habia de ser por *María*, y tanto más cuanto que ella tenia mas virtud que todos los apóstoles. ¡Y por qué, pues, no lo hizo? Por su hermosura divina, porque en su belleza brillaban las luces de la divinidad. Tal es el pensamiento de San Dionisio Areopagita, el cual asegura *que al ver á María Santísima quedó tan admirado, que la habria adorado como á Dios, si la fé no le hubiese enseñado que no puede haber mas que uno*. ¡Tan exacto es cuanto se afirma de la hermosura de la Virgen! Porque si todo un Dionisio, que era el mas sabio y el que poseía mayores conocimientos, sintió lo que decimos, ¡qué habrian experimentado los fieles al contemplarla! *María* en medio de su hermosura era modestísima, movía á castidad á cuantos la miraban y apagaba toda concupiscencia con solo su semblante. ¡Oh vosotras, almas cristianas, que sois viudas, ahí teneis á vuestro modelo, porque ella es la bendita entre las viudas! ¡Y á cuántas les falta esta virtud! ¡Cuántas vuelven á lujuriar, como dice el Apóstol San Pablo! ¡Cuántas dejan de ser verdaderas viudas y viven otra vez según los caprichos de la vanidad! ¡Cuántas se sirven de su fatal esperiencia para corromper á los demas! ¡Cuántas viven de asiento en el pecado como si nunca hubiesen de morir! ¡Cuántas hay que no acaban de ser devotas y de darse á Dios como debieran! ¡Ah! amemos todos á *María*, seámosle devotos y proclamémosla todos la bendita entre las viudas. Amemos á *María*, y no queramos otra hermosura que la que depende de la gracia; amemos á *María*, y acudamos á ella al asomarse en nosotros el incentivo de la concupiscencia, y amemos á *María* de modo que digamos prácticamente que es la bendita entre las viudas.

19. *Bendita entre las casadas*.—El matrimonio, lector carísimo, es un estado santo; los que se casan como

manda la Iglesia, reciben un sacramento y quedan en estado de santidad. Claro está que no intento hablar de aquellas jóvenes que se casan por pasión, por satisfacer un amor no casto y tal vez criminal, que se sirven del matrimonio para ocultar su molición, que hacen lo que siempre debieron temer, y que como si todo les fuese lícito, se portan como los brutos animales. ¡Oh Dios! y cuánta confusión para la Iglesia tener en su seno semejantes casadas! Pero prescindamos de todo esto, para hablar tan solo de las buenas cristianas, y que con su conducta nos autorizan á decir que su estado es de santidad. Si, santas tiene el estado del matrimonio, y Nuestro Señor Jesucristo lo santificó queriendo nacer de una casada; le quitó todo su mal parecer asistiendo á las bodas de Caná de Galilea, y haciendo en ellas su primer milagro; y manifestó cuán querido le era, elevándolo á la dignidad de sacramento. Santa Brígida era casada, y durante su matrimonio, alcanzó muchas gracias de Dios, y llegó á una muy admirable perfección. Santa Matilde se da á Dios completamente, se hace mujer de oración, practica heroicamente las virtudes mas difíciles, y acaba por convertir á su marido no obstante ser idólatra. Santa Isabel, del centro mismo de su corte, se despoja de su grandeza, se declara la madre de los pobres, establece la paz por dó quiera, y muere distinguida con los favores mas especiales. Santa Francisca supo despreciar toda la vanidad de Roma pagana, se hace ferviente discípula del Salvador y se santifica. Santa Mónica convierte á su marido; y con su paciencia y su llanto, con su fervor y penitencia, con su oración y perseverancia, da á la Iglesia uno de los mayores santos, no obstante de haber sido de los mas grandes pecadores: en una palabra, el estado del matrimonio es un estado santo. Claro está que no es este el lugar de de-

cir cómo se santificaron estas casadas, sino probar que *María* es entre las casadas la bendita, ya que tal es la fuerza del bendita tú eres ¡oh *María!* bendita, sí, entre todas las mujeres. Para no alargar en demasía este párrafo, prescindiremos de aquel género de pruebas que consiste en alegar sus virtudes, y solo nos limitaremos á presentar á *María* tres veces bendita en su matrimonio, al paso que todas las mujeres reciben una triple maldición. En efecto: maldita es la mujer casada; y como á tal concibe en pecado un hijo de maldición, un hijo de ira, desheredado del cielo, y mereciendo el infierno. Y sean despues los hijos lo que quisieren; sean profetas, patriarcas, reyes, emperadores y aun pontífices, siempre es cierto que su madre les comunicó la mancha del pecado y los hizo hijos de maldición. Pero no sucedió esto con *María*, sino que fué la feliz madre del mas feliz de los hijos, y no pudo comunicarle una mancha que ella no tenia, como eminentemente preservada de la culpa original. ¿Cómo no llamar bendita á esta Madre que dió á luz á la misma bendición? La otra maldición en que incurren todas las casadas, consiste en los trabajos que sufren durante su preñez; pero *María* concibió á su Hijo sin el menor menoscabo de su virginidad, no tuvo que sufrir ninguna aflicción; y á la manera que una preciosa margarita, hábilmente engastada en un anillo, no le sirve de peso sino de gracia y honor, así el tener la Santísima Virgen en su seno al Hijo de Dios, nó le sirvió de pena alguna, sino de continuo gozo. La tercera maldición en la que cae una mujer cuando se casa, es el concebir en fuerza de la pérdida de su virginidad, y parir con tantos y tales dolores, que muchas veces perece en ellos; pero la Santísima Virgen concibió no por obra de hombre, sino que cubriéndola el Espíritu Santo con su sombra, la fecundizó dejándola virgen

antes del parto, vírgen en el parto y vírgen despues del parto. Lo llevó en su seno y lo dió á luz, y lo tomaba en sus manos entre un conjunto de deliquios tan celestiales y divinos, que ni tienen noticia de ellos los mas encumbrados querubines. ¡Qué mas puede decirse de *María* para proclamarla la bendita entre las casadas? Amemos, lector carísimo, amemos á nuestra Reina y Madre; amémosla con toda la ternura y con todos los afectos; amémosla como ella es digna de ser amada; amémosla como desea que nosotros la amemos; amémosla en toda ocasion, en todo trabajo, en toda palabra, en todo instante; y amémosla como el Hijo divino amaba á su divina Madre. ¡Oh qué bueno y gustoso es amar á *María*! ¡Oh si siempre la estuviésemos saludando con el Ave *María*.

20. *Bendita entre las vírgenes.*—Las vírgenes forman el estado mas glorioso de la Iglesia, de modo que no puede explicarse ni concebirse hasta qué punto agrada á Dios el estado virginal. San Juan, para que comprendiéramos un poco esta idea, nos presenta á las vírgenes siguiéndo al Cordero Inmaculado por do quiera que vaya, entonándole un cántico nuevo, y llevando ademas en su frente el nombre suyo y el de su Padre (1). Siendo esto así, ya podemos predicar que son innumerables las prerogativas de una vírgen. ¡Pero qué diremos de las que competen á la Vírgen Madre? ¡Qué dicha la del cristiano que pudiese numerar sus incontables privilegios! Solo el Arcángel pudo encerrarlos todos al decirle que ella era la bendita entre todas las mujeres. Mas nosotros no lo comprendemos: y á la manera que hablamos de la luz y de los colores, sin explicar debidamente en qué consisten; así hablamos de

(1) Bellisimas esresiones con las que nos declara que ellas forman las complacencias de Jesus.

las excelentes prerogativas de la Madre de Dios, sin entenderlas como ellas son en sí mismas. ¡Oh, qué grande seria nuestra felicidad si acertáramos á decir algo de lo que es *María*! ¡Con qué puntualidad le diríamos *Ave María*! ¡Con qué afecto la iríamos predicando *llena de gracia*! ¡Con qué interés la denominariamos *el Señor es contigo*! ¡Y con qué amor la apellidariamos *bendita tú eres entre todas las mujeres*! Contemplémosla entretanto como volviéndose á Jesus y diciéndole: Yo te engendré, y fui madre sin dejar de ser vírgen. *María Santísima* es vírgen, no como las demas vírgenes, sino que es una Vírgen Madre: es aquella Vírgen privilegiada que es única como el fruto del granado. Porque á la manera que éste parece el rey de las frutas por la corona que lo caracteriza, así aparece la virginidad de *María*, que queda ante nosotros como la Reina de las vírgenes. *María* de tal suerte es la bendita entre las vírgenes, que ella fué la primera que enarboló el blanco estandarte de la santa virginidad; y al modo que Jesucristo dió al Padre nuevos adoradores que lo adoraran en espíritu y en verdad, así *María* da á Jesucristo cien y cien ángeles en carne, destinados á presentar á Jesus las oraciones de los santos. Mira, lector carísimo, *María* es bendita entre las vírgenes por ser la primera entre estos ángeles en carne; y lo es hasta poder decir: *Os he dado ejemplo en la práctica de la virginidad, para que vosotros hagais lo que yo hice.* ¡Cómo no amar á *María*? Sí, es bendita por ser la Hija excelentísima de Dios Padre, la Madre tierna de Dios Hijo, y la sacrosanta Esposa de Dios Espíritu Santo. ¡Oh *María*! tú eres bendita en todos los lugares y en todas las virtudes; eres la que obró segun leyes las mas milagrosas á fin de que fuese tu primer carácter el ser inmaculada. ¡Oh *María*! tú eres bendita entre todas las mujeres, porque eres un

prodigio de hermosura y eres un milagro de la gracia. Bendita entre todas las mujeres, así como todas fueron malditas en la persona] de Eva. Bendita entre todas las mujeres, porque tú sola eres capaz de quitar la maldición de nuestro primer pecado; porque en tí serán bendecidas todas las naciones. Bendita tú eres, porque con la práctica de la virtud mostraste en qué consiste tu principal bendición; bendita entre las casadas, porque fuiste libre de sus maldiciones, y con tu gracia tú misma las bendices; y bendita entre las vírgenes porque ellas te reconocen como á su Reina. ¡Ah! clamemos sin cesar que *María* sea bendita; que su nombre sea alabado; que su culto sea extendido, y que frecuentemente podamos decir: *Bendita tú eres entre todas las mujeres.*

21. *Devoción al ayuno.*—Los devotos de *María* acostumbran honrarla con el obsequio especial del ayuno, y lo hacen de un modo particular en los sábados y en las vigiliass de sus fiestas. Es muy agradable á *María Santísima* el ayuno del sábado, porque este día le está dedicado, y con razon, ya que ella en el sábado santo fué la única que conservó en todo su brillo las luces de la fé en Jesucristo; y este sábado lo celebra la Iglesia en todos los sábados del año. Las vigiliass de las fiestas no le son menos agradables, porque cada una de las festividades es para nosotros una escuela de virtud. Pues, lector carísimo, te recomiendo estos ayunos, porque si los del mundo por la preseripcion del médico ayunan de muchas cosas que les gustan, claro está que es muy justo que lo hagas tú por devoción y afecto á la Santísima Virgen *María*. Puedes ayunar segun tu robustez y posibilidad: muchos santos han ayunado los sábados y las vigiliass de las festividades de *María Santísima* á pan y agua; otros han ayunado comiendo en las veinticuatro horas una sola

vez; otros han ayunado segun la costumbre con que lo hacen en nuestros dias los buenos cristianos; otros ayunan de algun plato que les gusta, de la fruta, del dulce y de otros modos que ha sabido inventar la piedad de los devotos de *María*. De mi parte te aconsejo que adoptes alguno de los indicados; que lo hagas no por uno ó dos dias, sino con grande perseverancia; no como por fuerza ó casi repugnando, sino gustosa y voluntariamente. Te aseguro que si haces estos ayunos bien y con la debida fidelidad, tendrás una seguridad moral de tu salvacion eterna; ya porque *María* te alcanzará gracias poderosas para que hagas en vida una buena confesion; ya porque en la hora de la muerte te asistirá con tantas gracias especiales, cuantos hayan sido los ayunos hechos en su honor.

CAPITULO V.

BENDITO SEA EL FRUTO DE TU VIENTRE JESUS.

22. *Excelencia de la maternidad divina.*—En este capítulo, lector carísimo, concluiremos las últimas palabras del Ave *María*, y lo haremos con tanto mayor gusto, quanto que podemos asegurar que ellas solas entrañan todo lo que ya hemos dicho; y aun dicen casi infinitamente mas; porque tal es el significado de estas palabras: *Y bendito sea el fruto de tu vientre Jesus.* ¡Pero dónde está esta alabanza, si ni siquiera se habla de *María*? Conyengo que en las palabras ya explicadas se dirige uno á *María* de un modo especial,

que la saluda un Arcángel de primer órden que se humilla hasta el polvo; que la llama llena de la gracia de todas las criaturas y en grado mas eminente; que la denomina el Señor es contigo para atestiguar nos hasta qué punto posee á Dios; y que la apellida la bendita entre todas las mujeres. Pero tambien es preciso convenir que en estas palabras bendito sea el fruto de tu vientre Jesus; se habla del Hijo, para hacer resaltar toda la grandeza de la Madre; y se dice que Jesucristo es su Hijo para publicar que *Maria* es su Madre. Divinas palabras; porque nos presentan á *Maria Madre de Dios*: y ellas solas nos hacen toda la alabanza y el mayor de sus encomios; y nos recuerdan todas sus excelencias y sus infinitos privilegios. Porque por esto fué la escogida entre todas las criaturas; por esto fué concebida sin la culpa original; por esto desde el primer instante de su existencia tuvo mas gracia y mérito que todas las criaturas; por esto es sobre todos los ángeles y coros de la gloria; y, para decirlo de una vez, de esta maternidad divina se siguen todos sus privilegios. Tal es lo que le decimos al pronunciar: *bendito sea el fruto de tu vientre Jesus*. ¡Ah! ¡podrás no amar á *Maria*? ¡Podrás no honrarla continua y fervientemente? ¡Podrás no poner tus glorias en el rezo del Ave Maria? Para que ignores menos la excelencia de *Maria* en fuerza de la maternidad divina, reflexiona que ella es aquella Virgen á quien Dios eligió por Madre suya; y Madre tan gloriosa y digna de tanto mérito que no quiso hacerse su Hijo sin recibir antes su consentimiento. ¡Oh *Maria*! ¡Oh inmaculada y divina *Maria*! Tu hermosura es tan perfecta que ha enamorado al mismo Dios; y tu mérito es tan eminente, que te ha hecho digna de que Dios te mirase con singular amor. Por tí el Rey de los reyes descende á la tierra; por tí el Hijo del Eterno, sin dejar su eterno

descanso fija su habitacion en tu purísimo vientre; y tus ojos, fijos siempre en la divina grandeza, no la perdieron jamas de vista. La elevacion á que fué sublimada *Maria* es tal, cual sublime es la excelencia y grandeza de Dios: la hizo su Madre, y la exaltó á una altura superior á todos los coros de los ángeles: la hizo su Madre, y con esto hizo que superara á toda criatura, como supera el Criador á la hechura de sus manos: la hizo su Madre, y como tal es la mas ennobrecida de todo, y al paso que no es Dios, supera indeciblemente á todo lo que no es Dios: la hizo su Madre, y con solo esto la condecoró con tanta excelencia, que solo Dios puede comprenderla: la hizo su Madre, y el Evangelista con solo decirlo, incluyó en este pensamiento todas las grandezas: en suma, decir que *Maria* es Madre de Dios, es decir lo máximo y aun lo total de toda prerogativa y toda excelencia, y lo mayor que puede pensarse despues de Dios. A vista de esto, ¿quien será capaz de explicar estas palabras del Ave Maria? ¿Cómo dar á conocer el bendito sea el fruto de tu vientre Jesus? Solo diré algo, lector carísimo, para que ignores menos. ¡Oh *Maria*! hacédme la gracia de que diga solo lo que vos sois.

23. *Maria Santisima desde el primer instante de su Concepcion Inmaculada, tuvo un conocimiento perfecto de su futura elevacion.*—Así con ésta gracia, apareceria *Maria* ya desde su primer instante no de un modo comun y ordinario, sino como la futura Madre del Criador; y no solo se veria en ella á la feliz criatura á la cual exaltó Dios cuanto pudo, si que tambien y de un modo especial á la criatura feliz que correspondió á Dios, cuanto es capaz la mas excelente criatura. Porque *Maria* con este conocimiento perfecto de su futura elevacion, parece que habria correspondido mas de lleno á todos los beneficios que recibiera de su

Señor; que su gratitud fuera tanto más marcada, cuanto eran mayores los beneficios que sabia haber recibido, y que todos sus actos habrían ido acompañados de un no sé qué tan divino, que solo aquel hombre que es Dios, puede corresponder de un modo más perfecto. Este privilegio, que tal vez puede concederse á *María*, parece ser no una cosa nueva, sino ya comprendida en la salutación angélica: porque así como estos saludos fueron los mayores, así suponen en el que los recibe el mayor número de gracias; luego suponen esta gracia del conocimiento. El Ángel la apellida la *llena de gracia*, y por tanto la que no carece de una gracia en cierto modo necesaria, ó al menos siempre utilísima, para llegar á poseer toda la perfección á que Dios la llamara. Esta gracia pudo incluirla el Arcángel al afirmar que *el Señor es contigo*; porque esto afirma que Dios está con *María* de todos los modos posibles, y por tanto, con la gracia de este conocimiento. Por otra parte, á quien había de recibir el todo de la unión con Dios hasta identificarse con él, ¿se había de negar esta gracia? La supone *el bendita eres entre todas las mujeres*, porque nos encontramos con criaturas que tuvieron el conocimiento perfecto de lo que les había de suceder. Así, Adán y Eva conocieron que eran los futuros padres de todo el género humano, que sus privilegios los constituían un poco inferior á los ángeles, que si pecaban los perderían todos y su descendencia sería desgraciada, y que si los conservaban bien, harían á sus hijos completamente felices. Noé conoció que era el Patriarca destinado á salvar el mundo; y con esto siguió aquella vida que lo hizo el Santo y el Justo: Abraham supo que Dios lo llamaba, que era el padre de los creyentes, que su generación duraría por los siglos de los siglos, y que Dios mismo le tomara su nombre como para engrandecerse. Así Isaac vió que él era la imagen del Sal-

vador; que sus dos hijos serían los gefes de un grande pueblo, y que de Jacob saldría la nación de las bendiciones. Así Jacob conoció que era el varon de los trabajos, que los doce hijos serían los doce patriarcas del pueblo de Dios, les predijo lo que habría de acontecerles á cada uno, y que el Mesías saldría de la tribu de Judá. Y así San Juan Bautista conoció desde el vientre de su madre juntamente con la gracia que lo santificó; conoció, digo, que era aquel que había de ser la voz de Dios, y lo había de dar á conocer como á Ángel del Señor. Y *María*, la causa segunda de toda la gracia, ¿cabalmente estaría privada de este conocimiento? Es cierto que pudo carecer de él así como tambien es cierto que lo pudo tener. De mi parte nada te determino; solamente deseo que consideres que si *María* no es Dios, tambien es una verdad que por su union casi hipostática con el Verbo se la pueda llamar divina; y por esto divina *María* la apellidan sus mas fieles devotos. Nada mas noble que *María*, ya que ella es la Madre de Dios: nada mas brillante, porque es la elegida por el esplendor del Padre; y porque decir que es Madre de Dios, es afirmar de ella todo privilegio, toda prerogativa, toda excelencia, y aun toda gracia concedible á humana criatura y aun angélica: ¿y le negaremos el conocimiento perfecto de su futura elevacion, á la dignidad de Madre de Dios? Siguiendo á un gran doctor de la Iglesia podríamos decir: Este conocimiento era conveniente á *María*: Dios se lo pudo conceder; luego de hecho se lo dió.

24. *María si es Madre de Dios es la criatura mas semejante á Jesucristo verdadero Dios.*—Tal es, lector carísimo, una de las mas bellas consecuencias que brotan de la divina maternidad! ¡Tal es la excelencia altísima de nuestra tierna Madre! porque si Jesucristo es Dios, *María* por ser su Madre es el principio de la

santa humanidad de Jesucristo. Según la incontestable verdad de que cada uno engendra lo que es, vemos que la práctica atestigua que cada animal produce el animal que es de su misma naturaleza; cada planta, una planta de su misma especie; cada árbol, un árbol de su propia especie; y así los hombres blancos engendran á blancos; los negros á negros, y los indios á indios. El Espíritu Santo, para reforzarnos esta sentencia, nos ha dicho: *El padre ha muerto; pero es como si no hubiese muerto, porque en la persona de su hijo ha dejado quien le es semejante.* ¡Qué consecuencias tan bellas de este principio! ¡Qué grande y qué excelente aparece *María!* ¡Qué decimos, si no, al afirmar que bendito sea el fruto de su vientre Jesús? Afirmamos nada menos que *María* es semejante á Jesucristo; que todas las dotes excelentísimas que tiene Jesús, las tiene en algún modo *María*; que si el Hijo de Dios es el mas hermoso entre los hijos de los hombres, *María* es la mas hermosa; que si Jesucristo es el todo de todas las virtudes, *María* es su mas perfecto compendio: en una palabra, ¿quieres, lector carísimo, saber lo que es *María?* Dime lo que es su Hijo Jesús: porque si tal es el Padre cual es el Hijo; así tal es el Hijo cual es la Madre: por esto afirmo que si *María* es Madre de Dios, real y verdaderamente le conviene la mas íntima semejanza con su Hijo que es Dios. Pero tanto esto es así, y de un modo tan exacto, que la carne de Cristo es la carne de *María*, porque de ella fueron las primeras gotas de su purísima sangre con las que el Espíritu Santo formara la humanidad de Jesús; porque con su misma sangre continuó alimentándolo durante los nueve meses; porque lo dió á luz como su verdadera Madre; porque con su leche lo nutrió, y por el total entrego que hizo de él á su Eterno Padre. ¡Oh amantísima *María!* ¡Oh quién te amara como mere-

ces, *María*, inmaculada y divina *María!* Ya que sois la augusta Madre de Dios, sed igualmente mi Madre; y á este fin yo me ofrezco por hijo vuestro en honra y gloria de vuestra divina maternidad. Madre mia, ahí teneis á vuestro hijo; y os suplico que me alcanceis la gracia de que nunca me aparte de vos, mi tierna y mi querida Madre. *Bendito sea el fruto de tu vientre Jesús.* ¿Y por qué se servirá de esta palabra fruto? Sin duda alguna que fué para darnos la idea mas divina que puede darse de la Santísima Virgen. Porque si por los frutos se conoce el árbol, como nos ha enseñado el Divino Maestro; é inferimos del fruto bueno la bondad de su árbol, del mismo modo que del fruto malo, lo pésimo del árbol que lo produjo, ¿qué diremos del árbol que ha producido á Jesús? Sin duda alguna que es lo mas semejante á Dios; que si el Verbo Divino está hipostáticamente unido con la humanidad, *María* lo está con Dios con la union mas estrecha despues de la hipostática; que si Jesús es el autor de la gracia, *María* es la que posé á toda la gracia; que si Jesús es el fruto bendito de su vientre, *María* es la bendita entre todas las mujeres; que existe la mayor semejanza entre Jesús y *María*; que las virtudes y cualidades, y gracias y excelencias de Jesús, son las excelencias y gracias y cualidades y virtudes de *María*, y que por esto se le dice divina *María*, porque hasta este punto convienen en naturaleza la Madre y el Hijo. Todo esto le recordamos á *María* al decirle: *Bendito sea el fruto de tu vientre Jesús.* Si amas á *María*, si la tienes por tu Madre, si deseas honrarla y que sea venerada de todos los cristianos, repite sin cesar el Ave *María*, procura que los demas la recen tambien, y no te descuides de decir de un modo el mas fervoroso el *Bendito sea el fruto de tu vientre Jesús.*

25. Devoción á la medalla milagrosa.—Entre las

devociones que agradan á la Santísima Virgen, una de las que ella mas quiere es el uso de la medalla; y yo no puedo menos de ponderártela por los muchos bienes espirituales con que se halla enriquecida. Venera la medalla de la Virgen de los Dolores, y toma la santa costumbre de rezarle todos los dias siete Padre Nuestros y siete Ave Marías gloriosos, en honor y reverencia de sus dolores. La medalla de nuestra Señora de la Merced, es tambien muy útil, y puedes venerar á *Maria* rezándole todos los dias cinco credos y Ave Marías gloriosos, pidiéndole que nos libre de la esclavitud del demonio y del pecado. La medalla de la Anunciacion es igualmente muy conforme á tu piedad, y te representa nada menos que la Encarnacion del Hijo de Dios. Adórala mediante el rezo de diez Ave Marías gloriosos. Sobre todo te encargo la medalla de la Inmaculada Concepcion, que en nuestros dias se conoce con el dictado de milagrosa; y con razon, porque su origen es un verdadero milagro; su extension un milagro, y sus operaciones son un conjunto de tales prodigios, que apenas los hay superiores. Cuando Nuestro Señor quiso que se declarase dogma de fé el misterio de la Inmaculada Concepcion de su Madre, como para preparar el terreno se sirvió de esta medalla, donándola la Santísima Virgen á los cristianos, por medio de una Hija de la caridad; haciéndola entender que habia llegado el momento de la declaracion dogmática de este misterio, y que iba á servirse de esta medalla para dispensar á los mortales indecibles gracias, si ellos usasen debidamente de esta su ternura, y repitiesen con el debido afecto: *¡Oh Maria concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos.* La extension de esta medalla es una cosa tan extraordinaria, que jamas se ha visto una cosa semejante, y todos le profesan un cariño especial, y le dicen con grande afecto que ruegue

por nosotros. El dictado de milagrosa, se lo han dado los pueblos á vista de los innumerables prodigios de todo género que todos los dias se renuevan. Voy á referirte unos cuantos que hace muy poco tiempo que han sucedido. El primero es de una niña que se puso bajo la proteccion de la Concepcion Inmaculada de *Maria* con el título de la milagrosa; se consagró á ella y la adoptó por su madre; puso en *Maria* su confianza como su verdadera hija; hizo su primera comunión como un ángel en carne; conservó su inocencia todo el resto de sus dias; puso sus delicias en dar á *Maria* Santísima pruebas inequívocas de afectuosa hija; se le consagraba diariamente y comulgaba en sus principales festividades; y no obstante de vivir en una ciudad corrompida, llegó á los diez y siete años con todos los privilegios de la inocencia virginal. En una enfermedad grave que le sobrevino padeció dolores los mas intensos; pero ella nunca perdia de vista la medalla milagrosa, la besaba con el mayor afecto, le pedia su bendicion, y entregó su alma á Dios invocando con mucha ternura los nombres de *Maria, Maria, Maria*. El segundo es de una hija de *Maria* que habiendo abrazado el santo matrimonio quiso santificarse cumpliendo bien todos los deberes de una madre de familia. A este fin consagró todos sus hijos á la Inmaculada Concepcion y les inspiró la práctica santa de venerar este misterio por medio de la medalla milagrosa, y que repitiesen veinticuatro veces al dia su jaculatoria: *¡Oh Maria concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos!* Los acostumbró desde muy tiernos á que rezasen el Ave *Maria* delante de la Santísima Virgen; hizo que la rezasen de rodillas, con las manos puestas al pecho, sin voltear la cabeza y con los ojos fijos en la imagen de *Maria*. Así se santificó esta buena madre, y así se santificaron todos sus hijos. El tercero es de

un jóven que parece que habia hecho profesion de ser malo, porque era blasfemo, jurador, irreligioso, impío; mataba á sus padres con disgustos, se peleaba y heria; todas las deshonestidades habian entrado en su corazon. ¿Y qué remedio? No lo habia en lo humano, por que ni sus padres, ni sus parientes, ni los buenos amigos, ni los sacerdotes, ni cosa alguna pudo hacerle mudar, sino que obstinado en el mal, continuaba cometiendo todos los crímenes. Una hermana suya, á quien respetaba un poco, le pidió un favor, y este fué que se colgase una prenda que le iba á dar, y que por mañana y tarde rezase una Ave María, con su advocacion. El jóven, aunque completamente irreligioso y bufon, pero por condescender con su hermana tomó la medalla, la besó, rezóla el Ave María, añadió la jaculatoria que dice: *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos!* Y, ¡oh prodigio! Apenas habia concluido, cuando dos lágrimas rodaron por sus mejillas, se abraza con su querida medalla, derrama un mar de lágrimas, y el jóven impío era ya un perfecto cristiano. El cuarto es de un español que enfermo gravemente no queria confesarse, no obstante de haber pasado mas de treinta años sin haber cumplido este deber de todo cristiano. Sus amigos, viendo que su muerte era cierta y aun pronta, le hablaron con la dulzura y firmeza requeridas, pero en vano. Algunos sacerdotes le hablaron tambien, pero recibieron la misma negativa. Mas hé ahí que habiéndole entregado la medalla milagrosa, la besó, rezóla una Ave María, invocó su patrocinio con la jaculatoria: *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos!* é inmediatamente se sintió su corazon tan mudado, que llamó á un padre y le dijo que se queria confesar; lo hizo generalmente, y murió con todos los sentimientos de piedad y reverenciando y honrando á su

querida medalla. El quinto es el de un frances que á la vida licenciosa de soldado, habia añadido las ideas mas avanzadas de la incredulidad. Su vida se acababa por momentos, y él hacia alarde de todos los crímenes, y manchaba sus labios con las mas horrendas blasfemias. En tan triste situacion, la hermana de la caridad N. creyó que era completamente inútil no solo hablarle de confesion, mas ni siquiera de Dios. Llena esta buena hermana de confianza hácia la medalla milagrosa, piensa en dársela, para que la Santísima Virgen muestre que es la Madre de aquel infeliz. Mas temiendo irritarlo, se contenta con ponerla debajo de su almohada. Inmediatamente se durmió el enfermo; despierta á los pocos minutos, llama á la hermana, Hora. . . y le dice que quiere confesarse. El sacerdote lo confesó, le administró los santos sacramentos y murió abrazado con su medalla, besándola y repitiendo el *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos!* El sexto. . . . pero cuándo acabaria, lector carísimo, de contarte los mil y mil casos cual mas prodigiosos obrados en fuerza de la gracia que María ha colocado en esta medalla: esto es mas que suficiente para que te procures la medalla milagrosa, para que la repartas á todos cuantos pudieres y les inculques algunas de las devociones que encuentras marcadas en esta obrita.

CAPITULO VI.

SANTA MARIA MADRE DE DIOS.

26. *Santidad de María.*—Dos son las partes, lector carísimo, que contiene la oración del Ave María, de las cuales habiendo explicado la primera, es muy justo que nos hagamos cargo de la segunda. ¡Ah! quién pudiera penetrarla un poco! Todo cuanto hay en ella es excelente, y al mismo tiempo es lo más útil para nosotros. De *María* dice tanto, que por antonomasia es declarada la *Santa*, y la *augusta Madre de Dios*; y de nosotros dice tanto, que nos presenta como los hijos más queridos de esta divina Madre. ¡*Santa María!* ¡Oh qué alabanza! es como si dijera, á la manera que Dios es el tres veces santo, así tres veces santa es *María*; y á la manera que Dios es santo en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, así *María* es santa en su concepción, santa en su nacimiento y santa en toda su vida. ¡*Santa María!* Es como si aseguráramos que *María* es el templo del Señor, el sagrario del Espíritu Santo, la toda hermosa y sin defecto; que es la única y sola amiga del Altísimo; el huerto cerrado, porque jamás entraron en él los enemigos para ofenderle; la fuente sellada, porque siempre se mantuvo ilesa de todo pecado, y es tan santa, que fué fundada sobre los montes más santos. ¡*Santa María!* Es la puerta amantísima, y mucho más que los tabernáculos de Judá; es la paloma sin la hiel de la culpa, la perfecta sin la mancha de origen, la única tan santa que fué concebida con toda la plenitud de la gracia. ¡*Santa María!* Es tan santa, que es la Virgen pura, ajena de

toda corrupción; la Virgen limpia é intacta de todo pecado; la inmaculada y la remotísima de todo defecto, la nube misteriosa que nunca desprendió tinieblas sino siempre la eterna y divina luz, la inmune hasta de toda sombra de pecado, la que en nada fué manchada ni corrompida, y es el divino paraíso en el cual había de colocarse el Santo de los santos. ¡Oh *María!* tú eres la Santa de los santos, y tienes una santidad que se compone de la fé de los israelitas; de la esperanza de los patriarcas y profetas; de la caridad de los apóstoles y evangelistas; de la fortaleza de los mártires; de la compunción de los confesores, y de todas las virtudes! En fin, para concluir de una vez sobre la santidad de *María*, diremos: que su perfección llegó hasta el punto de que ninguna cosa del mundo embarazaba sus afectos, que todo era en ella un perenne ardor de caridad, de la que estaba colmada, y que su corazón eran brasas, brasas ardientes, y como un volcán de eternas llamas. Tanta era la santidad de *María*, y tal es lo que le recordamos al decirle *Santa María*. Los santos declaran que al apellidarla *Madre de Dios*, no es predicar de ella una cosa nueva, sino que se habla de aquella dignidad que ya explicamos al hacernos cargo del bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús. Ahora, nada asentaremos de nuevo, sino que vamos á presentar algunas consecuencias de tan sobreextraordinaria dignidad.

27. *Si es Madre de Dios, conviene en la dignidad de Dios.*—Cuando la Iglesia nos ha presentado á Jesús, como el fruto bendito del vientre de *María*; claro está, que sabiendo que Jesús es Dios, nos presenta á su augusta Madre con el dictado de Madre de Dios. Mas como esta dignidad es absolutamente sobre toda otra dignidad, y ciertos espíritus tímidos podrían no atreverse á decirlo; la Iglesia se encargó de declararlo po-

niéndolo en boca de todos los fieles al decir: *Santa María, Madre de Dios*. *María* es Madre de Dios, no porque el Verbo tenga Madre, sino porque este Verbo divino engendrado no en el tiempo como *María*, sino antes de todos los siglos y de todo principio, quiso hacerse hombre; y de hecho se hizo carne en el seno de *María Santísima*; y como en Jesucristo aunque haya la naturaleza divina como hijo eterno de Dios, y la naturaleza humana como hijo natural de *María*, no hay dos personas; sino una sola persona y esta divina; de ahí resulta que *María* es la verdadera Madre de esta persona divina, y por tanto la Madre de Dios; y de ahí el que la gloria de *María* no sea una gloria propia, sino una gloria que le es provenida de haber concebido al Verbo. ¡Qué dignidad la dignidad de *María*! Bien podemos asegurar que si ella es Madre de Dios, le conviene la dignidad de Dios; porque la gloria del Hijo es la gloria de la Madre, y la gloria de la Madre es la gloria del Hijo. Hemos oído que muchas madres han sido en gran manera glorificadas, no por lo que ellas eran, sino por lo que sus hijos llegaron á ser. ¡Qué no se dijo de Sara la madre de Isaac! Y todo porque éste fué una exacta figura del Salvador en el momento de subir al calvario cargado con la cruz. ¡Qué no se dijo de Rebeca madre de Jacob! Y todo por haber representado á Nuestro Señor en su vida de pena, de trabajo y de aflicción. ¡Qué no se dijo de Raquel, la madre de José, por haber sido éste una de las figuras que mejor representaron á Jesucristo! ¡Qué no se dijo de Bethsabée la madre de Salomon, el cual no fué otra cosa que una débil imagen del Salvador Divino! Pues si estas madres recibieron su gloria y dignidad de la dignidad y gloria de sus hijos, ¡qué diremos de la gloria y dignidad de *María*, siendo ella la Madre de un Hijo divino! ¡Quién es su Hijo! El Hijo de Dios; es

el Rey de reyes y Señor de los señores; es el que vive por los siglos de los siglos; es el que reina, pero con un reinado que no tendrá fin; es el que dirige los vientos y tempestades; el que manda al trueno y al rayo; el que sostiene con su dedo la redondez de la tierra; el que abarca en la palma de su mano las aguas todas del Océano; en una palabra, es Dios. Pues si tal es la dignidad de este Hijo, ¡qué diremos de su Madre! Digo, sí, que supera á todas las dignidades del cielo y de la tierra y á cuanto las celestes virtudes pueden decir y aun imaginar. Y digo de una vez para siempre, que la dignidad de *María*, por el mismo hecho de ser Madre de Dios, es como una dignidad infinita que ha brotado del bien infinito que es Dios. Por esto es de un modo especial la escogida como el sol; por esto su cuerpo y su alma fueron fabricados como templos adecuados del Espíritu Santo; por esto la enriqueció Dios Padre con todo su poder; por esto la ensalzó Dios Hijo sobre toda virtud; por esto la llenó el Espíritu Santo de todo su amor; por esto toda la Trinidad le comunicó el tesoro sobreabundantísimo de sus gracias; por esto fué constituida la Reina de los ángeles, la Señora de los hombres y la Emperatriz del universo mundo; y por decirlo en una palabra, fué constituida á una dignidad tal, que solo es un grado inferior á la dignidad de Dios (1). *María* fué una mujer que parió á Dios y por esto debió ser elevada hasta cierta igualdad con Dios (2); y por decirlo con un gran santo en nombre de Jesucristo: ¡*Oh Madre mía! tú me comunicaste lo que es hombre, para que yo te comunicara lo que es Dios* (3). De lo dicho se sigue que *Mariano* es Dios; pero que es todo aquello que no es Dios: que puede por gracia y privilegio lo que Dios por esencia

(1) (2) (3) Santos Padres, y San Ligorio, *Glorias de María*,

y naturaleza (1); y que siendo poderoso y sapientísimo y omnipotente, no puede hacer otra María (2), no sabe hacer otra María, ni tiene idea para hacer una obra más perfecta que María; porque si atendiendo á la omnipotencia de Dios podría hacerla superior, pero no lo es con relacion á la criatura, porque comunicó en María cuanto pudo comunicarle (3). Tal es lo que recordamos á María al decir *Santa María Madre de Dios*. ¡Oh y cuánto desearia, lector carísimo, que te dieras á Dios de modo que repitieras casi siempre el Ave María! Rézala muchas veces al dia, y te encargo una singular devoción para cuando tus labios digan el *Santa María Madre de Dios*. ¡Podrás no dirigirle esta prueba de tu cariño? ¡Podrás no practicar ese conjunto de obsequios destinados á honrarla? Mira á *María*, ¡la ves? Es la Madre de Dios, y es por lo tanto la criatura mas cercana á Dios; es la que participa mas de su gracia, excelencia, perfeccion y grandeza; y es aquella cuya dignidad es de un orden superior á toda otra dignidad criada; cuya dignidad la declara que pertenece en cierto modo al orden de la union casi hipostática con (4) una persona divina, en fuerza de su union suprema con Dios: en suma, es la dignidad mas inmediata á la de Dios, porque ninguna criatura puede estar tan unida con Dios, si no es haciéndose Dios. María Santísima para ser Madre de Dios necesitó ser elevada hasta hallarse con cierta igualdad (5) con las personas divinas por medio de un caudal casi infinito de gracias; porque Dios habitó en *María* de un modo tan singular que llamarse podría de identificacion (6) con Dios; de donde resulta que han de enmudecer y aun temblar los mas encumbrados serafines solo con

(1) (2) (3) (4) (5) (6) Ligorio, Glorias de María, y los Santos Padres.

poner los ojos en la inmensa dignidad de Madre de Dios, porque en fuerza de ella concedemos que Jesus habitó en *María* y que *María* tiene con Jesus la identidad (1) de la naturaleza. *María*, por razon de esta union tan estrecha con Dios, recibe una dignidad tan superior, que llamarse puede infinita: en fin, su dignidad es sobre toda otra dignidad, porque al paso que no puede recibir mayor gracia, así no puede recibir mayor prerogativa; ya porque el ser Madre del Infinito, lleva consigo cierta infinidad, ya porque fué exaltada de un modo tan sumo, que no puede serlo mas; ya porque Dios con ser Dios no puede hacer una criatura mas divinizada ni mas cabalmente perfectísima que su Madre; y al modo que ésta no puede hallar un Hijo mas noble, ni mas excelente que Jesus, así Jesus no pudo hallar una Madre que fuese mas noble ni mas divina que *María* (2).

28. Si es Madre de Dios tiene la administracion de todos sus bienes. No es necesario probar á tu piedad que *María* es la dispensera de todas las gracias; y que lo es de tal suerte, que ni una sola reciben los mortales, si ésta no pasa antes por sus manos. Porque ¿podria el mejor de los hijos no entregar todas sus cosas á la mejor de las madres? Esta es la creencia de los fieles; así lo predicán los santos; así lo dicen los doctores, y así lo define la Iglesia. Y no es extraño: porque si Jesucristo es el Rey de reyes, *María* es la divina reina de toda la tierra y aun del cielo; si Jesucristo es el tesoro de las gracias, *María* es la que lo posee completamente; si Jesucristo es la fuente de todo dón celestial, *María* es el acueducto de este dón divino; y porque *María* en el cielo y en la tierra todo lo rige y gobierna por gracia y privilegio, del mismo modo que

(1) (2) Lig., Glor. de María.

Jesucristo por esencia y naturaleza: y tanto es así, que podemos asegurar, que así como no se ha conferido ni una sola gracia que no parta de los méritos de Jesucristo, así jamás se ha dado, ni dará una gracia que no llegue á nosotros por los medios de *María*. (1) Y esto se efectúa, no solo porque todas las gracias, aun las mas extraordinarias y superiores las posee eminentemente *María*; sino porque cediendo Jesucristo su derecho, quiere que ella sea su dispensadora. Para resumir brevemente lo que es la dignidad de Madre de Dios en *María*, sacaremos en pocas palabras sus consecuencias, afirmando: que si Jesucristo es para nosotros el redentor, *María* es la redentora, porque por su medio el hombre ha sido redimido, ya dando al Hijo de Dios su carne y su sangre, ya sufriendo al pié de la Cruz en su espíritu lo que el Señor sufrió en su cuerpo. Jesucristo es el restaurador de las santas relaciones entre el hombre y Dios; y *María* como que las confirma reformando las costumbres: Jesucristo es el renovador de la descendencia caída, y *María* la ensalzó hasta hacer que el hombre sea divinizado: Jesucristo es el mediador nato entre Dios y los hombres; y *María* es nuestra mediadora ante Jesucristo; y de tal modo, que todos pueden afirmar que por *María* y solo por *María* se ha realizado la salvacion de todos. Todo esto, lector carísimo, le recordamos al rezarle *Santa María Madre de Dios*. Aclamémosla la Santa porque es la Madre de Dios; Santa porque la santidad de la Madre es la santidad del Hijo; Santa porque la gloria del Hijo es la gloria de la Madre, y Santa porque ha dado al mundo la idea mas adecuada de la santidad de Jesucristo. ¡Oh! démonos á *María*: recémosle el Ave María; y con afecto el mas tierno digámosle: *Santa María Madre de Dios*.

(1) Los Santos Padres, y S. Ligorio, Glorias de Marías.

29. *Devocion á las Visitas de María*. Los devotos de *María* acostumbran darle pruebas de su tiernísimo afecto visitándola en sus principales templos é imágenes; y con razon, porque las consideran como ciudades de refugio en donde se acogen en medio de sus necesidades. Allí en las tentaciones ó castigos que Dios envia, le hacen una santa violencia, para que intercediendo por ellos logren la cesacion de toda calamidad: allí es donde acuden los niños; y á los piés de su augusta Madre hacen una entrega total de todo cuanto son y pueden ser, y se le consagran como sus verdaderos hijos: allí acuden los jóvenes para la eleccion de estado, y para vencer las terribles tentaciones de la carne y de la sangre: allí los padres y madres, ponen bajo su proteccion á toda su familia, para infundir á todos una tierna devocion á *María*; y allí en fin, acuden todos los cristianos para satisfacer un poco los efectos de su tierna devocion. En algunas partes se halla establecida una cofradía con el título de la *Corte de María*; y de hecho, todos sus afiliados distribuidos en coros, compuestos de treinta y una personas, visitan todos los meses una vez á su augusta reina en aquella imágen ó templo que les ha tocado en suerte, y durante el espacio de media hora le hacen su visita. En la ciudad de Barcelona de España, en la iglesia de Santa María del Mar existe esta Cofradía con un fervor muy extraordinario. A buen seguro que consta de quinientos coros; y por tanto otras tantas personas son las que diariamente visitan á la Santísima Virgen en aquella imágen que les ha sido señalada. Ojalá que se estableciera este modo de honrar á la Santísima Virgen. Pero mientras así no sea, hazle tú mismo la corte; y si eres cabeza de familia, puedes disponer que cada miembro de ella se encargue de una visita semanal, y la cumpla exactamente con el mayor fervor

y devocion. San Ligorio estableció para todos la visita diaria, hecha despues de la del Santísimo Sacramento. Ojalá que adoptes este modo de honrar á la augusta Madre de Dios! La visita puede componerse de media hora de oracion mental sobre alguna virtud de *María*: de media hora de lectura en un libro que trate de *María* Santísima, procurando leer muy despacio, para hacer actos de amor á *María* durante la lectura: del rezo del santísimo rosario, y aun de quince veces el Padre nuestro, Ave María y gloria Patri, y en caso de mucha ocupacion no te acuestes sin haberle rezado tres Ave Marías, que en la hora de la muerte todo te lo pagará bien.

CAPITULO VII.

RUEGA POR NOSOTROS PECADORES.

30. *Qué es María con relacion á nosotros.*—En los seis capitulos que anteceden, lector carísimo, no hemos hecho otra cosa que explicar un poco lo que es *María* en sí misma segun las palabras del Ave María; y ojalá que nos sirviéramos de esta noticia para amarla con todo el corazon; porque preciso es confesar que despues de Dios, no solo es una criatura, no solo tiene mas mérito, mas gracias, mas prerogativas, mas glorias, y mas excelencias que todas las demas criaturas juntas; sino que la supera á todas como el universo mundo de los cielos y tierra, al átomo que apenas divisamos al traves de los mejores instrumentos. ¿Qué ama, pues, quien á *María* no ama? ¿qué quiere quien á *María* no quiere?

María no solo es todas las cosas en sí misma, y las supera infinitamente, sino que tambien es el todo con relacion á nosotros: y tanto es así, que por sus ruegos nos alcanza la gracia de convertirnos, nos facilita la confesion sacramental, nos suministra la sagrada comunion, nos conduce á la práctica de la perseverancia, nos hace llegar á una grande santidad, y nos traslada seguros á la patria celestial. Y así *María* Magdalena salió de sus grandes pecados por la mediacion de *María*, y por *ella* confesó sus delitos á los piés del Salvador; por *ella* adquirió un arrepentimiento tan extraordinario, que le hizo amar tanto á Nuestro Señor, que alcanzó un absoluto perdon; por *ella* llegó á ser su mas fiel discípula, y aun mereció ser visitada del Señor en sus primeras apariciones; por *ella* llegó á tanta santidad y perfeccion, que siete veces al dia tenia sus pláticas con los santos ángeles; por *ella* le fué dado el privilegio de que su amor para con Jesucristo se publicara en todas las partes en donde se anunciase el Evangelio; y por *ella*, en fin, hace diez y nueve siglos que está disfrutando las delicias de la patria celestial. Lector carísimo, ama á *María*, reverencia á *María*, honra á *María*, glorifica á *María*, y salúdala con la oracion del Ave María con la mayor frecuencia y devocion que puedas. Yo te aseguro que te irá muy bien el rezarla á cada hora, y aun mejor cada media hora, y mucho mejor cada cuarto de hora; añadiendo aquella jaculatoria que le es tan agradable: *Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos.*

31. *Ruega á Dios para que nos convirtamos.*—Nota bien, lector carísimo, para que conozcas bien todos los oficios que nos hace nuestra amantísima Madre la purísima Virgen *María*, que dos son las cosas necesarias para que el pecador se convierta, y tan absolutamente necesarias, que si falta una sola de ellas ya no

y devocion. San Ligorio estableció para todos la visita diaria, hecha despues de la del Santísimo Sacramento. Ojalá que adoptes este modo de honrar á la augusta Madre de Dios! La visita puede componerse de media hora de oracion mental sobre alguna virtud de *María*: de media hora de lectura en un libro que trate de *María* Santísima, procurando leer muy despacio, para hacer actos de amor á *María* durante la lectura: del rezo del santísimo rosario, y aun de quince veces el Padre nuestro, Ave María y gloria Patri, y en caso de mucha ocupacion no te acuestes sin haberle rezado tres Ave Marías, que en la hora de la muerte todo te lo pagará bien.

CAPITULO VII.

RUEGA POR NOSOTROS PECADORES.

30. *Qué es María con relacion á nosotros.*—En los seis capitulos que anteceden, lector carísimo, no hemos hecho otra cosa que explicar un poco lo que es *María* en sí misma segun las palabras del Ave María; y ojalá que nos sirviéramos de esta noticia para amarla con todo el corazon; porque preciso es confesar que despues de Dios, no solo es una criatura, no solo tiene mas mérito, mas gracias, mas prerogativas, mas glorias, y mas excelencias que todas las demas criaturas juntas; sino que la supera á todas como el universo mundo de los cielos y tierra, al átomo que apenas divisamos al traves de los mejores instrumentos. ¿Qué ama, pues, quien á *María* no ama? ¿qué quiere quien á *María* no quiere?

María no solo es todas las cosas en sí misma, y las supera infinitamente, sino que tambien es el todo con relacion á nosotros: y tanto es así, que por sus ruegos nos alcanza la gracia de convertirnos, nos facilita la confesion sacramental, nos suministra la sagrada comunion, nos conduce á la práctica de la perseverancia, nos hace llegar á una grande santidad, y nos traslada seguros á la patria celestial. Y así *María* Magdalena salió de sus grandes pecados por la mediacion de *María*, y por *ella* confesó sus delitos á los piés del Salvador; por *ella* adquirió un arrepentimiento tan extraordinario, que le hizo amar tanto á Nuestro Señor, que alcanzó un absoluto perdon; por *ella* llegó á ser su mas fiel discípula, y aun mereció ser visitada del Señor en sus primeras apariciones; por *ella* llegó á tanta santidad y perfeccion, que siete veces al dia tenia sus pláticas con los santos ángeles; por *ella* le fué dado el privilegio de que su amor para con Jesucristo se publicara en todas las partes en donde se anunciase el Evangelio; y por *ella*, en fin, hace diez y nueve siglos que está disfrutando las delicias de la patria celestial. Lector carísimo, ama á *María*, reverencia á *María*, honra á *María*, glorifica á *María*, y salúdala con la oracion del Ave María con la mayor frecuencia y devocion que puedas. Yo te aseguro que te irá muy bien el rezarla á cada hora, y aun mejor cada media hora, y mucho mejor cada cuarto de hora; añadiendo aquella jaculatoria que le es tan agradable: *Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos.*

31. *Ruega á Dios para que nos convirtamos.*—Nota bien, lector carísimo, para que conozcas bien todos los oficios que nos hace nuestra amantísima Madre la purísima Virgen *María*, que dos son las cosas necesarias para que el pecador se convierta, y tan absolutamente necesarias, que si falta una sola de ellas ya no

puede verificarse la conversion. Lo primero que se necesita, es la gracia de Dios; y si falta, falta todo, y nada aprovecha toda la penitencia y toda la voluntad de convertirse: lo segundo es, que el pecador con su voluntad quiera corresponder á la influencia de la gracia, y si falta esta correspondencia tampoco puede haber verdadera conversion. El pecador de su parte no puede alcanzar ni la una ni la otra: no la gracia de Dios, porque ¿quién podrá obligar á Dios á darnos lo que no solo no nos debe, sino que en fuerza de su justicia puede negarnos completamente? No la gracia de la correspondencia, porque con solo un pecado mortal queda el alma tan maleada, que dejado todo lo bueno solo es á propósito para obrar todo lo malo. Solo *María* es la que por su intercesion puede alcanzarnos aún las gracias, y convertirnos de pecadores en justos: porque así como nada puede negar Jesucristo á su divina Madre, así ningun pecador puede ser tan endurecido que no se convierta cuando *María* lo quiere. Porque á la manera que los niños cuando se les ofrece un dulce exquisito, ó alguna de las cosas que mas aman, inmediatamente extienden su mano para cogerla, así *María* tiene siempre á su disposicion mil y mil gracias, con las cuales sin quitarnos la libertad nos hará la santa violencia de que correspondiendo al llamamiento divino nos convirtamos á Dios. Nótao bien cuánto nos conviene amar á *María*, saludarla como el Arcángel, predicarla llena de gracia, decirle el Señor es contigo, proclamarla bendita tú eres entre todas las mujeres, y apellidar bendito el fruto de su vientre Jesus. Ejemplifiquemos esta verdad con la conducta de *María*. Ya es Madre de Dios, ¿y qué hace? Párte inmediata y presurosamente á casa de su prima. ¿Y por qué este cambio? ¡Ah! no lo tomes por una cosa casual, porque es el cumplimiento de la palabra del Señor cuando decia:

Apacienta mis cabritos que están en el aprisco de mi Iglesia: es el cumplimiento del soberano encargo que le hizo Jesucristo desde el árbol de la cruz: *Mujer, he ahí á tu Hijo:* y de una manera especial es la práctica de estas palabras del Ave *María: Ruega por nosotros pecadores.* Por esto sale presurosa de su casa, por esto atraviesa el país de las montañas, y por esto no descansa hasta llegar á la casa de su prima, para que de esta manera pudiese salvar á Juan. En efecto: el Bautista, como concebido en pecado, no podia ser el Precursor del que es tres veces santo; por esto fué *María*, para convertirlo de pecador en justo; y lo hizo tan bien, que solo con su llegada ya lo dejó lleno de gracia. ¡Oh lector carísimo! tal es el oficio de la mas tierna Madre con relacion á los pecadores; por esto *María* es Santísima, para santificarnos á nosotros: por esto es Madre de Dios, para que sea tambien la Madre nuestra. ¿Y podremos no ser devotos de *María*? ¡Ah! confesémoslo de una vez para siempre: que habiendo pecado, no, no podemos salvarnos sin *María*.

32. *Ruega á su Hijo para que nos perdone.*—Podemos pecar, lector carísimo, pero no tenemos fuerzas para salir de nuestro pecado: podemos pecar, y con el pecado cerrarnos las puertas del cielo y abrimos las del infierno; mas por nosotros mismos no podemos salir de este abismo de desgracia: de ahí es que el estado del pecador es el mas desgraciado é infeliz. Dios Nuestro Señor á ninguna criatura aborrece, no solo porque todas son obras de sus manos, sino que tambien porque todas en su clase son buenas y muy buenas, segun la suprema declaracion que hizo el Señor. Solo el pecado es lo que aborrece, y lo aborrece infinitamente, y por los siglos de los siglos lo ha de aborrecer segun la infinita malicia que sale de él. Por esto odia Dios tanto el pecado que lo castigó tan terrible-

mente en los ángeles y en Adán, y fué un solo pecado; lo castigó en todo el género humano con un diluvio universal cuando toda carne se había maleado; lo castigó con una lluvia de fuego y azufre cuando los sodomitas hicieron sus nefandas maldades; lo castigó con las mas fuertes y terribles plagas cuando Faraón se obstinó contra Dios; lo castigó con la muerte repentina de 185,000 hombres cuando el impío Sennaquerib blasfemaba contra el Dios de Israel; lo castigó. . . . pero cuándo acabaría de decirte cuánto Dios aborrece y odia el pecado! Y en nuestros días, en que se cometen tantos pecados, pecados mas graves y mas maliciosos, ¿por qué Dios, pregunto, no los castiga de un modo tan ruidoso? No hay otro porqué, que la proteccion de *María*; es porque *ella ruega por nosotros pecadores*. ¡Oh! y cuán agradecidos hemos de ser á *María*! Sin *María*, ¡infelices de nosotros! ¡Cuántos años hace que estaríamos en el infierno! Entonces Dios castigaba severísimamente, porque no había quien detuviese el brazo de su justicia. ¡Oh pecadores! seamos devotos de *María*, saludémosla con el ángel, Ave *María*, y de una manera especial que ruegue por nosotros pecadores. ¡Infelices de nosotros sin la proteccion de *María*! porque años hace que las aguas de la ira divina nos habrían ahogado: años hace que los eternos fuegos estarían obrando sobre nosotros: años hace que la peste nos habría quitado una existencia criminal; que los ángeles nos habrían hecho desaparecer de la tierra y que los demonios nos habrían sepultado en los infiernos. ¿Y por qué no ha sucedido esto? No hay otro porqué, que la intervencion poderosa de nuestra adorable Madre. ¡Oh cristianos! vosotros que vivís tibios en el grande peligro de que Dios os abandone, ¿por qué aun no os ha vomitado de su corazon? No hay otro porqué, que la eficaz intervencion de *María*. ¡Oh! clamemos, cla-

memos todos á *María*; ella ha suplido lo que á nosotros nos falta; ella nos ha alcanzado todas las bendiciones. Alabemos, pues, siempre á *María* y repitamos con frecuencia: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores*.

33. *Nos reviste de la gracia*.—El resultado de la conversion á Dios, es quedar el alma hermoseedada con mil y mil atractivos de la gracia, y tan trasformada, que no hay en el mundo punto de comparacion. ¡Pecamos! este momento, pues, fué el mas desgraciado de nuestra vida, porque se cumplió en nosotros la profecía de David que asegura, que *el pecado nos hace peores que los brutos animales*. Cuando soberbios no quisimos reconocer á Dios y á la conducta de su providencia, entonces nos comparamos al pavo que nunca es tan feo como cuando hace ostentacion de la belleza de su plumaje: cuando avaros dejamos correr nuestro corazon á las riquezas, entonces nos asemejamos al lobo rapaz que no se sacia nunca: cuando lujuriosos y obscenos anduviéramos tras deleites siempre prohibidos, nos convertiríamos en animales inmundos que al modo de cerdos se revuelcan por el cieno: cuando envidiosos quisiéramos apropiarnos lo que no nos conviene, abrazariamos la semejanza de perro que ladra á veces con solo ver la sombra: cuando golosos nos cebamos en viandas prohibidas al tiempo, lugar ó circunstancias, obramos como el cocodrilo cuyas fauces son extremadamente devoradoras: cuando iracundos despedazamos la conducta ajena y destruimos su buen nombre, nos asemejamos al leon que con sus garras destruye la vida; y cuando perezosos en las cosas divinas nunca acabamos de dar á Dios lo que nos pide con tanta justicia, entonces nos quedamos en la práctica á la manera del asno. ¡Bonita semejanza! pero que brota del pecado como la hoja de la rama. ¿Y cómo quitarnos tanta igno-

minia? ¿Cómo adquirir nuestra primera dignidad? ¿Cómo revestirnos con la hermosura de la gracia? Nosotros no podemos hacerlo: pero bendigamos una y mil veces á *María*, porque cobijándonos ella bajo las alas poderosas de su manto, nos quita toda la fiereza del pecado, y nos torna con toda la mansedumbre del amor. Esta doctrina es de tal suerte la de toda la Iglesia universal, que esta cariñosa Madre pone en boca de todos sus hijos una multitud de oraciones cuyo destino es mostrarnos su grande proteccion y patrocinio: y no debes tomarlo por una novedad, porque no es otra cosa que una exacta consecuencia del ruego por nosotros pecadores. Contemplaba David en espíritu todas estas operaciones de la Santísima Virgen *María*, y no contento con apellidarse su hijo, nos describió admirablemente su proteccion especial al decirnos que el Señor salvará á los hombres y á los animales. A los hombres, es decir, á los justos que cumplen la ley santa de Dios, porque recibirán la eterna gloria; y á los animales, es decir, á los hombres que por sus pecados se volvieron animales, Nuestro Señor los salvará por medio de su Madre; como si dijera, Dios los revestirá de la hermosura de la gracia despues que *María* los haya protegido con su poder. ¿A vista de esto, podremos no ser devotos de *María*? ¿Cómo no rogarle que nos mire con ojos propicios? Comencemos con la confesion de que nuestros pecados han sido la causa de todos nuestros males: continuemos viendo á *María* clamando en nuestro favor, dando á luz y en medio de atroces tormentos todas las gracias que nos ha merecido, todas las inspiraciones recibidas, los piadosos ejemplos que hemos visto, y aun los desconuelos, los infortunios las enfermedades y la misma muerte. *María* nos alcanzó todas estas gracias, y todas nos las dá conforme la necesidad. Confiamos, pues, en *María* ya que

ella está rogando siempre por nosotros: amemos á *María*, ya que el amor es lo único que nos pide como en correspondencia á tantos beneficios. ¡Oh gloriosísima Virgen *María*! á tus plantas nos tienes postrados para suplicarte que seas nuestra madre, protectora y abogada; de modo que ruegues sin cesar por nosotros pecadores, y de esta manera detengas el brazo de la justicia divina. Tú eres la única esperanza de los pecadores, porque eres la mas tierna Madre de los que siéndolo trabajan con todas sus fuerzas para salir de los calabozos de la culpa. ¡Ah! ¡con qué afecto ruega por nosotros! ¡Con qué ternura nos alarga la mano para que nos levantemos! ¡Y con qué súplicas hemos de pedirle tanto bien! Pero, lector carísimo, no te hagas ilusion; *María* es tu madre si quieres enmendarte, y no hay solicitud que pueda compararse con la solicitud suya. Pero si orgulloso, si atrevido, si perverso, si infame quieres continuar de asiento en la culpa. . . ¡ah miserable! no solo no ruega por tí, sino que al par de su Hijo, será en el último día tu mas riguroso juez. Pero si la buscas con el arrepentimiento, no dudes que es mas que madre tuya, y que siempre rogará por tí.

34. *Devocion al escapulario azul celeste.*—El escapulario es uno de los medios que emplean los fieles para mostrar la devocion que tienen á su querida Madre; y no es extraño, porque él representa al vestido de la Santísima Virgen. El escapulario del Cármen es grande en su origen, porque es la misma Santísima Virgen la que lo dió al B. Simon Stoch: grande en sus efectos, porque una persona que lo lleva y viviere segun él, es imposible que se condene: grande en el aprecio de la Iglesia, por las incontables indulgencias tanto plenas como parciales que están concedidas á todos los cofrades de este escapulario; y el Papa Juan XXII hizo saber que se librarian del purgatorio el primer

sábado despues de su muerte, si en vida hubiesen cumplido todo lo que él supone. El escapulario de la Merced es igualmente grande bajo todos los puntos de vista: y si tú lo usaras, pide al Señor que te libre no solo de la esclavitud del pecado mortal, si que tambien del venial, y aun de toda imperfeccion hecha á sabiendas. En una palabra, casi hay tantas especies de escapularios, cuantas son las diversas invocaciones de la Santísima Virgen; y en todos ellos hallarás grandes prodigios que admirar, y grandes bienes que recibir. Aunque todos son buenos y muy saludables; pero en nuestros dias hay uno que parece que es, por decirlo así, como el de la época, no solo porque María Santísima ha considerado mucho á sus devotos distinguiéndolos con gracias extraordinarias, si que tambien por las innumerables indulgencias que tiene concedidas en vida y en muerte. Este escapulario es el azul celeste ó de su Concepcion Inmaculada, el qual tiene todas las indulgencias concedidas á cualquiera religion, lugar piadoso ó persona; y rezando seis veces el Padre Nuestro, Ave María y Gloria Patri en honor de la Santísima Trinidad y de María Inmaculada, se ganan tantas veces todas las indulgencias de Roma, de la Porciúncula, de Jerusalem y de Galicia (las cuales ascienden á quinientas treinta y tres indulgencias plenarias, además de las parciales que son innumerables), cuantas veces rezaren dichos Padre Nuestros y Ave Marías gloriosos. Además, tiene indulgencia plenaria en el dia que se reciba el escapulario, y en las fiestas de la Inmaculada Concepcion, Nacimiento, Purificacion, Asuncion y Anunciacion de la Santísima Virgen: en la última dominica de Julio, en la fiesta de Santa Teresa y en el dia de la Porciúncula. Indulgencia plenaria el dia 24 de Marzo, 17 de Julio, 7 de Agosto, 14 de Setiembre, 10 de Noviembre y 13 de Diciembre; todos

los domingos primeros de cada mes, los sábados de cuaresma, viernes de pasion y miércoles, juéves y viernes santo. Indulgencia plenaria los dias de Pascua, Ascension, Pentecostés, Trinidad y Natividad; los dias del nacimiento de San Juan, de San Pedro y San Pablo Apóstoles; de San Agustin, San Miguel Arcángel, todos los santos, San José é Invenzion de la Santa Cruz. Pio IX en su decreto de 3 de Diciembre de 1847, concedió á los fieles que tuviesen este escapulario, todas las indulgencias de las estaciones de Roma (que verdaderamente son innumerables), visitando una iglesia donde haya un altar dedicado á María Santísima, y pueden con la misma diligencia ganar todas las indulgencias del santo sepulcro y de la tierra santa. Las indulgencias parciales son de tal suerte incontables, que ganan 60 años teniendo todos los dias media hora de meditacion; y 20 años, visitando á los enfermos; y lo mismo se ganan en los dias 19, 22 y 28 de Enero; en los dias 4, 10, 13, 14, 15 y 25 de Febrero; en los dias 6, 13, 17 y 29 de Marzo; en los dias 5 y 8 de Abril, en los dias 4, 5, 10, 16, 21 y 25 de Mayo; en los dias 12, 14 y 19 de Junio; en los dias 13 y 20 de Julio; en los dias 4, 7, 13, 14, 16, 17, 23 y 28 de Agosto; en los dias 2, 5, 10, 18 y 25 de Setiembre; en los dias 10, 16, 21, 26 y 30 de Octubre, y en los dias 14 de Noviembre y 16 de Diciembre. Concluyo este punto asegurándote, que la Santísima Virgen te agradecerá mucho el que te vistas de su escapulario; y siendo magnificísima en todo, te retribuirá con cosas muy grandes aun las mas pequeñas que tú le ofrecieres. ¡Ojalá que perseveres toda tu vida en llevar con grande afecto este escapulario de su Inmaculada Concepcion!

CAPITULO VIII.

AHORA Y EN LA HORA DE NUESTRA MUERTE. AMEN JESUS.

35. *Importancia de este capítulo.*—Con este capítulo vamos á concluir la explicacion del Ave María: y á la manera que lo mas meritorio de un cristiano es el fin de sus dias, así lo mas consolador de este opúsculo es lo que vamos á ver en este último capítulo, porque en él nos ocupamos de la parte mas importante del Ave María con relacion á los cristianos; la cual no es otra, que considerar á la Santísima Virgen rogando por nosotros en la hora de nuestra muerte. Entre las cien mil prerogativas de la augusta Madre de Dios, una de las que mas la caracterizan es la de ayudar á los moribundos; la cual le fué concedida por los sufrimientos que toleró en el Calvario estando en pié junto á la cruz de su Santísimo Hijo. Y á la manera que entonces por sus ruegos salvó al Buen ladrón, así ahora rogando por nosotros en el instante de nuestra muerte nos alcanzará la salvacion eterna. Todos los santos padres convienen, lector carísimo, que la conversion del Buen ladrón es por antonomasia la obra predilecta de la Santísima Virgen *María*, porque en aquellos apremiantes momentos, le alcanzó con sus ruegos una gracia tan extraordinaria, que en un instante de pecador lo tornó en justo. Le alcanzó una fé viva, con la cual confesó que aquel que moria enclavado en la cruz era el verdadero Hijo de Dios; le alcanzó una esperanza sincera, porque no obstante sus grandes pecados, creyó que el Señor se los habia de perdonar; y le dió una caridad tan ardiente, que no se contentó con amarlo él solo, sino que

impidió que fuese blasfemado, corrigiendo al mal ladrón. Todos los dias hace la Santísima Virgen por medio de la medalla, apellidada con razon la Milagrosa, muy semejantes prodigios; y entre otros recordamos uno que escogemos con preferencia por haber sido de él testigo ocular.

Hace tres años que en la ciudad de México el autor fué llamado para confesar á una enferma, y en cumplimiento de su oficio comenzó á prepararla para la confesion. Mas cuál fué su sorpresa cuando oyó que no queria confesarse, que no queria comulgar, ni cumplir los mandamientos de Dios y mucho menos los de la Iglesia; que sí queria estar en pecado, que queria pecar, que queria verse privada de Dios, y aun que queria ir al infierno y allí quemarse y habitar con los demonios.

El autor se sirvió de todos los medios que le presentó su caridad, sin que pudiese adelantar ni siquiera un paso, sino que al contrario, á las referidas palabras añadió el vomitar las mas horrendas blasfemias contra los santos y contra el mismo Jesucristo. En tales apuros, y despues de haber empleado la oracion y todos los otros medios imaginables, acudió á la intercesion de la medalla milagrosa, y *María* manifestó otra vez que de una manera muy especial ruega todavía por nosotros en la hora de la muerte. Se le colgó la medalla; y luego se aquietó, comenzó á mirarla, la besó con mucho fervor, se confesó, comulgó, recibió la extremauncion y acabó á los pocos dias con la muerte de los justos: tan cierto es que *María* ruega por nosotros en la hora de nuestra muerte. ¡Bellísima conducta! que es á no dudarlo lo mas grandioso de *María*, es el mas heroico acto de la primera dignidad, es lo que mas nos aprovecha, lo que de hecho mas le pedimos, y lo que

quiere que le pidamos con el ruego por nosotros pecadores en la hora de nuestra muerte.

36. *Pedimos á María que en nuestra última hora nos libre de los enemigos.*—Entre las horas de la vida, una de las mas aciagas es ciertamente la que precede á la muerte, porque pende de ella nuestra eterna salvación. En aquel momento nos hemos de encontrar, y nos hallaremos no solos, sino acompañados de nuestras culpas. ¿Y qué será de nosotros? Si el justo apenas se salva, ¿qué sucederá con el miserable pecador? En aquel momento, lector carísimo, te encontrarás rodeado de enemigos que saldrán de tí mismo, enemigos enviados por el demonio, y enemigos permitidos por Dios; y su reunion hacen la muerte muy terrible. De parte de tí mismo tendrás los enemigos de los mas fuertes dolores, que por ventura los padecerás en no pocas partes de tu cuerpo, y es muy fácil que profieras palabras en las que ofendas gravemente á Dios: de parte del demonio, que en aquel momento te acometerá con todo el rigor que pueda, y á la manera del leon que siguiendo la presa ruge; y de parte de Dios que por el mismo hecho de ser infinitamente justo no puede menos que exigir aquella prueba de fidelidad que le es debida. ¡Oh, y qué trabajos tan atroces! Baste decir que aun los mas grandes santos han temido estos momentos. Pero, ¡oh dicha la de los fieles devotos de *María!* por que ellos oirán que esta buena Madre en recompensa de los ejercicios que le han prestado, los asiste en aquella hora de un modo especial. ¡Oh, qué dulce será su voz en aquellos momentos! No: jamas música alguna habrá tocado á los aficionados de modo tan armonioso, como las palabras de la Virgen en aquella hora: tantas y tan especiales son las gracias que ellas entrañan y que comunica bondadosa á cuantos la han servido bien! ¡Qué consuelo para aquella hora haber sido devotos de *María!* No,

no puede decirse, porque ella misma quiere suavizarles todos sus dolores, quiere protegerlos contra las asechanzas de Satanás, y aun quiere alentarlos cuando se sienten afligidos por los justos juicios de Dios. El conjunto de todas estas gracias se le piden sin cesar, diciendo uno el Ave María. ¡Oh si fuéramos tan felices que en lo sucesivo la repitiéramos de continuo! Bien podíamos creer que á la manera que San Pablo murió repitiendo continuamente Jesus, Jesus, Jesus; así nosotros daríamos nuestro último suspiro diciendo *María, María, María.*

37. *Que nos libre de las angustias de la muerte.*—Las angustias del que muere son tantas y tales, que el Espíritu Santo nos presenta á la muerte, y aun á la sola memoria de la muerte, como una cosa muy amarga. Contemplemos, sinó, á un moribundo, ¿qué es lo que se ve en él? Todo cuanto le ofrece lo futuro, lo presente y lo pasado, todo es para él una fuente de afliccion, de angustia y de trabajo. Todo lo futuro lo ve amargo, porque solo sabe de cierto que se va á morir, que bien pronto será muerto, que lo encerrarán en un sepulcro, que él mismo creará los gusanos que han de comerlo, y que dentro de pocos años yacerá en un abandono tan completo, que nadie pensará en él. Todo lo presente es tan amargo, que está en manos de la misma amargura: ahora aprecia que todo es vanidad de vanidades y afliccion de espíritu; y que las dignidades y honores, las riquezas y la abundancia, los conocidos y amigos son como el humo fantástico que apenas puede descubrirse. Todo lo pasado, es beber hasta las heces el cáliz de la afliccion, porque recuerda todos los pecados é infidelidades é ingratitudes que ha hecho, y cuyo perdon no es cierto. ¡Qué estado tan triste! ¡Qué situación tan terrible! ¡Qué trabajos tan horrosos! Santos muy grandes han tenido en aquel momento

gravísimas aficciones, ¡y nosotros no temeríamos? San Bernardo fué uno de los primeros santos que ha tenido su siglo, y en la hora de su muerte se vió rodeado de tales angustias que... pero acudió á *María*, y animándose á sí mismo, decia: *¿Alma mia, qué temes? e. Por qué temes salir de este mundo? Mira á María....* ¡Illa ha de ser tu Señora y tu única esperanza. Aunque nosotros no seamos tan santos, pero con todo podemos servirnos del medio eficaz de la proteccion de *María*; y si nuestras obras no nos inspiran mucha confianza, al menos nos la inspira del todo nuestra adorable y divina *María*. ¡Ah! clamémosla desde este momento! ¡Qué vida tan feliz si siempre clamáramos á *María*! Comencemos desde ahora repitiendo con frecuencia Ave *María*; y con razon, porque si Jesus es el divino sol de justicia, *María* es la hermosa luna cuando sale muy grandiosa en el horizonte, como si al modo de poderosa reina viniera de visitar á otros mundos. A la manera que un viajero que anda errante y perdido por entre las selvas, se va llenando de tanta tristeza y tan profunda y universal, que no puede apreciarse, y se llena de la mayor confianza cuando la luna comienza á guiarlo con su plateada luz; así sucede con el moribundo. ¡Qué dolores los suyos! Un frío sudor baña todo su cuerpo: una amarillez mortal viste todos sus miembros; un mirar lívido é irresoluto lo acompaña en todo: las fuerzas lo abandonan y le parece que se va á morir. Pero si hallándose en estas tinieblas aparece la luna de *María*, ¡ah! no hay paz que pueda compararse con esta paz. ¡Qué obsequiosa se presenta á sus devotos! ¡Cómo les quita casi toda la extension é intensidad del dolor! ¡Cómo les apaga casi todas las llamas de los remordimientos! ¡Cómo se les aparece gloriosa y majestuosa! ¡Cómo les plática cosas las mas saludables! ¡Cómo les revela el día de su muerte! ¡Y de dónde vie-

ne un patrocinio tan particular? Todo es efecto del Ave *María*: comencemos, pues, desde ahora á rezar de un modo todo especial *el ruego por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén Jesus.*

38. *Que nos libre de las tentaciones del demonio.*— El demonio procura la perdicion de los hombres, segun todo el poder del odio que tiene á Dios: por esto es que sus tentaciones son siempre de las mas terribles. Aunque el demonio ha sido y será siempre, lector carísimo, tu capital enemigo, pero preciso es confesar que lo es de un modo especial en la hora de la muerte. Y á la manera que un capitán, en el instante que da el asalto decisivo, es cuando pone en movimiento todas sus armas, y hace que todas jueguen con la mayor velocidad, fortaleza y acierto que le es dable; así el demonio, que en la hora de la muerte nos asalta por última vez, se sirve de todas las pasiones, de todas sus asechanzas y engaños, y de todo lo malo y de todo lo bueno para perdernos para siempre: porque, segun la expresion del sagrado texto, conoce que el tiempo se le acaba. De un siervo de Dios que había dejado el mundo, abandonado las riquezas y observado los santos votos, y cuyos ayunos eran rigurosos, y sus vigili-
lias continnas, sus penitencias austeras y su mortificacion la mas extendida y fervorosa, se dice: que en la hora de la muerte, fué atacado tan bruscamente por el demonio, que dejó inseguros de su salvacion á todos los circunstantes. Dios quiso que se exteriorizase la batalla de su espíritu, y todos los que la vieron y oyeron, quedaron yertos de temor y angustia. Pues reflexiona un poco, lector carísimo, lo que va á suceder contigo. ¡Qué te sucederá en aquel momento á tí que vives en el mundo? ¡A tí que apenas conoces la mortificacion? ¡A tí que te espanta un solo ayuno, y dices que no lo puedes hacer? ¡A tí que en vez de actos de virtud


tienes las horribles obras del pecado? Aquel era casto; y á tí deshonesto, ¿qué te sucederá? Aquel era amante de la pobreza; y á tí que solo sueñas riquezas y abundancia, ¿qué te sucederá? Aquel obedecía la ley de Dios y aun los consejos evangélicos; y á tí que apenas conoces á estos y faltas del todo á aquellos, ¿qué te sucederá? ¡Pues qué remedio? La devoción á *María*; la verdadera y sólida devoción á *María*. Comienza desde ahora por medio del rezo del Ave María: rézala bien, medítala bien, y te aseguro que esta sola práctica obrará en tí grandes cambios, dejarás tus pecados, te lavarás de tus manchas, y comenzarás esta vida de continuas salutations á *María*, de vivir segun la gracia y aumentarla, de estar con el Señor de una manera toda especial, y de obrar con la dignidad y perfeccion que requiere un buen hijo de una tal Madre.

39. *Y de los temores por los justos juicios de Dios.*

— Tal es el temor de los temoras, aquel que está fundado en los justos juicios de Dios. ¿Quién sabe, te dirás en aquel momento, si Dios me ha perdonado? Confieso que su misericordia es infinita; pero preciso es confesar tambien que no menos infinita es su justicia, y que ademas es ésta de tal condicion, que no puede perdonar delitos no llorados no obstante su infinita bondad. De ahí es que los tormentos de la muerte son los mas terribles; las tentaciones diabólicas las mas fuertes, y una angustia tan aflictiva que hace decir: *¿Quién sabe si moriré bien!* Todo esto es muy exacto, porque para morir bien es necesaria la perseverancia final, y esta virtud es de tal naturaleza, que Dios no la debe á nadie. En efecto; la perseverancia final trae consigo un conjunto de gracias tan apreciables y superiores, que ni el mérito de todos los ángeles juntos es suficiente para merecerla ni siquiera á un solo individuo. Esta gracia, Dios á nadie la debe de justicia,

porque ella es pura misericordia, y es gracia que no hay ningun santo que se la haya merecido. Pues si á los santos no la debe Dios, ¿cuánto menos la deberá á tí que no eres santo? No quiero hablar de aquellos rematados pecadores que están completamente encenagados en la culpa; sino que llamo la atencion sobre tantos otros que siendo cristianos viven como si no lo fuesen; aparecen en lo exterior unos verdaderos católicos, mas en su interior son lobos rapaces. Semejantes personas son cristianos de solo nombre: han cometido innumerables pecados; y están faltos de buenas obras para asegurar su salvacion. ¡Ay de mí! han ocupado los dias festivos en obras no santas; no han hecho un ayuno por temor de enfermarse; no dan la limosna á los pobres con la sencillez debida; han sido tan egoistas que han abandonado á los necesitados; su vida no ha sido tan casta como debiera, y frecuentemente obran segun el amor propio y tentacion. ¿Pues qué remedio para que á pesar de una vida semejante logren la perseverancia final? No: no hay otro remedio que la devoción á *María*: tómalas, pues, por tu madre; y considérate desde este momento como su mas obediente hijo. Toma á *María* por tu protectora y abogada, porque á la manera que en este mundo hacia el Hijo, lo que queria su Madre; así ahora que está en el cielo, de una manera toda especial, logra de su Hijo lo que pide; porque no pide como hacen los criados; sino que sus peticiones son como una especie de mandato semejante á las órdenes que dan los señores á los esclavos. Por consiguiente, el verdadero devoto de *María* se salvará, si él obra segun las consecuencias de tan amable devoción. Ejemplifiquemos lo dicho con lo siguiente, acontecido á Carlos, hijo de Santa Brígida. Este jóven tomó la carrera de las armas, y su vida era mas licenciosa que valiente. Su buena madre, que pedia siempre por la

conversion de los pecadores, rogaba de una manera toda especial por su hijo. Entretanto una prematura muerte lo embiste, y cae muerto en medio de su juventud. La buena madre redobló sus ruegos al ver á su hijo en semejante peligro; y mientras estaba ejerciendo este acto de caridad, se le aparece la Santísima Virgen, la consuela, y le asegura que en su último momento había concedido á su hijo un dolor tal, que mereció ver á Dios sin pasar por el purgatorio; y que así se vió libre del eminente peligro que le amenazaba. ¡Oh Santísima Virgen, nosotros nos alegramos de estas obras de tu diestra, porque nos aseguran que aun en la última hora puede el pecador alcanzar el perdón de sus pecados, si él se arrepiente bien de todos los que ha cometido: pero de él mismo tambien hemos de concluir, que en vano pone su confianza en *María* aquel que es falsamente su devoto; y lo son todos aquellos que voluntariamente permanecen en el pecado. ¡Infelices! porque á la manera que el mal ladrón se perdió, así ellos se condenarán para siempre. Seamos, pues, sus verdaderos devotos, y hagamos consistir nuestra devoción en saludarla con las palabras del arcángel, y en vivir segun ellas: recemos, pues, siempre el Ave María, y con la mayor devoción que nos sea dable, y obremos de modo que podamos estar siempre saludando á *María Santísima*, siempre llenos de gloria, y multiplicándola aún de un modo semejante á la augusta Madre de Dios, y siempre teniendo al Señor por medio de la práctica de los actos mas heróicos de virtud y perfección: dichosos nosotros, porque obrando así, iremos con *María* á gozar las eternas delicias de la gloria. Amén.




LA SALVE.

NOMA DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS

conversion de los pecadores, rogaba de una manera toda especial por su hijo. Entretanto una prematura muerte lo embiste, y cae muerto en medio de su juventud. La buena madre redobló sus ruegos al ver á su hijo en semejante peligro; y mientras estaba ejerciendo este acto de caridad, se le aparece la Santísima Virgen, la consuela, y le asegura que en su último momento había concedido á su hijo un dolor tal, que mereció ver á Dios sin pasar por el purgatorio; y que así se vió libre del eminente peligro que le amenazaba. ¡Oh Santísima Virgen, nosotros nos alegramos de estas obras de tu diestra, porque nos aseguran que aun en la última hora puede el pecador alcanzar el perdón de sus pecados, si él se arrepiente bien de todos los que ha cometido: pero de él mismo tambien hemos de concluir, que en vano pone su confianza en *María* aquel que es falsamente su devoto; y lo son todos aquellos que voluntariamente permanecen en el pecado. ¡Infelices! porque á la manera que el mal ladron se perdió, así ellos se condenarán para siempre. Seamos, pues, sus verdaderos devotos, y hagamos consistir nuestra devocion en saludarla con las palabras del arcángel, y en vivir segun ellas: recemos, pues, siempre el Ave María, y con la mayor devocion que nos sea dable, y obremos de modo que podamos estar siempre saludando á *María* Santísima, siempre llenos de gloria, y multiplicándola aún de un modo semejante á la augusta Madre de Dios, y siempre teniendo al Señor por medio de la práctica de los actos mas heróicos de virtud y perfeccion; dichosos nosotros, porque obrando así, iremos con *María* á gozar las eternas delicias de la gloria. Amén.



LA SALVE.

NOMA DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS



PRÓLOGO.

Descando, lector carísimo, darte á conocer un poco á la Inmaculada y Divina María, y que en consecuencia fueras su sincero y especial devoto, te presenté el Ave María, á fin de que explicándote cada una de sus palabras vieses lo que ella es en sí misma, y con relacion á los hombres: mas habiendo observado que me quedaba muy corto en referirte sus glorias y privilegios, he creido conveniente continuar en tu favor mi dulce tarea por medio de la explicacion de la Salve, no solo porque esta oracion es la mas comun de las que usa la Iglesia, sí que tambien porque ella entraña la sustancia de todas las demas. En fin, lector carísimo, procura sacar de su lectura todo el bien que te deseo; mientras que yo consagro todo este pequeño trabajo á la mayor gloria de Dios, de la Santa é Inmaculada siempre Virgen María y de nuestro Padre San Vicente de Paul.

EL AUTOR.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO I.

DIOS TE SALVE, REINA.

1. *Grandeza de María.*—Para dar á conocer á la Santísima Virgen, y procurar que todos los que la conozcan sean sus fieles devotos, despues de la oracion del Ave María, ninguna me parece, lector carísimo, mas á propósito que la que los fieles conocen con el nombre de la Salve; y no es extraño, porque en ella se ven todos sus títulos y privilegios, y todo cuanto hace en favor de todos los hombres. En el Ave María la vemos descrita segun las palabras del Arcángel, las de su prima Santa Isabel y las de nuestra madre la Iglesia; y en la Salve aparece segun el fervor de sus devotos, segun las luces de los Santos Padres, segun las insinuaciones de la Eseritura, y conforme la expresion de la Iglesia católica y romana. En la primera la vemos como Madre de Dios y con las prerogativas que acompañan á tan sublime dignidad; y en la segunda la contemplamos como Madre de los hombres, y completamente dispuesta para hacernos todos los oficios de tal. Segun el Ave María, es la saludada por el ángel: segun la Salve, la saludada por todos los cristianos: por aquella, llena de gracia en el alma y en el cuerpo, y en las potencias y en los sentidos: y por esta poseyendo toda la gracia que ha de concederse á todos los impíos, á todos los pecadores, á todos los tibios y á todos los santos: por la úna, teniendo consigo al Señor en sus pensamientos, palabras, obras y deseos; y por

la otra, verificando en nosotros un cambio completo en nuestras operaciones, de la mente, de la boca, de la voluntad y del corazón. ¡Oh, qué grande es *María* en sí misma! Es sin duda alguna la llena de gracia, la que tiene al Señor, la bendita entre todas las mujeres, la Virgen tres veces santa, y la augusta Madre de Dios. ¡Oh, qué grande es *María* con relación á nosotros! porque es la reina nuestra, la madre de misericordia, la vida, la dulzura y la nuestra esperanza; y es principalmente nuestra abogada, nuestra clementísima, nuestra piadosísima y nuestra dulce Virgen *María*.

2. *Origen de la Salve*.—En una época bastante remota vivía en la religion de San Benito, una alma tan de Dios, que podemos asegurar que era santa. Era entre sus hermanos de los mas edificantes por su observancia regular, por sus asperezas y continuas maceraciones, por sus vigiliass y dilatados ayunos, y por su casi inseparable union con Dios. A este conjunto de virtudes, añadía una devoción especial á la Santísima Virgen *María*; y un día en que el Señor se le había comunicado de un modo extraordinario, y cuando nadaba en las delicias producidas por el amor mas puro, conoció de un modo especial lo que es la Madre de Dios, y con un afecto que apenas puede medirse, le dijo: Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, Vida, Dulzura y Esperanza nuestra, Dios te salve. A tí llamamos los desterrados hijos de Eva, á tí suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea pues, Señora, Abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos, y después de este destierro muéstranos á Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clemente! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce Virgen *María*! Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios, para que seámos dignos de las promesas de nuestro Señor Jesucristo. ¡Feliz el dichoso que por primera vez así habló de *Ma-*

ria! ¡Feliz! porque la saludó Reina de los reyes y Señora de los señores. ¡Feliz! porque le dió el hermoso dictado de Reina y Madre de misericordia; y feliz, porque la proclamó la vida, la dulzura y la esperanza nuestra; la abogada, la clemente, la piadosa y la siempre dulcísima. ¡Ah lector carísimo, si amáramos á *María* de esta manera! ¡Si en nuestra mente fuese tan bellamente hermosa! ¡Si nuestro corazón la amara segun el grado del conocimiento! Ya que no merecemos tanta gracia, al menos repitamos con frecuencia la Salve.

3. *María es nuestra Reina*.—Este santo religioso apellidó á *María* Reina, y con esto sacó una consecuencia del Ave *María*. En efecto; si ella es Madre de Dios, si fué exaltada á la dignidad suprema de Madre del Rey de reyes, con mucha razon la honran los fieles apellidándola Reina: porque está claro que si el Hijo es Rey, propia y verdaderamente la Madre ha de ser Reina; y si Jesucristo que es su hijo es el Rey de reyes, *María* que es su madre ha de ser la Reina de los reyes. Jesucristo es el Rey de los cielos, el inmortal y el invisible; el que trae bordado en su muslo Rey de reyes, Señor de señores y Dominador de los que dominan; y digno de todo honor, gloria y alabanza por los siglos de los siglos; y *María*, como Madre de Jesucristo, ha heredado todos sus privilegios en cuanto es capaz que una criatura se revista de los de su Criador. Todas las criaturas visibles é invisibles sirven al Señor, y todas ellas proclaman su gloria como á su rey: así de un modo semejante todas las criaturas sirven á *María*, y todas la denominan su Reina. Tanto es así, lector carísimo, que la Reina de los ángeles es *María*; la Reina de los patriarcas es *María*; la Reina de los profetas es *María*; la Reina de los apóstoles es *María*; la Reina de los mártires es *María*; la reina de los confesores es *María*, la Reina de las vírgenes es *María*,

y *María* es la Reina de todos los santos y de todos los hombres, y la suprema Emperatriz de los cielos y de la tierra. ¡Qué reina puede compararse con esta Reina! ¡Qué dominio con su dominio! Los mismos reyes han puesto sus glorias en ser los últimos esclavos de esta gran Reina. Esta dignidad no la tiene de sí misma; sino que al modo que la luna recibe la luz del sol, así la mística luna que es *María*, recibe toda esta dignidad del divino sol de justicia Cristo nuestro Señor. *María* desde el primer instante de su concepcion inmaculada fué una criatura, es verdad, pero no como las demas criaturas; sino que tenia un conocimiento de Dios mas claro, mas perfecto y mas exacto que el que han tenido y tendrán todos los ángeles y arcángeles, todos los serafines y querubines, todos los tronos y dominaciones, todas las potestades, virtudes y principados. *María* desde aquel primer instante vió á Dios intuitivamente, vió á Dios cara á cara, vió á Dios en su esencia y de un modo infinitamente superior al que lo han visto en este mundo Moisés y Pablo, y en la patria celestial todos los ángeles y bienaventurados. Tanto es el poder de la virtud y de la gracia, porque la gracia y la virtud hicieron á *María*. ¡Oh amantísima Madre mia! proseguí segura en dominarlo todo: disponed de la tierra y del cielo, de los ángeles y de los hombres, y sobre todo disponed de mí mismo ya que pongo mis glorias en saludaros, Dios te salve, ¡oh Reina!

4. *Es reina de misericordia.*—A fin de que ames, lector carísimo á *María*, y seas su fiel devoto, te será muy útil el comprender bien estas palabras de la Salve, porque no solo es reina, sino que lo es también de misericordia, y es como si dijeran: *Dios te salve, reina de misericordia.* Como á tal es *María* una reina dulcísima, clemente, y tan inclinada á conceder gracias, que jamas se ha oído decir que ninguno de cuantos la han

invocado haya sido de ella no socorrido. *Es reina de misericordia*; y por tanto piadosa para todos, próspera para los pobres, munífica para los ricos, pronta para aliviar toda necesidad, y tan poderosamente benéfica, que derramar gracias y dones es todo su oficio. *Es reina de misericordia*, y es por tanto dulcísima, porque ¿qué cosa mas dulce que aquella boca cuyos labios destilan la mas rica miel? ¿Qué cosa mas dulce que la clementísima que dispone de la divina clemencia? *María*, á fuer de *reina de misericordia*, podemos afirmar que ejerce en un todo la misericordia de Dios; del mismo modo que Dios ejerce todo su infinito poder: y al modo que Jesucristo en la eternidad será para los réprobos el Rey de justicia; así *María* es en el tiempo para los pecadores la *Reina de misericordia*: el oficio del Hijo será entonces castigar eternamente; así como el oficio de la Madre es ahora auxiliarnos eficazmente. ¡Ah, lector carísimo, con qué afectuosa confianza no hemos de presentarnos á *María*! Mírala: es la Reina; pero *reina de misericordia*.

Cuenta la Santa Escritura que cuando Asuero, instado por Aman, dió el fatal decreto de completa aniquilacion de los judíos y de todo cuanto les pertenecía, Mardoqueo acudió á la reina Ester, y esta reina, obrando conforme sus instrucciones, libertó su pueblo y quedó su suerte felizmente asegurada para siempre. ¡Ah, lector carísimo, cuántas veces el divino Asuero Jesucristo, impelido por el Aman del pecado habria destruído á los cristianos!— ¡Cuántas sus intereses y sus personas habrian sido condenadas á un eterno exterminio! Pero el misterioso Mardoqueo, que es el Sacerdote, avisa á la divina Ester, y esta poderosa *María* los liberta de los males que los amenazaban. ¡Oh, qué no hace en favor de los cristianos! ¡Qué no hace en favor de los pecadores mas miserables! ¡Y qué no hará en favor tu-

yo si acudes como conviene á su proteccion! ¡Oh si agradecido la saludaras muchas veces con el *Dios te salve, reina de misericordia!* Ester para salvar al pueblo judío, que era su pueblo, tuvo que servirse de palabras muy humillantes que le obligaron á decir: *Rey mio, si he hallado gracia en tu preséncia, te suplico que me des al pueblo mio por el cual te ruego, y solo despues de esta súplica quedó revocada la sentencia. Maria, empero, no necesita este modo de obrar, porque no solo sabe que ha hallado la gracia delante de Dios, sino que sabe tambien que la posee, que la tiene en la mayor plenitud y que todos la reciben de ella: por esto son sus ruegos como otras tantas órdenes; y si Asuero no supo negar cosa alguna á su querida Ester, ¿cómo habia de poder negar Jesucristo una sola cosa á su divina Madre? ¡Qué mas admiraremos, la bondad de esta soberana Señora, su infinita dignidad, ó su inmensa misericordia? Por ésta la veo la mas cercana á Dios Padre; por aquella la mas conforme á Dios Hijo; y por la última, la mas semejante á Dios Espíritu Santo. A vista de esto no puedo menos de aconsejarte que la saludes ferviente y cordialmente con el *Dios te salve, reina.**

5. *Es dignísima de toda nuestra confianza.*—A fin de que seas del todo de *Maria*, voy á presentarte otro resultado de lo que ella es con relacion á los hombres. *Es reina:* ¡oh qué gusto, qué satisfaccion! *Es reina de misericordia:* ¡oh qué consuelo, qué dicha! *Es reina* tambien que nos inspira del todo la mayor confianza, y con todo esto acaba de arrebatarnos todo el amor. Y lo es tanto, que jamas hemos de temer que *Maria* rehuse ni por una sola vez el interceder por los pecadores, y ni siquiera por el mas obstinado y endurecido. La confianza que nos inspira es tan sin límites, que ni aun puede amedrentarnos su santidad y majestad; por-

que cuanto es ella mas santa y mas ensalzada, tanto se muestra mas poderosa y eficaz en favor de los pecadores. A vista de esto, lector carísimo, ¿qué ama quien á *Maria* no ama? ¿En qué confia quien en *Maria* no confia? ¿A quién acudé quien á *Maria* no acude? Las reinas de este mundo, con la majestad que ostentan, son causa de que sus vasallos no se atrevan á manifestarles su necesidad; mucho menos pedirles el debido socorro, y á veces ni siquiera se ponen en su presencia; mas ¿qué temor puede causarnos la clemetísima, la hermosa, y la humildísima *Maria*? Nada hay en ella de esquivéz, nada que sea feo ó monstruoso, y nada de fausto y de austero; sino que todo es en ella la sencillez misma, la misma bondad y el mismo amor: ella nos ofrece la leche de su misericordia para animarnos, y la lana de su refugio para resguardarnos: en suma, es *Maria* la que posee por gracia y privilegio, aquella misericordia que el mismo Dios posee por esencia y naturaleza. ¡Ah! ¿en quién esperará quien no espere en *Maria*? ¿A quién suplicará quien no suplique á *Maria*? ¡Oh *Maria* inmaculada! ¡Oh amor dulce de los corazones! Tú eres al par de la Misericordia: eres tan benigna y piadosa, que no consientes despedir descontento á quien te ruega, y á fuer de *reina de misericordia*, no dejas de socorrer poderosamente aun á los mas miserables. ¡Oh *Maria*! Salve, salve, inmaculada y divina *Maria*! ¡Salve, *reina de misericordia*! y ya que yo soy el peor de vuestros hijos y el mas miserable pecador, espero que tendréis de mí un cuidado semejante á la multitud de mis miserias.

6. *Y nos asegura de su misericordia.*—Para que de una vez para siempre te consagres á *Maria* y pongas en ella toda tu confianza, has de saber que su comiseracion es tal, que no puede excederla ningun número de pecados: y á la manera que el mayor de los cri-

menes es desconfiar de la misericordia de Dios, así la mayor de tus ingratitudes sería no confiar del todo en la misericordia de María; porque así como la gloria de la Madre es la gloria del Hijo, así resulta que nadie puede haber tan miserable é infeliz que resista á su poderosa misericordia; y en nada puede congratularse tanto, como en oír los ruegos de los mas miserables; y si fuera posible que hubiese un pecador que hubiera cometido todos los crímenes de que se han hecho reos todos los hombres y aun todos los demonios, ayudar á este miserable sería su mayor gusto y contento. No lo dudes, lector carísimo, que *María* á fuer de *reina de misericordia* puede decir: *Yo soy la reina de la misericordia*, y como á tal, reina de cielos y tierra: yo el gozo de los bienaventurados y la alegría de los justos; yo la puerta por donde todos los pecadores entran al cielo: yo la que alcanzo á todos la gracia de que sean menos tentados; yo la que les hago salir victoriosos de todos los combates contra el mundo, demonio y carne; y yo la que salvo á todos, á excepcion de aquellos que ya son realmente réprobos con la maldicion de los condenados: mas fuera de este rarísimo caso, ninguno puede haber tan dejado de la mano de Dios que si me invoca en su ayuda de todo corazon, no le haga conseguir la patria celestial. Nada de esto debes extrañar, porque la *misericordia de María* es la misericordia de Jesus. A la manera que el que confía en *María* será indudablemente feliz, así el que se olvidase de ella completamente, será para siempre desdichado. Acudamos, pues, nosotros desde este instante á *María Santísima* y convenzámonos de una vez para siempre, que ella es en favor de nosotros la saludada por el ángel, la llena de gracia, la que tiene al Señor y la Madre de Dios. ¿Eres un grande pecador? Pues no dudes, porque ella es *la reina de misericordia*, y la que empleará grandemente en tu favor

su divina influencia; y esto aunque fuese tu alma lo mas monstruoso y lo mas horrible, y lo mas llagado y asqueroso. *¡Oh reina de misericordia!* á tus plantas tienes al mas miserable de tus súbditos: compadécete de mis miserias; haz en favor mio los saludables oficios de tu misericordia, mientras que para mas obligarte repetiré cinco veces al dia la *Salve*.

7. *Devocion de una niña á su reina.*—En cierta historia particular se lee: que en un colegio entró una niña que solo contaba cinco años; pero tenia tanto juicio y tanta bondad, que luego se le permitió recibir el sacramento de la penitencia, y antes de los siete años hizo su primera comunión.

Fué admitida en el número de las niñas que componen la asociacion de los santos ángeles, y en todo el tiempo se portó como un ángel en carne. Siendo aspirante para ser del número de las hijas de *María*, hizo los mas serios adelantos en sólida virtud; pero cuando se vió ya hija de tan soberana Señora, comenzó á desplegar una devocion muy especial y á saludarla todos los dias afectuosamente como á su Reina. A este fin la coronaba diariamente con aquella diadema que le inspiraba su fervor; y segun hemos sabido, lo hacia en el orden siguiente: Los domingos le entreteja una corona de las flores que le habian enviado sus padres, y con la mayor reverencia que le era posible, la colocaba en su cabeza, y pasaba el domingo en los ejercicios propios de una hija de *María*, y besando afectuosamente la imágen de la medalla milagrosa que colgada de una cinta llevaba en su honor. No obstante de que esta corona no se la quitaba en toda la semana; sin embargo, ella á fuer de fidelísima súbdita, todos los dias la coronaba de nuevo en su espíritu, del modo que vamos á decir. Los lunes la coronaba con tímidas violetas, y á este fin hacia en su espíritu treinta y seis actos de

humildad, repitiendo en cada uno de ellos: *Yo soy la esclava de María, hágase en mí según su palabra.* Los mártires la coronaba con rosas de las más bellas que han producido ambas Castillas, y á este fin le hacía treinta y seis actos de amor, repitiendo en cada uno de ellos: *Yo amo á mi reina María.* Los miércoles la coronaba con el más oloroso jazmín, y para esto hacía treinta y seis actos de modestia, guardándola en el andar, en la vista y en las palabras. Los jueves la coronaba con dobles claveles, repitiendo en toda su conducta diez actos de edificación. Los viernes la coronaba con amapolas y floripondios, porque estas flores le recordaban la práctica de la paciencia. Y los sábados la coronaba de azucenas que ser debían como el ampo de la nieve, y le recordaban el voto de virginidad que desde muy niña había hecho á imitación de su Reina. ¡Feliz niña, porque murió como había vivido!

CAPITULO II.

MADRE.

8. *María es nuestra Madre.*—Siguiendo, lector carísimo, la Salve, hallaremos á la Santísima Virgen María que no solo es nuestra Reina, sino que es de un modo especial nuestra Madre, así lo dicen todos sus devotos: *Dios te salve, María, tú que eres Reina y Madre.* María es la Madre de los cristianos, y de un modo especial es la tierna Madre de todos sus devotos. ¡María es mi Madre! ¡Ah, qué idea tan consoladora!

¡Qué pensamiento tan benéfico! ¡María es mi Madre! ¡Ojalá que yo no tuviese mas que un pensamiento y este fuese María! ¡Ojalá que no tuviera mas que una idea y esta fuese María! ¡Ojalá que no tuviese mas que una palabra, y esta fuese María! ¡Ojalá que todas mis operaciones las encerrara en María! ¡Ah! María es la palabra del Hijo, de un modo semejante al Hijo que es la palabra del Padre. Amemos, pues, á María, porque amándola cumpliremos con toda la ley y los profetas, y con el Evangelio Santo y las obligaciones del propio estado: amemos á María, bien persuadidos que la eficacia de su amor es tal, que conduce y encierra el más puro amor á Dios. María es mi Madre: ¡ah! reflexiona bien sobre este sublime pensamiento, porque la Madre de Dios es la Madre tuya. Díle en consecuencia con el mayor entusiasmo y afecto que te sea dable: Madre mía, yo soy tu hijo: no me dejes á mí mismo: gobernadme completa y eficazmente: disponed de mi corazón según el vuestro: castigadme todas mis faltas, porque yo sé bien que vuestros castigos son las ternuras de vuestro amor; y para que así lo hagáis, procuraré que todos os conozcan y adoren con el dulce título de Madre.

9. *Es nuestra Madre, porque Jesucristo es nuestro Padre.*—Así como es imposible poner en duda que Jesucristo es nuestro Padre; así no lo es menos la verdad que nos asegura que María es nuestra Madre; y á la manera que Jesús es el Padre del siglo futuro y de todos los nacidos de la ley de gracia, así es María la Madre de estos y de aquel. Jesucristo es nuestro Padre, porque habiendo perdido nosotros por el pecado de Adán la vida de la gracia, con la redención nos dió una nueva vida y tanto mejor que la primera, que la misma Iglesia apellida culpa feliz, á la culpa de origen que nos la hizo perder. María es nuestra Madre,

porque es una misma cosa con Jesus, porque nos dió la vida de un modo semejante á Jesus, y porque si Jesus es nuestro Redentor, *María* es nuestra corredentora. ¡Pero á qué viene entretenerse en probar que *María* es nuestra Madre? Lector carísimo, escucha á la Iglesia, y verás que despues de haberla llamado *Reina*, inmediatamente la denomina *Madre*: por el primer título, nos enseña su dignidad divina, y por la segunda nos hace saber que todas sus gracias son nuestras gracias. Y si á esto añadimos que todos los fieles la invocan con el nombre de Madre, tendremos que concluir que verdaderamente ella es nuestra Madre: no Madre carnal sino espiritual: no segun la carne, sino conforme al espíritu, porque es la Madre de nuestras almas, y Madre prontísima para dispensarnos todo bien.

10. *Porque concibió al Hijo de Dios.*—Como sabes, lector carísimo, el misterio de la Encarnacion es el misterio grande por excelencia, porque es todo un Dios el que se hizo hombre, para que el hombre se hiciere Dios. Cuando hubo llegado el momento que determinó la sabiduría infinita, el ángel anunció á *María* que habia llegado la hora de ser Madre de Dios; pero el sublime misterio no se verifica, sino despues que *María* da su consentimiento: lo dió, y luego verificóse la Encarnacion. Es cierto que aquí vemos el grande amor del Padre en darnos á su Unigénito; el inmenso amor del Hijo en ofrecerse en favor nuestro, y el infinito amor del Espíritu Santo en operar la Encarnacion: ¡pero cómo no ver en esto tambien el amor de *María*, empleándose toda entera en favor de nosotros como Hija queridísima de Dios Padre, como Madre dignísima de Dios Hijo y como Esposa amantísima de Dios Espíritu Santo? Sí: en este acto, *María* no solo concibió á Dios, sino que concibió tambien á todos los hombres, llevándolos

á todos en su amorosísimo seno; y desde este instante comenzó de tal suerte á desempeñar en favor nuestro todos los deberes de la maternidad, que podemos decir que fué la Madre de Dios, para que pudiese ser nuestra Madre. Que *María* es nuestra Madre, es una verdad de tal naturaleza, que podemos colocarla en el rango de aquellas que son próximas de fé. Porque San Lucas nos dice, que *María* parió á su primogénito, es decir, que tuvo á muchos hijos; y por otra parte la fé nos enseña que *María* no tuvo otro hijo, segun la carne, que Jesucristo: luego si no tuvo otro hijo carnal, hemos de concluir que lo tuvo espiritual, es decir, segun la gracia; y este hijo es todo el género humano. Jesucristo fué su primogénito; nosotros somos su hijo segundo: Jesucristo lo fué segun la carne, nosotros segun el espíritu: y si pariendo á Jesucristo parió á nuestra vida; dándonos á nosotros esta vida, nos dió á la luz de la gracia. ¡Qué consuelo para nosotros, lector carísimo! ¡Ah, la Madre de Dios es nuestra Madre! ¡Qué excelencia! ¡Y qué ingratitud la nuestra! Raras veces pensamos en que *María* es nuestra Madre: y aun rezándole la Salve no lo hacemos con el afecto y ternura que ella se merece. No hace mucho tiempo que vivia un jóven que rayaba en los veinte años, el cual habia recibido de la Santísima Virgen *María* muchos beneficios, y para serle agradecido, la saludaba muchas veces con el dulce título de Madre. Y preguntado por qué lo hacia, respondió: porque la Santísima Virgen me ha hecho corporal y espiritualmente los oficios de tal. Corporalmente, conservándome la vida cuando aun estaba en el vientre de mi madre; y en lo espiritual, cuando por su gracia y mediacion recibí las aguas del santo Bautismo: y ambos oficios me los ha continuado todos los dias y con un cuidado siempre mas solcito. Por esto nunca me acuesto sin tomar en mis manos la me-

dalla milagrosa; sin decirle la oracion: *¡Oh Virgen y Madre de Dios, yo me ofrezco por hijo vuestro! . . . y sin rezarle tres Ave Marías, añadiendo al fin de cada una esta jaculatoria: ¡Madre mía, aquí teneis á vuestro hijo! ¡Ojalá, lector carísimo, que tú lo imitaras!*

11. *Porque nos engendró en el Calvario.*—*Maria* no solo es nuestra Madre por el gozo que recibió en la Encarnacion, sino que tambien somos nosotros los hijos de su dolor: porque hemos de tener por cierto, que *Maria* se hizo otra vez nuestra Madre dándonos la vida de la gracia cuando con inmenso dolor de su corazon, allá en el Calvario, ofreció al Eterno Padre la vida de su Hijo. Entonces cooperó con su amor, para que todos los hombres se hiciesen cristianos; entonces dió licencia para que se verificase en Jesucristo toda la pacion, y entonces, con un acto de amor inmenso, salvó nuestras almas, conviniendo en la pérdida de la vida de su Hijo. *¡Qué amor puede compararse con este amor? ¡Y qué dolor con el que sufrió al dar su consentimiento? Por esto quedamos hechos desde entonces los hijos de su dolor; ya que nos parió á la vida eterna como habia dado á su Hijo á la vida temporal. ¡Oh, qué grande es Maria así considerada! Nos dió á su Hijo, á quien amaba sin límites, y nos amó con un amor el mas semejante al amor con que nos ama el Eterno Padre; y sufrió por nosotros dolores imponderables como los padeció Jesucristo por nuestro amor. Así, á costa de puro dolor nos dió en el Calvario la vida de la gracia, con cuya operacion se hizo real y verdaderamente nuestra querida Madre. Esta verdad nos la quiso enseñar el mismo Jesucristo, porque viéndola en el monte Calvario, y apreciando cual conocia sus sacrificios, la hizo la corredentora del linaje humano, del mismo modo que él habia sido su Redentor: declaró expresamente que era nuestra Madre, y nos la dejó como en testamen-*

to, cuando vuelto á su Madre le dijo: *Mujer, hé ahí á tu hijo*, señalando á Juan, que es como si hubiese dicho: *Mujer, hé ahí á todo el género humano en la persona de Juan: este es el hijo tuyo que por la ofrenda que haces de mi vida por su salud nace ya á la gracia. Y vuelto á Juan le dijo: Ahí tienes á tu Madre*, porque desde este momento á fuerza de padecimientos se hizo la Madre comun de todos los hombres. *¡Ah lector carísimo! repitamos una y muchas veces: La Madre de Dios es nuestra Madre.*

12. *Porque ella misma se declara nuestra Madre.*—En efecto: *Maria* se declara la *Madre del Amor hermoso*, como si dijera, que es la Madre de todo aquel que tiene en su corazon amor: de lo que se sigue, que es tanto mas Madre de un cristiano, quanto éste tiene mas amor á Jesucristo. *¡Oh, qué misteriosa es la operacion de Maria en favor de nosotros! Todos sus deseos son introducirnos en la práctica del divino amor; y así es como embellece nuestras almas, hasta el punto de que agraden á la misma hermosura, y así es como quedamos constituidos sus verdaderos hijos. ¡Qué dicha! *Maria* es mi Madre: qué dicha verme atendido por una tan gran Reina, que pone sus glorias en declararse mi Madre! ¡Qué dicha vivir bajo la proteccion y amparo de una Madre tan tierna! ¡Oh si como David pusiera yo en esta dicha toda mi gloria! En efecto, este varon santo no ponía su gloria en ser el rey de Israel, ni en la extension de su dominio, ni en el grandor de sus conquistas, ni en el prodigioso número de sus victorias, ni en la descendencia de Abraham, ni en ser el padre de un Salomon; sino que ponía su gloria en apellidarse el hijo de la futura *Maria*. ¡Cuánto mas no lo habriamos de hacer nosotros; nosotros, digo, que hemos experimentado todo el efecto de su proteccion? *Maria* se declara nuestra Madre en la práctica, porque si ella está*

con nosotros nada tenemos que temer. ¿Quién será capaz de arrancarnos del seno de *María*, si nosotros la invocamos como buenos hijos? ¿Qué furia del infierno podrá vencernos si ella se declara nuestra Madre? A mí me parece, que al modo que la gallina cuando ve que sus polluelos están en peligro, redobla todos sus cuidados para que no se le pierdan; así el amor de *María* hace que cuando la tempestad de las tentaciones nos combate, ella nos cobije bajo las alas poderosas de su manto, y hace que no nos abandone, hasta colocarnos en el puerto de salvacion. ¡Oh Madre amantísima! ¡Oh Madre piadosísima! ¡Oh queridísima Madre! ¡Qué hermoso es este título de Madre! ¡Qué consoladora esta expresion, la Madre de Dios es Madre mia! Para que te convenzas mejor de lo que hará *María* en favor tuyo siendo como es tu Madre, examina la conducta de una madre natural! En efecto, ¿qué haría ésta si viese que su hijo estaba entre las espadas de los enemigos? ¿No es verdad que haría lo posible y lo imposible para salvarlo? Pues tal es la conducta de nuestra Madre la Santísima Virgen *María*; y así hace, y así hará con todos los pecadores aun con los mas rebeldes y obstinados. Acude, pues, á tu Madre *María*, y ella te ayudará para que salgas vencedor de todos tus enemigos. ¿Es un vicio el que te encadena para llevarte al infierno? acude al patrocinio de tu Madre *María*. ¿Son unas pasiones violentas y casi diabólicas? acude á tu Madre *María* y ella las calmará. ¿Son unos amigos que olvidados de la amistad quieren arrastrarte al mal? acude á *María*, y como Madre te revestirá de fuerza para que no sucumbas. Tal es el remedio general que aconseja la Iglesia á todos los fieles; y por esto la dicen: *Bajo tu amparo nos acogemos, ¡oh María Madre de Dios y Madre mia!* ¡Oh cuántas victorias se han alcanzado con solo invocar á *María* con el dulce título de Madre mia!

¡Cuántas inocencias conservadas! ¡Cuántos crímenes impedidos! ¡Cuántos justos han perseverado! ¡Cuántos tibios no se han hecho pecadores! Lector carísimo, atiende á tu dignidad; ¡la Madre de Dios es tu Madre! Regocíjate viendo que eres hijo de tan buena Madre, y de Madre tan poderosa: entrégate á ella completamente y te recibirá con un cariño indecible. Regocíjate ya que tu salvacion es segura, porque ¿cómo ha de perderse un hijo de *María*? ¡Con qué seguridad no has de entregarte á tan santa devocion! Repite con frecuencia, *María* es mi Madre; mi querida Madre; mi amantísima Madre, y la queridísima Madre mia.

13. *Devocion de una niña á su Madre.*—Entre las hijas de *María* que componia la asociacion de . . . habia una que contaba 17 años, y se distinguia por la tierna devocion que profesaba á su Madre. Al levantarse, despues de la dulce jaculatoria de *Viva Jesus para siempre en nuestros corazones*, añadia, *Madre mia, aquí tienes á tu hija*, y lo repetia con tanto afecto, que parecia que estaba viendo á su Madre. Luego añadia: *por ti, Madre mia, voy á vestirme con la mayor decencia y modestia*: hacia los actos de la mañana, y al fin añadia tres veces con grande fervor: *Madre mia, aquí tienes á tu hija*. Comenzaba la oracion mental, y despues de haber invocado al Espíritu Santo por medio de la antífona, Ven, Espíritu Santo, añadia: *Madre mia, hazme la gracia de que haga bien la santa oracion*. En sus distracciones rezaba, *Madre mia*: para que sus coloquios fuesen fervorosos, decia *Madre mia*: para que tomase resoluciones prácticas y las cumpliese, repetia *Madre mia*: en una palabra, su oracion era frecuentemente un continuo y ardiente coloquio con *María su Madre*. En sus comidas era muy parca, porque en todas ellas se consideraba acompañada de *María su Madre*. Huía de toda falta y aun de toda imperfec-

cion, por el grande deseo que tenia de conservarse immaculada como *María su Madre*. En sus quehaceres era muy edificante, porque nunca estaba ociosa, siempre trabajaba cuanto podia, y lo desempeñaba todo con aquella perfeccion que le reclamaba *María su Madre*. Venia la hora de acostarse, y despues de haberse examinado y rezado las oraciones que acostumbraba su piedad, hincada al pié de la cama le decia tres veces: *Madre mia, aqui teneis á vuestra hija*. Y con la mayor fé y confianza que le era dable, añadia: *Madre mia, echadme vuestra santa bendicion*, y luego recibíendola en espíritu, decia: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén*. Así vivió algunos años, hasta que recibió de *María*, su tierna Madre, la bendicion especial de su vocacion: pasó el noviciado con un fervor sin igual, y hechos los santos votos, fué á gozar en el cielo las ternuras de *María su mas tierna Madre*.

CAPITULO III.

MADRE DE MISERICORDIA.

14. *Amor de María á los hombres*.— Aunque deseo, lector carísimo, no entretenerme demasiado en la explicacion de la *Salve*, sino pasar por cada uno de sus títulos lo mas sucintamente que pueda; con todo, debo confesarte que me veo estrechado á entretenerme mas de lo que quisiera, á fin de explicarte un poco mas lo que es mi Madre; y voy á hacerlo lo menos mal que pueda.

asegurándote del grande amor que nos profesa. Ella es nuestra Madre, y *Madre de misericordia*: luego nos ama con el amor que conviene á hijos muy amados; y nos ama como desgraciados muy queridos que le hacen poner en juego todos sus resortes para aliviarnos. ¡Oh cuán amable es *María* considerándola ardiendo toda en llamas de amor nuestro! ¡Oh qué dulces las consecuencias que brotan de tan bello amor! ¡Por qué no amamos á *María* cuanto debemos amarla? ¡Por qué no la amamos segun los deseos de su corazon? ¡Por qué no la damos desde ahora las pruebas de afecto que su amor espera? ¡Por qué no la amamos como tantos santos que no sabian ya qué hacerse para mostrarle su amor? Hace algunos años que vivia un hombre de mediana edad, el cual se distinguia por su acendrado *amor á María*. La amaba prácticamente y desde sus primeros años: todo lo hacia como un resultado del *amor de María*. Dejó su vida, no santa, y comenzó una vida toda de Dios por *amor á María*: frecuentaba los santos sacramentos, hacia su retiro mensual, y cada año los santos ejercicios *por el amor á María*: comenzó á vivir la vida segun el espíritu, á no obrar jamas segun la carne, á admitir toda especie de mortificacion, y quiso ser tan generoso, que se obligó á hacer todo lo que Dios quisiera *por el amor á María*. A este amor práctico le fué comunicado un conocimiento de *María* tan perfecto, que hizo que la amara de un modo tan intenso y sumo, que su corazon casi se consumia. Y obraba tan poderosamente sobre él, que le vino como un pensamiento de que él amaba mas á *María*, que lo que ella lo amaba á él. Estando en este combate, entendió que su amor que le parecia tanto, era tan poca cosa comparado con el que tiene *María* aun al mas miserable de los pecadores, como poca cosa es un grano de arena respecto

cion, por el grande deseo que tenia de conservarse immaculada como *María su Madre*. En sus quehaceres era muy edificante, porque nunca estaba ociosa, siempre trabajaba cuanto podia, y lo desempeñaba todo con aquella perfeccion que le reclamaba *María su Madre*. Venia la hora de acostarse, y despues de haberse examinado y rezado las oraciones que acostumbraba su piedad, hincada al pié de la cama le decia tres veces: *Madre mia, aqui teneis á vuestra hija*. Y con la mayor fé y confianza que le era dable, añadia: *Madre mia, echadme vuestra santa bendicion*, y luego recibíendola en espíritu, decia: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén*. Así vivió algunos años, hasta que recibió de *María*, su tierna Madre, la bendicion especial de su vocacion: pasó el noviciado con un fervor sin igual, y hechos los santos votos, fué á gozar en el cielo las ternuras de *María su mas tierna Madre*.

CAPITULO III.

MADRE DE MISERICORDIA.

14. *Amor de María á los hombres*.— Aunque deseo, lector carísimo, no entretenerme demasiado en la explicacion de la *Salve*, sino pasar por cada uno de sus títulos lo mas sucintamente que pueda; con todo, debo confesarte que me veo estrechado á entretenerme mas de lo que quisiera, á fin de explicarte un poco mas lo que es mi Madre; y voy á hacerlo lo menos mal que pueda.

asegurándote del grande amor que nos profesa. Ella es nuestra Madre, y *Madre de misericordia*: luego nos ama con el amor que conviene á hijos muy amados; y nos ama como desgraciados muy queridos que le hacen poner en juego todos sus resortes para aliviarnos. ¡Oh cuán amable es *María* considerándola ardiendo toda en llamas de amor nuestro! ¡Oh qué dulces las consecuencias que brotan de tan bello amor! ¡Por qué no amamos á *María* cuanto debemos amarla? ¡Por qué no la amamos segun los deseos de su corazon? ¡Por qué no la damos desde ahora las pruebas de afecto que su amor espera? ¡Por qué no la amamos como tantos santos que no sabian ya qué hacerse para mostrarle su amor? Hace algunos años que vivia un hombre de mediana edad, el cual se distinguia por su acendrado *amor á María*. La amaba prácticamente y desde sus primeros años: todo lo hacia como un resultado del *amor de María*. Dejó su vida, no santa, y comenzó una vida toda de Dios por *amor á María*: frecuentaba los santos sacramentos, hacia su retiro mensual, y cada año los santos ejercicios *por el amor á María*: comenzó á vivir la vida segun el espíritu, á no obrar jamas segun la carne, á admitir toda especie de mortificacion, y quiso ser tan generoso, que se obligó á hacer todo lo que Dios quisiera *por el amor á María*. A este amor práctico le fué comunicado un conocimiento de *María* tan perfecto, que hizo que la amara de un modo tan intenso y sumo, que su corazon casi se consumia. Y obraba tan poderosamente sobre él, que le vino como un pensamiento de que él amaba mas á *María*, que lo que ella lo amaba á él. Estando en este combate, entendió que su amor que le parecia tanto, era tan poca cosa comparado con el que tiene *María* aun al mas miserable de los pecadores, como poca cosa es un grano de arena respecto

al universo mundo. Trabajemos, pues, por amar á *María*, ya que somos de ella tan queridamente amados.

15. *Porque es su Madre.*—Del solo hecho de que *María* es tu Madre debes inferir el grande amor que *María* te tiene; y es tan intenso, que te ama con un amor necesario: y nóvalo bien, porque con esto no solo te ama porque quiere amarte, ó solo por un amor natural, sino tambien por un amor necesario. Te ama porque quiere; y quiere amarte con el mayor amor que es capaz: te ama con un amor natural, porque naturalmente ama lo que ama el Padre que te crió, el Hijo que te salvó, y el Espíritu Santo que te santificó; pero sobre todo te ama necesariamente porque es tu Madre. Hay precepto de amar al prójimo como á sí mismo: precepto de que los cristianos se amen entre sí: precepto de que amemos á los enemigos; y aun precepto de que los hijos amen á sus padres; mas no hay precepto que obligue á las madres á que amen á sus hijos; porque á la manera que es una cosa necesaria que cada cuerpo se dirija á su respectivo centro, así es una cosa necesaria que el corazon de una madre emplee sus afectos para con su hijo. Este amor es tan universal, que naturalmente no puede darse un solo caso en que falte: y no solo entre los hombres, sino que aun se ve observado entre los mas feroces animales. Pero una madre podemos considerarla rodeada de tales circunstancias que de hecho se olvide de su hijo: pero esta su posicion no puede hacerse con *María*, porque á la manera que el Criador no puede olvidarse de sus criaturas, así *María* no puede olvidarse de sus hijos: á la manera que el Redentor no puede olvidarse de sus redimidos, así *María* no puede olvidarse de sus hijos: y á la manera que el Espíritu Santo no puede olvidarse de los que ha santificado, así *María* no puede olvidarse de sus hijos. Y no es extraño, porque así como el

Padre que es el Criador, el Hijo que es el Redentor, y el Espíritu Santo que es el glorificador, no pueden olvidarse de las obras que les pertenecen, así *María* no puede olvidarse de los hombres que son sus hijos, porque ella es la Madre del amor; y lo es tanto, que en la muerte de Jesus deseaba con amor inmenso morir por el amor nuestro. ¡Y tú, lector carísimo, qué deseas hacer por el amor que te tiene *María*? Ella se habria ofrecido á los verdugos para que le hiciesen lo que hicieron á su Hijo: ¿y tú qué ofrecimientos le haces en prueba de tu amor? ¡Oh *María*, amantísima Madre mia! hazme la gracia de que te ame tanto, que brote siempre de mi corazon esta dulce jaculatoria: *Yo ame á María, y ámele yo con todo mi corazon y con todas mis fuerzas.*

16. *Por el amor que tiene á Dios.*—A la manera que los diez preceptos del Decálogo se encierran en dos, así estos dos mandamientos se refunden en el solo del amor á Dios: de modo que la medida del amor de Dios es la medida del amor al prójimo; y tanto se crece en éste, cuanto se adelanta en aquel. Ahora bien: ¿quién ha amado á Dios como *María*? Conviene hacernos cargo de esta pregunta, para que podamos concluir algo sobre la infinidad del amor con que nos ama. *María*, desde el primer instante de su concepcion immaculada, amaba ya á Dios mucho mas de lo que le han amado y amarán por toda la eternidad los ángeles y los hombres; y era tanto, que *María* sola, formaba el objeto de sus complacencias; casi de un modo semejante á las de su Hijo amado; tanto, que sus inmensas llamas hacian de su corazon el tabernáculo de Dios que habita en medio de los hombres: tanto, que los ardores de los mas encumbrados serafines, son como los helados vientos que dan la muerte á todas las plantas. Pues tal es la medida del amor que *María* te tiene, lector ca-

risimo: y por tanto, ella te ama con un amor que supera poderosa y eminentemente al amor que se han tenido todos los casados, todas las madres á sus hijos, todos los jóvenes entre sí, y todos los hombres unos á otros: y por decirlo de una vez, todo el amor que hay y habrá en el mundo, es como una sombra, en comparacion de la grandeza del amor con que *María* ama al mas miserable de sus hijos. ¡Y tú cómo amas á *María*? ¡La amas con la medida que te reclama su amor? ¡La amas como la han amado los mayores santos? Contempla un poco lo que es *María*, y te aseguro que la amarás, porque al paso que confieses que no es Dios, te verás obligado á confesar que es sumamente superior á lo que no es Dios. Porque *María* desde el primer instante de su concepcion inmaculada, fué la poseedora de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios: su alma era ya mas ilustrada que la de Adán, de Moisés, de Salomón y de Pablo; y conocía á Dios mas perfectamente que todos los espíritus angélicos. A la manera que la humanidad de Cristo recibió tanta gracia en el momento de su union hipostática con el Verbo que la recibió en grado infinito; así de un modo semejante *María* la recibió en tanta cantidad, que no podia ser mayor. Desde entonces fué santísima, fué amorosísima, y fué la copia mas exacta de Jesus. Jesucristo fué esencialmente impecable, porque todo fué en él obra del Verbo: *María*, por gracia y privilegio, fué impecable, porque sus actos eran dirigidos por una gracia infinita: Jesucristo, por la union hipostática, adornóse de todas las virtudes sobrenaturales de las que es capaz un Hombre-Dios; y *María*, por su union casi hipostática (1), quedó asemejada al Verbo encarnado, lo mas que es dable á nuestra carne. En una palabra, *María*

(1) Los Santos Padres y San Ligorio, Glorias de *María*.

desde el primer instante de su concepcion, vió de un modo superior á todo otro modo la esencia de Dios, de un modo el mas semejante á la humanidad de Jesucristo al juntarse hipostáticamente con el Verbo; y en estas comunicaciones con Dios, conocería que era inmaculada en su concepcion, como conoció el Bautista que acababa de ser lleno del Espíritu Santo; y conocería tambien que era la futura Madre de Dios, del mismo modo que santificado el Bautista, conoció que era la voz del Señor. ¡Qué ama, pues, quien á *María* no ama? ¡Y en qué se recrea quien en *María* no se deleita?

17. *Porque Jesucristo nos recomendó á su amor.*—Hé ahí otra fuente, lector carísimo, para que conozcas lo mucho que *María* te ama; y es la recomendacion que le hizo Jesucristo en nuestro favor, en fuerza de la cual nos ama en cierto modo, como con la misma medida con que amaba á Jesus. *María* amaba á Jesucristo con un amor infinito; y este Jesus, infinitamente amado de *María*, es el que en el momento mas solemne le muestra su última voluntad. Pásmate de la conducta de Jesus, porque una sola cláusula pone en su testamento, y ésta es que *María* te ame á tí, y que te ame no á medias sino con el amor de Madre, y que te ame con idéntico amor con el cual él mismo te amó muriendo por tí en el árbol de la cruz. ¡Y hasta qué punto nos ama *María*? Esto no puede escribirse: pero nos ama tanto, que ni los ángeles lo pueden ni siquiera concebir, porque nos ama motivada por un amor infinito, y nos ama en fuerza del infinito dolor que padeció por nosotros. Le costamos una infinidad de dolores, porque nos alcanzó la vida de la gracia viendo á su Hijo que moria de dolor rendido á los tormentos: tanto es lo que costamos á *María*, tanto lo que nos recomendó á su amor, y tanto el amor con que nos ama!

¡Pero cuánto nos ama *María*? La siguiente comparación te lo hará comprender algo: Tanto amó al mundo el Padre Eterno, que para salvarlo le dió á su mismo Unigénito Hijo; pues así de un modo semejante podremos decir: que tanto es lo que nos amó *María*, que nos dió á su mismo Unigénito, y tanto es lo que actualmente nos ama, que actualmente nos lo daría de nuevo si fuese necesario. Nos lo dió, cuando admitía el ser su Madre, porque desde entonces solo lo consideró suyo en cuanto nos lo habia de dar á nosotros para nuestra salvación: nos lo dió, cuando lo tuvo en su seno, y cada momento era un acto generoso que nos hacia para nuestro bien: nos lo dió, cuando le dispensaba todos los cuidados de Madre, porque nos lo iba conservando, para entregarlo generosa á todos los padecimientos: nos lo dió, cuando Jesucristo le pidió el consentimiento para ir á morir: nos lo dió, no defendiéndolo delante de los jueces, que sin duda alguna habrian hecho mucho caso de una Madre tan prudente; y nos lo dió millares de veces al pié de la cruz, en donde no solo con su dolor nos lo ofrecía, sino que con sumo amor nos amaba tanto, que si hubiesen faltado verdugos, ella, con fortaleza infinita, habria consumado el sacrificio: tanto es el amor con que nos ama *María*. ¡Oh si pensaras en él cuantas veces recitas la Salve! ¡Por qué amas, lector carísimo, tan poco á *María*? Amala no solo por lo que es en favor tuyo, sino principalmente por lo que es en sí misma. ¡Cómo no amar al mismo amor? Mira que como el fuego se comunica al hierro, así el Espíritu Santo se comunicó á *María*; ¡y podrás tú no amarla? *María* estuvo tan unida con Dios por amor, que su corazón era como la misteriosa zarza que ardía sin quemarse: y ¡tú puedes no amar á quien tanto amó á Dios? Era tal la llama de la caridad del corazón de *María*, que como las moscas huyen de un gran fuego,

así huyeron los demonios de su corazón: y ¡á un corazón tan amante podrás tú no amar? *María* en suma, como estaba en continua contemplación con Dios, no tenia deseo, ni pensamiento, ni palabra, ni acción, ni gozo que no fuese Dios: era su vida un acto continuo de amor: amaba siempre actualmente á Dios de modo que ni las acciones de la vida le impedian amar, ni el amor le impedia tratar; y aun mientras su bienaventurado cuerpo tomaba un ligero descanso, su alma se elevaba á Dios por medio de la mas sublime contemplación. ¡Y podrás tú no amar á criatura tan privilegiada? ¡Ah! ¡qué cosa podrá amar quien á *María* no amare?

18. *Porque somos el precio de la muerte de su Hijo.*—Otro motivo que nos hace comprender todo el amor que nos tiene *María*, es ver que somos nada menos que el precio de la muerte de su Hijo. Él vino del cielo á la tierra, vivió con nosotros, padeció todos los dolores y tormentos, y acabó su vida en el patíbulo de la cruz á fin de librarnos de la esclavitud del demonio y del pecado, dándonos su amistad y gracia en esta vida, y la gloria eterna en la otra. Si suponemos que *María* no nos ama con todo el amor de que es capaz su corazón, deberemos concluir que estima en poco los sufrimientos de su Hijo, y que mira con indiferencia la voluntad soberana que la constituyó nuestra Madre: Y si semejante pensamiento ha de estar muy lejos de nosotros, claro está que no lo ha de estar menos el creer que el amor de *María* no es todo entero para los hombres; porque á la manera que todas las criaturas reciben la influencia del sol, así todos los cristianos reciben la influencia de *María*, ya que ella es aquella mujer misteriosa revestida del divino sol de justicia. ¡Oh si comprendiéramos el cuidado que nos dispensa esta Madre amorosa! Baste decir que desea enriquecernos con mas bienes que los que nosotros podemos desear; an-

hela mas dispensarnos beneficios, que nosotros pedírselos; y no es extraño, porque somos el precio de la sangre de su Hijo; somos los recomendados en sus últimas palabras; somos los contenidos en la obra de su inmenso amor; y en suma, somos los hijos mas queridos de la mas tierna Madre. A vista de esto, ¿quién no ama á *María*? Amala, lector carísimo, porque no podrás menos que amar á tu mas tierna Madre: amala, que la encontrarás llena de amor y piedad: amala, porque ella protesta que no puede dejar de amar á quien la ama: amala, porque te servirá con singular predileccion en la vida y en la muerte; y amala en fin, porque no te dejará hasta haberte enriquecido con el dón de la perseverancia final. Amala, lector carísimo, y amala de modo que procures excitar en los otros este purísimo amor: amala con tanto afecto, que con solo recitar la *Salve* se inflame tu alma y tambien el rostro: amala con tal ternura, que parezcas un serafin al hablar de *María*: amala, pero de modo que ella sola forme el objeto de tus delicias (1); amala con tales coloquios que le muestres en la práctica que ella es tu enamorada (2); amala con los purísimos deliquios que la declaran la raptora de los corazones (3); amala como que ella es tu Señora y tu Madre y tu queridísima esposa (4); y amala de modo que nada te consuele tanto despues de *Jesus* como el saber que *María* es tu amada (5).

19. *Devocion al amor de María*.—Era una mujer de unos treinta años cuando empezó á amar á *María*, así como hasta entonces habia la infeliz amado al mundo, á su carne y á sus concupiscencias. Apenas llegada al uso de la razon, y ya habia comenzado á abusar de

(1) (2) (3) (4) (5) Los Santos Padres, y S. Ligorio, *Glorias de María*.

ella. Aun no sabia lo que es ser niña, y la infeliz era tan desgraciada que ya no lo era. Sus tiernos años los pasó ofendiendo á Dios, haciendo en su cuerpo abominaciones que no es lícito decir. A los trece años dióse completamente á su vida no casta; y hasta los treinta siguió como *María Magdalena*, como *María Egipciaca* y como *Tais* la pecadora. Llegada á este tiempo de su vida, fastidiada de todo placer y desengañada de lo que es la vanidad, le tocó la suerte de ver por primera vez una hermosa imágen de la *Virgen María*, que representaba la *Milagrosa de Paris*. Aquí la esperaba la gracia, porque luego comenzó á hacerse los mas duros reproches. ¡Cómo! ¡*María* mi madre y yo su hija? ¡Ella tan buena y yo tan mala! ¡Ella *Virgen* inmaculada y yo deshonesto! ¡Ella toda llena de virtudes, y yo cargada de pecados! *María* juntamente con estos sentimientos, le dió un grande dolor de haber ofendido á Dios: le infundió grandes deseos de hacerse santa: se confesó con un dolor el mas semejante al de la *Magdalena*, y recibió la santa comunión con toda la ternura y afecto posible. Esta mujer habia tomado á la Santísima *Virgen inmaculada* como la madrina de su conversion; y agradecida, le dió las pruebas mas sinceras de verdadero amor. A su confesion añadió una comunión santa, un odio muy grande á su vida pasada, y un amor verdadero á su vida de virtud. Ardía tanto en el amor de *María*, que todo lo hacia motivada por esta causa; y por tanto, por el amor de *María* se levantaba todos los dias muy temprano, hacia su media hora de oración mental, oía diariamente la santa misa, comulgaba tres veces en la semana, cada ocho dias recibia el sacramento de la penitencia, cada mes tenia su dia de retiro y todos los años tomaba los santos ejercicios. Mucho trabajó para entrar de religiosa, pero Dios quiso que se santificase en el mundo, así como hasta en-

tonces lo habia escandalizado. Su casa la convirtió en un magnífico templo consagrado á *María*, de modo que las paredes se hallaban cubiertas de emblemas que describian sus glorias. Y aunque es verdad que estaba aficionada á todos los pasos de la Madre de Dios, pero ninguno la llenaba tanto como su Concepcion immaculada: y no es extraño, porque ella habia sido como la causa primordial de su conversion. Por tanto no debe admirarnos que llevase colgada de su cuello la medalla Milagrosa; que la tuviese colocada en su rosario; que cada dia ocho le mandase celebrar una misa en su honor; que repartiese muchas medallas con el fin de que *María* obrase sus portentos; que frecuentemente se la aplicase á su corazon, y que en todas las horas, aun en cada media hora, frecuentemente en cada cuarto, y en muchas ocasiones casi de continuo repitiese: *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos!*

CAPITULO IV.

MADRE DE MISERICORDIA.

20. *María es la Madre de los justos.*—La Iglesia nuestra Madre, lector carísimo, como regida y gobernada por el Espíritu Santo, nos ha enseñado que todos sus hijos tenemos otra Madre, y que esta es la augusta Madre de Dios. *María* es la Madre de los redimidos, ya que Jesucristo es su Padre: *María* es la Madre de todo el género humano, porque todo él estaba

contenido en la persona de Juan, cuando el Salvador la dijo: *Mujer, hé ahí á tu hijo*: y vuelto al discípulo: *Hé ahí á tu Madre*. Que *María* es la Madre de los justos que trabajan con todo empeño en justificarse mas y mas, es una verdad que no repugna en lo mas mínimo, porque Jesucristo su hijo es el Santo de los santos, y Juan era entre los apóstoles el mas santo y el mas inocente. Con razon se muestra su Madre, porque ellos á porfia le manifiestan que son sus hijos: la adoran sin cesar, procuran extender su culto, desean tener mil y mil lenguas para alabarla; y forma el objeto de sus mayores complacencias el publicar su grandeza y su excelencia, su bondad y su misericordia, sus privilegios y prerogativas, y sobre todo, su inmenso amor para con los hombres. Pero afirmar que *María* es la Madre de los pecadores, tiene un no sé qué tan repugnante, que nos vemos obligados á hacer explicaciones especiales para que se comprenda bien, y tanto mas, cuanto que si son innumerables los que se salvan por la devocion á *María*, así quizás no son menos los pecados que se cometen por abtsar de esta misma devocion.

21. *María no es la Madre del obstinado pecador.*—En efecto: tiene un no sé qué muy contradictorio considerar á *María* como la Madre de un pecador, porque si ella es la dignísima Madre de un Dios tres veces santo, evidentemente que no puede al mismo tiempo ser la Madre de un pecador obstinado. ¡Qué cosa mas repugnante que ver en *María* á la Madre de un quebrantador de la ley, de un blasfemo sacrilego, del que no santifica los dias festivos, del que rompe con la obediencia y veneracion que debe á sus padres, del que hierre y aun intenta dar la muerte, del impúdico y desho? nesto, del ladron, del calumniador y del mentiroso; ¡Cómo! ¡*María* Madre de semejantes monstruos? Con

todo; esto quiere decir Madre de los pecadores. Luego hemos de tener por cierto que *Maria* no puede ser la Madre del que tiene voluntariamente semejantes pecados; ó lo que es lo mismo, *Maria* ni es, ni podrá ser jamás la Madre de un pecador que no quiere convertirse. ¿Cómo ha de tener á *Maria* por Madre aquel malvado que no quiere tener á Jesucristo por Padre? ¿Cómo ha de ser Madre del infame que renueva sin cesar los dolores de *Jesús*? ¿Cómo ha de ser Madre del escandaloso que le pierde muchas almas? ¿Cómo ha de ser Madre del sacrilego que le arrebató al Señor todo el honor y toda la gloria? En fin, ¿cómo ha de ser Madre del endurecido y del obstinado? No: jamás será *Maria* la Madre de los pecadores que no quieren convertirse, de los pecadores que quieren continuar en su pecado. ¿Cómo! *Maria* con una fé tan viva, ¿será la Madre del incrédulo? *Maria* con una confianza ilimitada, podrá ser la Madre del que desespera y muere como el traidor *Júdas*? ¿Cómo podrá ser la Madre de aquel infame que se sirve de la bondad de Dios para pecar con mas libertad? Es la misma pureza, ¿y será la Madre de un impúdico y deshonesto? Es la misma humildad, ¿y será la Madre del soberbio orgulloso? Concluyamos que el que no tiene á Jesucristo por Padre, jamás tendrá á *Maria* por Madre.

22. *Es la Madre del pecador arrepentido.*—A la manera que no hay duda que *Maria Santísima* es la Madre de todos los justos, así es igualmente cierto que lo es de todos los pecadores arrepentidos. Trasládemonos al origen de esta divina maternidad, y la encontraremos en el Monte Calvario. *Mujer, dijo el Señor á Maria, hé ahí á tu hijo;* como si dijera: tú eres la Madre de *Juan* y de todos los justos que son como el inocente *Juan*, y de todo el género humano, que está representado en su persona. De lo dicho hasta aquí,

resulta que es la Madre de los justos, y que no es la Madre de los obstinados: mas como hay una gran parte de pecadores arrepentidos, resulta que *Maria* es su Madre, porque ellos estaban representados en la persona de *Juan*. ¡Oh si supieras, lector carísimo, hasta qué punto es la Madre de todos los que quieren enmendarse! No hay cuidado ni solicitud que pueda compararse con el que emplea *Maria* en su favor. Ahora bien: ¿*Maria* es tu Madre? No te hagas ilusion, porque si es la Madre de los justos, no lo es de los que voluntariamente viven en el pecado; y si eres del número de estos últimos, tienes el deber imprescindible de abandonar todo pecado, so pena de prescindir de que *Maria* sea tu Madre.

Encuentro en la Escritura un pasaje que dice así: *Levantáronse los hijos.* Estos hijos son los hijos de *Maria*, es decir, unos pobres descendientes de *Adán* que estuvieron caídos en la culpa, hasta que saliendo de ella se levantaron, quedando desde entonces los hijos de tan buena Madre. De lo cual resulta lo mismo que estamos diciendo, es decir, que antes de ser hijos de *Maria*, es preciso levantarse de la culpa, y solo dado este paso, es lícito llamarse hijo de *Maria*. Permíteme que movido de un celo santo te diga tambien: ¿Quieres que *Maria* sea tu Madre? Quiérela: quiérela bien: quiérela de modo que no destruyas con tus hechos lo que afirmas con tus palabras: quiérela cumpliendo todas tus obligaciones; y quiérela en fin, imitándola en la práctica de tus mas heróicas virtudes. Así, es *Maria* la verdadera Madre de los justos, y lo es tambien de los pecadores que arrepentidos de sus fatales excesos ya no quieran serlo: pero jamás lo será con relacion á los que voluntariamente viven de asiento en el pecado. ¿Y cómo han de ser hijos de *Maria* semejantes endurecidos, siendo ellos malditos por Dios por-

que lo han ofendido y porque voluntariamente quieren continuar ofendiéndole? ¡Infelices! Son sumamente desgraciados, porque á *María*, que es la Madre de Dios, la hacen nuevamente la Madre de la miseria y del dolor. Alerta, pues, no sea que sobre este punto tan importante te hagas ilusión, y tanto mas terrible cuanto que podia ser irreparable.

23. *Es la Madre del pecador que quiere arrepentirse.*—Sin duda alguna, lector carísimo, *María* es la Madre del pecador que verdaderamente quiere arrepentirse, así como no lo es de aquellos que quieren arrepentirse de boca, pero que con sus obras continúan ofendiendo á Dios. Aunque el pecador no haya salido del pecado, basta que ya no lo ame, y desde ese instante feliz, *María* ya es su Madre, porque este no amor va acompañado de aborrecimiento y de un principio de amor á Dios; amor que manifiesta acudiendo á *María*. Yo puedo afirmar en nombre de *María*, que desde el instante que el pecador la busca, ya esta buena Madre le dispensa todos sus oficios amorosos que le hacen poner todo su conato en volver á Dios. *María* le auxilia para que acabe su obra, á pesar de todas las baterías del infierno, y aun de hecho lo saca de la culpa: así es como esta buena Madre ostenta su poderoso patrocinio. El pecador en las oraciones que dirige á *María* no merece la gracia que pide, es verdad, pero ella le aplica una parte de sus merecimientos, y así se hacen aptas para alcanzar la gracia del perdón: no la merece el pecador, es cierto, pero lo merece eficazmente *María*, que en aquel momento muestra que ella es su Madre. Como es una verdad innegable que para que una alma se convierta necesita de la gracia de Dios, y si ésta falta no puede haber verdadera conversión, de ahí resulta que este acudir á *María* de que hablamos, no se entiende de una cosa natural, porque en este caso con-

vendrán al pecador aquellas palabras del infame Antiocho, de quien dice la Escritura: *Oraba el malvado al Señor, pero con oraciones que no habian de darle la misericordia*, porque ya se habia llenado el número de los pecados que Dios quiso sufrirle, y porque ya habia abusado de todas las gracias que el Señor quiso señalarle. Así de un modo semejante puede un cristiano acudir á *María*, pero de un modo natural: acudir á *María*, pero habiéndose llenado ya el número de los pecados: acudir á *María*, pero cuando ya no hay mas gracia: en este estado *María* no es la Madre de este infeliz, porque de hecho ya pesa sobre él la sentencia de su condenación. ¡Oh! pesa bien esta verdad, lector carísimo, no te hagas ilusión: sál del pecado en el día de hoy que tienes tiempo, porque mañana quizás te faltará: conviértete en este primer momento, porque en el segundo quizás te dirá el Señor: *Ya no hay tiempo*. En una palabra; si ahora te conviertes, *María* es tu Madre, y deja de serlo, si obstinado no quieres convertirte á Dios. Desengáñate, porque así como *María* jamas podrá ser la Madre de los demonios, así tampoco lo será jamas de los obstinados, y lo será siempre de aquellos venturosos que del centro de sus infidelidades se vuelven por fin á Dios. ¡Oh si de una vez para siempre amaras á *María*! ¡Cómo no amarla supuesto que te hace todos los oficios de la mas tierna Madre! *María* tiene dos hijos, á Jesus y á los pecadores: ¿y qué hace en favor de estos? No consiente en que sean enemigos del primero, sino que emplea toda su eficacia para que se reconcilien con él. Ve *María* que los pobrecitos pecadores no están bien con su Hijo, y en este caso ella no atiende á sus pecados, sino á la intención que tuvo su Hijo al constituirla la Madre del género humano. ¡Ah! es *María* tan buena Madre, que

no se desdena de vendar sus heridas, y no cesa hasta haberlos curado completamente.

La santa Escritura nos demuestra con evidencia, que María es Madre de los pecadores mientras que no están reprobados de Dios, es decir, mientras que no se ha llenado el número de sus pecados y de sus gracias; así como no puede ser la Madre ni de uno solo que sufra las consecuencias de la sentencia de reprobacion. Dos ladrones están crucificados al lado de Jesucristo, y María debió empeñarse igualmente por ellos, y con todo su poder. A los dos les aplica la misma medida de su misericordia: por los dos intercede igualmente, y sin embargo, el uno se salva, pero el otro se condena. Dimas, con la gracia que le alcanzó la Santísima Virgen, conoce á Jesus, se arrepiente de haber pecado, ama á su Salvador, defiende su divinidad, desea su gloria, y en aquel mismo dia la posee en cumplimiento de la sentencia de Jesucristo: *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* Al contrario el otro ladrón, á pesar de los ruegos que hizo en su favor la Santísima Virgen, se obstinó en su maldad, porque ya habia consumado el número de las gracias; y este infeliz desconoció á Jesus, lo aborreció, blasfemó de él y de su gloria, y en aquel mismo dia bajó á los infiernos: tan cierto es que *María* es Madre de todos los cristianos, mientras que no hayan consumado el número de gracias. Por tanto, lector carísimo, conviértete ahora que tienes gracia, no sea que mañana ya no la tengas.

24. *María siente los males del pecador como si fuesen suyos.*—La doctrina que asegura que *María* siente como propios los males de los pecadores, les descubre el resto de casi toda la infinidad de su amor en favor suyo. Y á la manera que aquella madre que tenia á su hija enferma, decia sin embargo á nuestro Señor que tuviese piedad no de su hija sino de ella misma, por-

que los males de los hijos son los de las madres; así mismo se porta *María* con relacion á los pecadores. ¡Ah! ¡Qué ama, pues, quien á *María* no ama? ¡Qué oficios pueden compararse con los oficios que ella nos hace? ¡Y habrá quien se atreva á ofenderla? ¡Habrà quien sea tibio en su amor? ¡Habrà quien no la ame con todo su corazon y con toda su alma? ¡Habrà quien no le jure un amor tan sin límites que en lo sucesivo todo lo haga, todo lo emprenda, todo lo piense, y todo, todo *por el amor á María?* Considerémosla patrocinando á los pecadores ante su Hijo, Juez de vivos y muertos, y la veremos que se porta como si dijera: *Señor mio, esta pobrecita alma que está en pecado es hija mia; tened pues, piedad no tanto de ella sino de mí que soy su madre.* ¡Ah! los infelices pecadores mientras están en pecado no tienen derecho á gracia alguna; y todas las criaturas, las sensibles y las insensibles y aun las invisibles, tienen derecho sobre su salud y sus riquezas, sobre su bienestar y sus placeres, sobre su honor y su fama, y aun sobre su vida y su muerte. Pero afortunados los que tienen verdadera intencion de enmendarse, porque encuentran en *María* su mas tierna Madre; y afortunados tambien, porque habiendo Dios encomendado á *María* los pecadores, ciertamente que no condenará ni siquiera á uno de cuantos se acogen á su patrocinio. ¡Y quién podrá explicar la bondad, el poder, la misericordia y el amor de *María* aun en favor del pecador mas miserable? ¡Ah! postrémonos, lector carísimo, á unas plantas tan solícitas que nos han de ser queridísimas: apremiémoslas con una oracion tan continua como ferviente, y no nos apartemos hasta que nos bendiga esta dulcísima Madre nuestra. Digámosla llenos de confianza: Aunque me diere la muerte no me apartaré de *María*, porque sé de cierto que con ella irremisi-

blemente seré salvo. Digámosle en fin: Señora y Madre mía, yo no merezco por mis culpas que vos seais mi Madre, pero arrepentido y confuso acudo á vuestra misericordia, y para mas obligaros quiero deciros una y mil veces: *Dios te salve, Reina y Madre de misericordia.*

25. *Devocion á esta Madre de misericordia.*—En la historia del judío Ratisbone hallarás una devocion verdadera á esta Madre de misericordia. Era un jóven en la flor de su edad, hermoso cuál cándida azucena, rico en sí mismo y por una fortuna inmensa que habia heredado de un tío suyo, saludado por todos los placeres y diversiones que se le ofrecian á porfia, y viajando por Europa con la sola idea de saber y gozar. Habiendo entrado en cierta iglesia, no por devocion alguna, sino por cierto compromiso, de un modo puramente mundano y con todo el odio que tienen los judíos á los cristianos, de repente se vió arrebatado. . . y vió á la Santísima Virgen María segun como está en la medalla milagrosa. Y á la manera que Saulo, cuando en el camino de Damasco se le presentó Jesucristo, que mudándole instantánea y dulcemente el corazon le obligó á decir: *Señor, qué quereis que haga;* así Ratisbone, asaltado por la aparicion de María Santísima, lo convirtió en un momento: dejó de ser judío, y en un instante quedó transformado en un fidelísimo devoto suyo. A vista de tanta misericordia, abandonó el mundo, entró en una de las religiones mas ajustadas, y con el mayor fervor trabajaba en hacerse santo. Así de un modo tan práctico debes ser devoto de esta Madre de misericordia.

CAPITULO V.

VIDA.

26. *María es nuestra vida.*—Yo no sabré decirte, lector carísimo, todo cuanto tiene de grandioso y excelente la devotísima oracion de la Salve. Nos presenta á *María* saludada por todos los cristianos que convertidos en otras tantas lenguas le dicen, *Dios te salve:* grandiosa idea que es la mas apropiada para indicarnos lo que es *María* en sí misma, y que con relacion á nosotros ella es nuestra Madre. Nos presenta á *María* con el único título de Reina universal de los cielos y de la tierra, y poniendo en juego á toda la Trinidad, coronándola el Padre con la diadema del poder, el Hijo con la corona de su sabiduría, y el Espíritu Santo con la inmensidad de su amor. Nos presenta á *María* como Madre, ejerciendo en favor nuestro todos los oficios de la mas solícita y tierna de las madres: á *María* amando todas las criaturas del Criador, todos los redimidos del Redentor y todos los justos del Santificador, y á *María*, amando de tal suerte á todos los pecadores que ya no aman el pecado, que se les constituye y declara su propia Madre. ¡Y qué no basta todo esto! ¿Estos títulos no son suficientes para robarnos el corazon? Pero como en esta oracion no solo se trata de lo que nosotros necesitamos, si que tambien de las excelencias de tan gran Señora; por esto para darla á conocer mejor, la veremos con el bellissimo dictado de *Vida*, como si dijéramos, que aquella misma

blemente seré salvo. Digámosle en fin: Señora y Madre mía, yo no merezco por mis culpas que vos seais mi Madre, pero arrepentido y confuso acudo á vuestra misericordia, y para mas obligaros quiero deciros una y mil veces: *Dios te salve, Reina y Madre de misericordia.*

25. *Devocion á esta Madre de misericordia.*—En la historia del judío Ratisbone hallarás una devocion verdadera á esta Madre de misericordia. Era un jóven en la flor de su edad, hermoso cuál cándida azucena, rico en sí mismo y por una fortuna inmensa que habia heredado de un tío suyo, saludado por todos los placeres y diversiones que se le ofrecian á porfia, y viajando por Europa con la sola idea de saber y gozar. Habiendo entrado en cierta iglesia, no por devocion alguna, sino por cierto compromiso, de un modo puramente mundano y con todo el odio que tienen los judíos á los cristianos, de repente se vió arrebatado. . . y vió á la Santísima Virgen María segun como está en la medalla milagrosa. Y á la manera que Saulo, cuando en el camino de Damasco se le presentó Jesucristo, que mudándole instantánea y dulcemente el corazon le obligó á decir: *Señor, qué quereis que haga;* así Ratisbone, asaltado por la aparicion de María Santísima, lo convirtió en un momento: dejó de ser judío, y en un instante quedó transformado en un fidelísimo devoto suyo. A vista de tanta misericordia, abandonó el mundo, entró en una de las religiones mas ajustadas, y con el mayor fervor trabajaba en hacerse santo. Así de un modo tan práctico debes ser devoto de esta Madre de misericordia.

CAPITULO V.

VIDA.

26. *María es nuestra vida.*—Yo no sabré decirte, lector carísimo, todo cuanto tiene de grandioso y excelente la devotísima oracion de la Salve. Nos presenta á *María* saludada por todos los cristianos que convertidos en otras tantas lenguas le dicen, *Dios te salve:* grandiosa idea que es la mas apropiada para indicarnos lo que es *María* en sí misma, y que con relacion á nosotros ella es nuestra Madre. Nos presenta á *María* con el único título de Reina universal de los cielos y de la tierra, y poniendo en juego á toda la Trinidad, coronándola el Padre con la diadema del poder, el Hijo con la corona de su sabiduría, y el Espíritu Santo con la inmensidad de su amor. Nos presenta á *María* como Madre, ejerciendo en favor nuestro todos los oficios de la mas solícita y tierna de las madres: á *María* amando todas las criaturas del Criador, todos los redimidos del Redentor y todos los justos del Santificador, y á *María*, amando de tal suerte á todos los pecadores que ya no aman el pecado, que se les constituye y declara su propia Madre. ¡Y qué no basta todo esto! ¿Estos títulos no son suficientes para robarnos el corazon? Pero como en esta oracion no solo se trata de lo que nosotros necesitamos, si que tambien de las excelencias de tan gran Señora; por esto para darla á conocer mejor, la veremos con el bellissimo dictado de *Vida*, como si dijéramos, que aquella misma

María es de tal suerte nuestra reina y nuestra Madre y Madre de misericordia, que es igualmente nuestra *Vida*. ¡Qué alabanza puede compararse con esta alabanza! Las dos instituciones principales de San Vicente de Paul, á saber: las Hermanas de la Caridad y la Congregación de la Mision, estaban en 1830 casi dando el último suspiro, á consecuencia de una revolucion que tuvo por principal objeto destruir toda orden religiosa. Mas aconteció que en la época á que nos referimos, quiso *María* manifestar una vez más que ella era nuestra *Vida*, porque habiéndose aparecido á una novicia de las Hermanas de la Caridad, y habiéndole hecho completa entrega de la medalla, con razon apellidada poco despues la Milagrosa, comenzó dicha comunidad desde aquel instante á salir de sus agonías mortales: resucitó de hecho: todas las hermanas sentian como renovarse en el espíritu, multitud de vocaciones querian gozar de su observancia, y adquirió una vida tan fuerte y robusta, que ha presentado en la iglesia de Dios un hecho tan magnífico y grandioso, que segun la expresion de Pio IX, *no se encuentra igual en los anales de la Iglesia*. Desde entonces aumentó su noviciado tan extraordinariamente, que solo en el Seminario de París, es decir, en aquel mismo noviciado en donde se apareció la Santísima Virgen, en solo tres meses han llegado á entrar mas de quinientas novicias, sin contar con una multitud de noviciados en otras naciones, pero que salieron de la casa-madre. De este hecho se siguió, como por consecuencia, la resurrección de la Congregación de la Mision, porque desde aquella feliz época se reunieron los pocos miembros que vagaban dispersos por efecto de la revolucion, comenzaron la restauracion de la Compañía, se revistieron del espíritu primitivo que los caracteriza, y actualmente cuenta la casa-madre un personal de doscientos indi-

viduos, sin contar una multitud de fundaciones que salieron de su seno. De este hecho, en fin, vino naturalmente la resurrección de todas las grandes obras del Santo; y en nuestros dias las Conferencias de hombres y Asociacion de las señoras de la caridad, ambas fundadas por San Vicente de Paul, como dice el Papa Pio IX, se encuentran en un estado tan floreciente que nunca se habia visto semejante. ¡Tan cierto es que *María* es nuestra vida!

27. *Porque nos conserva la vida del cuerpo*.— Aunque esencialmente uno es el que conserva todas las cosas, pero *María* por gracia y privilegio nos conserva la vida del cuerpo. Porque si como dice Santiago, el pecado es de tal naturaleza que en el mismo momento que está consentido ocasiona la muerte, resulta que habiendo pecado nuestros primeros padres, al instante habian de morir; y esta muerte era la amenaza que Dios les habia hecho. Pecaron: ¡y por qué no se siguió la muerte de los culpables inmediatamente? No hay otro por qué que *María*, el grande amor que Dios profesaba á *María*: de manera que podemos afirmar, que por *María* no fueron arrojados al infierno como los ángeles culpables, y por *María* fueron esperados con la misericordia, ya que esta misma *María* se la indicó Dios al asegurarles, que de una mujer naciera el que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente. Por respeto á *María* se conservó el género humano; por respeto á *María* hubo aquellos santos que llamaba la Escritura los hijos de Dios; por respeto á *María* se reservó el Señor un Noé salvándole en el arca, cuando un diluvio acababa con toda carne corrompida; por amor á *María* hubo los Patriarcas, los Profetas y Santos Sacerdotes, y por respeto á *María* se concedieron todas las gracias y misericordias del Antiguo testamento: tan cierto es que *María* es nuestra vida, porque nos con-

serva la vida del cuerpo! El pecado es lo mismo hoy que en los antiguos tiempos, con la notable diferencia que ahora tiene un no sé qué de mas ingratitud y monstruosidad. Pues ahora bien: ¿por qué tenemos vida habiendo pecado? ¿Cuántos pecados de pensamiento, de palabra y de obra? ¿Y por qué aun vivimos? ¿Por qué la tierra no se abre á nuestros piés y nos traga en sus entrañas? ¿Por qué el cielo no se convierte todo en centellas para herirnos de muerte? ¿Por qué la mejor comida no se torna en el veneno mas activo? No hay otro por qué, que la proteccion de *María*: tan clara cosa es que *María es nuestra vida*.

28. *Porque nos conserva la vida del alma.*—A la manera que el alma, lector carísimo, es la vida del cuerpo, así la gracia es la vida del alma: y así como separándose el alma del cuerpo ya no es el cuerpo de un hombre, sino un hediondo cadáver; así separándose la gracia del alma, ya no está destinada para el cielo, sino para sufrir las terribles consecuencias del infierno. ¡Infeliz el alma que no tiene la gracia! porque en medio de su inmortalidad tiene la mas horrorosa muerte, que le hará morir eternamente en medio de infinitos é inmensos suplicios; y esta alma es aquel hombre misterioso que segun el Apocalipsis tenia el nombre de vivo, pero en realidad era ya muerto. ¿Y quién nos librará de esta muerte tan cierta como desconocida en la apariencia? *María*, la poderosa y omnipotente *María*: ella es la que por medio de su intercesion nos alcanzará la gracia y con ella nos dará la vida. Es tanto lo que hace esta augusta Madre de Dios en favor de sus devotos, que acudir á *María* es lo mismo que hallar la gracia; porque escrito está, que el que honra á *María hallará la gracia*, la salud verdadera de su alma y la eterna vida en la patria celestial. ¡Oh *María*! Oh raptora de los corazones! ¡Oh la mas bella de las

criaturas! ¡Oh augusta Madre del Criador! ¡Oh immaculada y divina *María*! ¡Qué diré de tí, oh Madre mia? Nada quiero decir, porque todo está asegurado, afirmado que tú eres la vida de tus devotos.

Segun cierto testimonio de la Escritura Sagrada, podriamos decir, que habiendo *María* hallado la gracia, debió hallar necesariamente la que nosotros habiamos perdido, y por tanto que restituyéndonosla, nos da la vida. Este momento tan solemne, es el de la Encarnacion: al menos en este feliz instante le anunció el ángel que habia hallado la gracia delante del Señor. ¿Mas qué gracia podria hallar *María* si no fuese la nuestra? Ella jamas la perdió, ella siempre estuvo llena de gracia, y ella, segun el testimonio del mismo ángel, siempre la multiplicó extraordinariamente: luego esta gracia que *María* halló, es la gracia que perdieron los pecadores, y de un modo especial la gracia que nosotros perdimos por la culpa. ¡Ah, qué consecuencias tan dulces y consoladoras! Si *María* halló nuestra gracia hemos de acudir á ella porque Dios la puso en el mundo para que sea nuestra defensa, la constituyó la medianera entre Jesucristo y los hombres, y para que viendo las llagas que nos causara la culpa, luego acudiese al médico celestial y acabara con curarlas perfectamente, restituyéndonos de este modo la verdadera vida. ¡Qué consuelo! *María*, habiendo hallado nuestra gracia, queda constituida la verdadera vida aun de los mas miserables, alcanzándoles el perdon de todas sus culpas. ¡Oh si á fuer de grandes pecadores supiéramos saludar agradecidos á nuestra querida Madre! Es la mística escala que nos deparó la Providencia para subir á la gloria; es la Madre de Dios y afortunadamente la Madre nuestra; es como un místico cielo que nos recuerda la patria celestial; es el perfectísimo tabernáculo de Dios colocado en medio de los

hombres; es la poderosa que trasforma en amantísimos y devotos los corazones de los mas miserables; es un trono soberano desde cuyo asiento brotan mil y mil gracias; en una palabra, es la que nos comunica la vida eterna. ¡Oh *María!* ¡Oh qué nombre tan supremo! *María* es todas las cosas para nosotros, y aun es la misma vida. ¡Oh divina *María!* Dadme la vida de la gracia, conservadme siempre con este brillantísimo ropaje. ¡Oh *María!* Tú eres mi vida. *María!* por los trabajos que padeció *Jesus*; por los nueve meses que estuvo en tus entrañas; por el frío de la noche de su nacimiento; por cada uno de los pasos que diste en tu viaje á Egipto; por sus fatigas y sudores; por la sangre que derramó en su pasión, y por su muerte sagrada, te pido encarecidamente que en toda mi vida, y principalmente en la hora de mi muerte, tú seas mi vida, para que pueda cantar contigo tus infinitas misericordias por los siglos de los siglos. Amén.

29. *Porque nos alcanza de Dios la perseverancia final.*—El dón de la perseverancia final es una gracia tan extraordinaria, que Dios no la debe á nadie: que ninguno puede merecerla en fuerza de sus propios méritos; y es tan dón de Dios, que entre las cosas celestiales y divinas, él es la divinísima. Este dón á nadie lo niega el Señor, si se lo pide diariamente, debidamente y hasta la muerte: pero ni el mérito de todos los santos puede merecer á un solo hombre la gracia de la perseverancia final. Sin embargo, *María* como que es la Reina de todos los santos, puede lo que ellos no pueden, y de hecho nos alcanza la perseverancia final si somos sus devotos; y con solo esto nos da la vida de la gracia y la vida eterna en la patria celestial: tan cierto es que *María* es nuestra vida! Para perseverar hasta el fin en la práctica de la virtud, de los mandamientos de Dios, de la Iglesia y de las obligaciones

propias del estado que hemos abrazado, necesitamos de grandes esfuerzos, pero esfuerzos que están contenidos en la verdadera devoción á *María*; porque un verdadero devoto suyo se conforma en un todo con su voluntad, publica sus glorias, engrandece su nombre y le dá el culto que le es debido, superior al culto que damos á los santos, aunque inferior al que damos á Dios; y este su devoto es el que obtendrá la vida de la gracia en este mundo, y en el otro la vida eterna. Mas cuánta fortaleza no supone semejante devoción ya que tiene por resultado la vida eterna! En efecto: la perseverancia final supone un ir siempre adelante por el camino de la virtud sin retroceder jamás, y la devoción á *María* un trabajar sin descanso en imitarla. Mas todo esto se encuentra en *María*, porque ella es la que nos anima á emprender las mas descomunales batallas contra el mundo, demonio y carne: ella la que nos arma poderosamente para defendernos y vencer, ella la que nos encierra en su divino corazón, en donde, como en la torre de David, nos hallamos ceñidos de defensas, armas y escudos, y ella la que nos comunica su propia fortaleza. Todo lo encontraremos en *María*, porque ella es cual plátano que se alza cerca de la corriente de las aguas para servirnos de poderoso manto cuando los ardores de las pasiones intenten abrasarnos, y porque ella es la respiración de los cristianos, con lo cual se indica, que así como para la vida del cuerpo es del todo necesaria la respiración, así para la vida eterna, que es el resultado de la perseverancia final, es sumamente necesaria la devoción á *María*. Esta soberana Señora, con la multitud indecible de beneficios que nos dispensa, se torna en místico lazo con el cual nos ata para que nos apartemos de la culpa, para que con la gracia perseveremos hasta el fin, y para que lleguemos felices á la eterna gloria. Se

dice de *María* que puso el cimiento de su perfeccion en la plenitud misma de la santidad, y con esto es dado á ella el que los justos no vuelvan atrás, el que adelanten diario en el camino de la virtud, el que practiquen todos los dias nuevos actos de caridad, y el que atados los demonios no los tienten mas allá de sus propias fuerzas. ¡Oh! ¿y cuándo podría yo acabar de referir lo que hace *María* para darnos la vida? ¡Oh si todos los hombres amasen á esta benignísima Señora! ¡Oh si en las tentaciones se acudiera con fiadamente á *María*! Pero como por desgracia en muchos no es así, por esto hay tantos padres descuidados en la educacion de sus hijos; por esto hay tantos hijos ingratos á los memorables beneficios que recibieron de sus padres; por esto hay tantas vírgenes que se exponen á empañar su lirio virginal, y por esto hay sacerdotes no santos, y todo desgraciadamente en número no pequeño. ¡Ah lector carísimo! ¿Por qué cuando nos asalta el mundo con sus máximas, el demonio con sus asechanzas y la carne con sus concupiscencias no imitamos á los polluelos, los cuales apenas ven las aves de rapiña cuando luego acuden presurosos á ocultarse bajo las alas de su madre? Sin duda alguna que así lo hemos de hacer, y así experimentaremos á cada paso que *María* es nuestra vida, porque nos da la vida del cuerpo, nos da la vida del alma, y nos da la felleísima vida de la eterna gloria. ¡Y qué! ¿podrás no ser un perfecto y cabal devoto de *María*? ¿Podrás no honrarla y trabajar con todas tus fuerzas para que sea del mayor número conocida? Ea, ama á *María*, y ámala con todo tu corazon y con todas tus fuerzas; ama á *María*, pero ámala afectuosa y prácticamente; ama á *María*, pero ámala como merece ser amada aquella privilegiadísima criatura que no solo es tu Reina y tu Madre, sino que es tambien tu vida, y vida del cuerpo y del

alma, y es tambien la vida eterna de la gloria. ¡Qué ama, pues, quien á *María* no ama? Lector carísimo, quienquiera que seas, examina tu vida, tus deberes, tu condicion y tu estado, y te verás con muy graves obligaciones que cumplir: ¿y cuántos peligros en el mar tempestuoso de esta vida? Mira por tí mismo, y si no quieres quedar sumergido debes acudir á *María* ya que ella es por excelencia la estrella del mar. Por tanto, en los peligros de pecar, en las fuertes tentaciones, en los funestísimos recuerdos y en el alboroto de toda passion, llama á *María*, acude á *María*, y sea *María* el objeto de toda tu confianza, ya que ella es tu vida de la naturaleza y de la gracia.

30. *Devocion á María como vida.*—En una ciudad, que con razon podria apellidarse de *María*, vivian dos jóvenes tan agraciados en prendas naturales, como perdidos por un amor no santo. Vana cosa seria el explicar que vivian malentretidos: solamente notaremos que era con una passion tan exaltada, que cada uno para el otro era como su vida; y el nombre con que se reconocian era apellidarse mutuamente vida mia. Mas aconteció que sin saberlo uno del otro, asistieron á una funcion solemnísimamente celebrada en honor de la Inmaculada Concepcion, en la cual el predicador, despues de haber presentado tan gran misterio con los mas bellos hechizos, cargó poderosamente contra la mancha de la impureza, y ambos corazones se separaron en aquel mismo instante, se consagraron á *María* y la tomaron por su verdadera vida. Ambos se convirtieron perfectamente, ambos se confesaron y comulgaron, ambos siguieron una vida devota, y por fin se juntaron en el santo matrimonio. Como se habian casado no por fines innobles, sino con el fin nobilísimo de agradar á Dios y de ayudarse mutuamente, *María* Santísima les concedió unos hijos á la verdad santos, y todos juntos for-

maban una casa que era toda dedicada á *María*. Todos los dias se consagraban á tan soberana Señora; y si el marido confesaba que estaba muerto y que la vida del cuerpo y del alma la debía á *María*, lo mismo afirmaba la esposa; y ambos á dos rezaban por la mañana las oraciones del cristiano, hacian un rato de oración mental, casi diariamente oían misa y rezaban á *María* el santísimo rosario. En las vigiliass de las principales festividades se confesaban, ayunaban, hacian algunas limosnas y comulgaban en el dia de la fiesta. ¡Dichosos los casados que á imitacion de este matrimonio están del todo consagrados á *María*, porque sin duda alguna hallarán en ella que es su vida!



CAPITULO VI.

DULZURA.

31. *María es nuestra dulzura*.—Te confieso, lector carísimo, que no puede explicarse la confianza con que acuden á *María* sus fidelísimos devotos. Y no puede ser de otro modo, ¿porque cómo no han de tenerla completísima á esta Madre de piedad? ¡Cómo no se la han de profesar toda entera á esta Virgen sacrosanta? Ellos saben que está llena en su favor no solo de misericordia, si que tambien de una liberalidad inmedible: ellos saben que es tal su compasion que no puede dejar de protegerlos, y que ni todos los demonios son capaces de causar mal alguno á la venturosa alma que es toda de *María*. A vista de esto, digámosle una y mil veces:

salve, salve, *María*; salve, soberana Reina; salve, queridísima *Madre y Madre de misericordia*; salve, *vida* del cuerpo y vida del alma, vida de la carne y vida del espíritu, vida del tiempo y vida de la eternidad. ¡Oh qué consuelo! ¡Qué felicidad tan dichosa! Pero esta crece y se multiplica extraordinariamente al considerar que *María* es tambien nuestra dulzura; y como si dijera, *María* de tal suerte es mi Reina y Madre, mi misericordia y mi vida, que ella sola me llena de un consuelo tan inexplicable, que forma realmente toda mi *dulzura*. Sí: *María* es para sus devotos *toda dulzura*; porque á la manera que la gloria del Hijo es la gloria de la Madre, así la dulzura de la Madre es la dulzura misma del Hijo; y así como Jesucristo es esencialmente dulcísimo, así *María* es por gracia y privilegio la *misma dulzura*. *María* es la misma dulzura en su alma y en su cuerpo, de manera que cada uno de los oficios que nos dispensa se torna por otra parte en raudales de suavísima dulzura; y por tanto, *dulzura* es la mas insignificante de sus tiernísimas miradas, y el mas pequeño ademan de que oye nuestras súplicas: *dulzura* es la vènia que nos hace de que no nos olvida, y las palabras suavísimas que brotan de sus labios: *dulzura* es el último de sus pasos emprendidos para nuestra defensa y el acto de su voluntad con que nos defiende; en una palabra, en *María* todo es dulzura en nuestro favor, y lo son tambien todos los afectos de su corazon bondadoso, y aun lo es y á torrentes el solo nombre de *María*. Por esto tantos devotos suyos repetian siempre *María* y alababan y glorificaban y ensalzaban el santo, santo, santo nombre de *María*. No muy lejos del lugar en donde esto se escribió, vivía una de aquellas almas felices que afortunadamente pueden apellidarse con toda extension verdaderas *hijas de María*. Era una niña que apenas contaba quince años y ya por ventura

suya experimentaba que la Santísima Virgen es tan suave que puede denominarse *la misma dulzura*. Durante sus mas tiernos años se descubrió en ella que repetía con mucha frecuencia *María*, que al hablarle de una imagen cualquiera, ella con un candor y con un fervor indecibles añadía: sí, de *María*. Ella celebraba las fiestas de esta soberana Reina con el mayor esplendor que le era dable, y cubría de besos la hermosa imagen de la Inmaculada Virgen María, que colgada de una cinta pendía de su cuello. Su devoción hácia *María*, al paso que era muy tierna, era en gran manera sensible, y era ademas extremadamente sólida, porque habiendo sido probada por medio de un fuerte dolor que experimentó por mucho tiempo en sus ojos, y que por fin le hizo perder del todo la vista hasta quedarse completamente ciega, sin embargo sus labios apenas se desplegaron para la queja: se dió á Jesus y á María con nuevo fervor, y acabó dando gracias á su tierna Madre por haberle quitado la facultad de la vista. Ya se deja ver que en este estado hizo muy rápidos progresos en la virtud, y que llena de merecimientos fué á disfrutar con *María* los inmensos efectos de su divina dulzura.

32. *Asistiéndonos en la hora de la muerte.*—Yo te llamo la atencion, lector carísimo, en lo que voy á decirte, para que comprendas bien cómo *María* es nuestra dulzura, asistiéndonos en la hora de la muerte. No solo suaviza la aspereza de este amargo trago, no solo quita las circunstancias que podrian llenarnos de tristeza, no solo ahuyenta nuestros terribles enemigos con la menor de sus miradas, sino que aun nos da á gustar suavísima dulzura, derramando en nuestro corazon el místico almibar de su amor. ¡Oh devotos de *María*! ¡y cuán felice sois! Porque *María*, la dulce *María* os asistirá en la hora de vuestra muerte. Los amigos se-

gun el mundo, lo son mientras el amigo tiene su asiento entre los brazos de la fortuna; mas cuando ocupa su lugar la terrible desgracia, luego lo abandonan á sus propias miserias; y á la manera que el santo Job quedó desamparado de todos, así quedan ordinariamente los que confían en el mundo. Mas no acontece esto con los fidelísimos devotos de *María*, porque ellos tienen en su Señora su verdadera amiga; y si los asiste en todos los peligros, lo hace de un modo todo especial en la mayor de las necesidades que es en la hora de la muerte. En este momento tan decisivo los asiste con tanto empeño, que no sabe dejarlos ni por un momento, y hace que se verifique en los moribundos que le han sido devotos, el que les sea *toda dulzura*; y al modo que es vida nuestra durante el tiempo de nuestro destierro, así se torna *toda dulzura* en la hora de la muerte. Nadie debe extrañar que *María* asista á sus devotos, porque este oficio le pertenece de un modo especial, ya por la piedad que caracteriza su bondadoso corazon, que le hace sentir como propias las necesidades ajenas, ya porque adquirió la gracia de asistir á los predestinados desde que tuvo la dicha y el dolor de asistir á la muerte de Jesus. La creencia de la Iglesia sobre este punto, es que *María* lo hace verdaderamente, y por esto ha querido que se lo recordáramos sin cesar al decirle que ruegue por nosotros pecadores en la hora de nuestra muerte. ¡Oh devotos de *María*! ¡y cuán dichosos sois! ¡Qué beneficio tan consolador! En la muerte, en el momento terrible de la muerte, *María*, la tiernísima Madre mia será de tal suerte mi compañera inseparable, que se tornará *toda dulzura*. Para que te convezas mejor que *María* es *toda dulzura* para sus devotos en la hora de su muerte, has de saber que todo cuanto ella es, todo lo emplea en favor de los moribundos; y si el diablo los ataca con toda la violencia

de que es capaz, claro está que *María* los defiende con toda su proteccion. Así es que podemos asegurar, que en la hora de la muerte si hemos sido devotos de *María*, ella nos defenderá de modo que sea *nuestra dulzura*. Ea, pues, lector carisimo, si en aquel momento se encuentra tu corazon como en mar tempestuoso, mira á la divina luz de *María*: si el conjunto de grandes tribulaciones te ataca, defiéndete con *María*: si las olas de la soberbia, ambicion y detraccion te embisten para sumergirte hasta el abismo, llama á *María*: si la memoria de pasados crímenes te conturba, nombra á *María*: si la fealdad de una conciencia horriblemente manchada te entristece, repite *María*; y si el temor del terrible juicio, y los brazos horrorosos de la desesperacion te aprisionan y te atan, clama, clama á *María*. Tomemos la resolucion de ser todos de *María*, de saludarla diariamente con la *Salve*, y aun de repetirla tres veces al dia, para que tengamos una buena y santa muerte.

33. *Defendiéndonos de los enemigos*.— Verdaderamente es una cosa imposible el querer explicar las angustias de los moribundos, porque ellas parten de los crueles remordimientos de los pecados pasados, del horror que inspira el tener que presentarse delante de Dios, y de la incertidumbre amarguísima que brota de la sentencia que ha de pronunciarse; pero angustias que son mas mortales aún, por las tentaciones del diablo. En efecto: en esta hora trabaja el maligno con tanta mayor fuerza, cuanto se le acaba el tiempo y se multiplican los tentadores, de suerte, que podemos decir sin exageracion, que llenan el aposento. ¡Qué será de nosotros en aquella hora! Felices si hemos sido devotos de *María*, porque ella será para nuestras almas *la mayor dulzura*. De San Andrés Avelino se cuenta que en la hora de su muerte, fueron á tentarle

diez mil demonios, y con todos ellos tuvo que sufrir la mas terrible pelea. Figúrate lo que pasaria en su espíritu, por lo que se veía en lo exterior: porque dice su vida, que se puso á temblar en todos sus miembros; que su agitacion era extrema; que de sus ojos manaba un rio de amarguísimas lágrimas; que su cabeza daba violentos golpes en todas direcciones, y que su rostro quedó completamente negro.

¡Qué te parece, lector carisimo! Con todo: era un santo el que así moria. Mas él como fiel devoto de la Santísima Virgen no dejó de clamarla ni un momento; y *María*, despues de haberlo asistido con su gracia, se le apareció del modo mas consolador, y espirando apaciblemente entregó su bendita alma en sus manos sacrosantas. ¿Quién no será devoto de *María*? ¡Oh cuánto nos conviene asegurar aquella hora! Solo una vez hemos de morir, y solo muriendo bien seremos eternamente felices. Mas si por nuestra fortuna tenemos á *María* de nuestra parte, ya nada hemos de temer; ya todo tenemos que esperarle, y hemos de estar bien persuadidos que en la hora de la muerte todo nos irá bien. Tomemos la práctica santa de rezar diariamente tres *Salves*, pidiéndole á *María* una buena y santa muerte.

Si contemplamos al santo rey David temeroso de la muerte, lo veremos poniendo su confianza no en las gracias que habia recibido, ni en las obras fidelísimas y costosísimas que habia ejecutado, ni en ser uno de los ascendientes mas gloriosos del Mesias, sino poniéndola en las futuras súplicas que esta buena Madre habia de hacer en su favor. *No, clama, no temo las angustias de esta hora, porque la vara y el báculo de María formarán todo mi consuelo*; porque sin duda alguna ella es la poderosa vara con la que quedan neutralizadas las violencias todas del infierno. Siendo esto así, si *María* está en favor de una alma, ¡quién po-

drás cosa alguna contra ella? Te aseguro, lector carísimo, que si eres verdadero devoto de *María*, tendrás una buena y santa muerte; y aunque te asaltare todo el ejército de demonios, se verá obligado á confesar que nada puede contra tí, porque eres el defendido por la inmaculada y divina *María*. ¡Feliz devocion que te hará llegar á esa hora de modo que vivas y mueras bien! ¡Oh felices trabajos los sufridos por *María*! ¡Oh bien pagadas mortificaciones las emprendidas por *María*! ¡Feliz devocion, que lleno de consuelo te hará decir á la siempre dulce Virgen *María*: *Gracias te sean dadas, oh amantísima Madre mia, porque habeis venido á ayudarme en la hora de mi muerte, y me habeis labrado una eterna felicidad.* No te descuides en rezar todos los días antes de acostarte tres veces la *Salve*, pidiendo á la inmaculada y divina *María* una buena y santa muerte.

34. *Y en el mismo tribunal de Dios.*—A la manera que Satanás envía á los mas terribles demonios en el tribunal de Dios, para perder á todos los que son juzgados, así *María* envía el torrente de todas sus gracias para defender á cuantos la han invocado; y los defiende con tan buen acierto, que jamas condenará el Divino Juez á una alma patrocinada por su Madre. No quiero decir con esto que despues de la muerte haya mérito ó demérito, ni tampoco que *María* pueda salvar á una alma que muere en pecado, porque esto ni Dios mismo lo puede hacer; porque si esencialmente es bondadoso, esencialmente es tambien justísimo. De lo cual resulta, que lo que se dice de algunos casos en los cuales se afirma que *María* Santísima salvó con su intercesion á algunos que habian muerto en pecado, debe entenderse de modo que ó la muerte no fué verdadera sino aparente, ó que si hubo verdadera muerte no fué la final, sino tan solo pasajera co-

mo aconteció con Lázaro. Lo que hace la Santísima Virgen es, que antes de morir los convierte completamente, y se presentan delante de Dios aborreciendo el pecado y amando la virtud; y por tanto, de modo que pueden ser justificados. Cuando la muerte es aparente, por medio de alguna vision ó locucion los llena de grandes temores, y este temor santo es el principio de toda santidad y de su salvacion verdadera.

Cuéntase en la vida de Santa Brígida, que su hijo *Cárlos* vivía tan olvidado de Dios, que no hacia mas que ofenderlo con los mas espantosos crímenes de una vida licenciosa. Habiendo caído gravemente enfermo y muerto sin confesion, la Santísima Virgen lo presentó al Juez Supremo, y abogó tan bien por él que lo salvó. Este hecho no quiere decir que *María* salvase al que murió con la muerte final y estando en pecado, porque esto, repetimos, ni Dios puede hacerlo; pero sí afirmamos que *María* lo salvó, sugiriéndole en sus últimos momentos actos vivisimos de fé, de verdadera esperanza y de muy ardiente caridad, é hizo que creciera tanto en el amor de Dios, que detestando absolutamente todo pecado, al fin se salvó.

Solo bajo estos dos puntos de vista se comprende lo que quieren decir los devotos de *María*, cuando afirman que los defenderá en el mismo tribunal de Dios. ¡Quién no será devoto de *María*! ¡Oh bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados; bienaventurados los devotos de *María* que lloran todas sus infidelidades, porque ellos serán consolados con la posesion de la gloria! ¡Oh qué bueno es ser devoto de *María*! ¡Qué bueno ver en *María* la mas tierna Madre! ¡Y qué bueno vivir de modo que uno muestre que es su hijo! Es cierto que *María* asiste de un modo especial á las almas inocentes, y así vemos que *Teresa de Jesus*, *Pedro de Alcántara*, *Juan de Dios* y *Luis Gon-*

zaga, tuvieron una muerte dulcísima en los brazos de *Maria* su Madre; pero tambien lo es que ha concedido semejantes gracias á grandes pecadores, y así vemos á San Agustín, á *Maria* Egipcíaca y á muchos otros que murieron santamente por intercesion de la Santísima Vírgen, no obstante sus antiguos pecados. ¡Qué gracia no podrás esperar de *Maria*, lector carísimo! Mira, ella es toda dulzura, así como es toda esperanza, toda misericordia y toda bondad. Es toda dulzura, y si lloras desde ahora todas tus infidelidades, hará que en la hora de tu muerte, mueras justa y santamente delante del Señor. Repite á este fin tres veces al día: ¡*Oh Maria concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos!*

UNIVERSIDAD DE LEÓN

CAPITULO VII.

ESPERANZA NUESTRA,
DIOS TE SALVE.

35. *Maria es nuestra esperanza.*—Antes de explicarte, lector carísimo, los efectos de *Maria* hácia nosotros considerada como esperanza nuestra, es conveniente que expliquemos bien lo que predica la Iglesia de la Santísima Vírgen al apellidarla nuestra esperanza. Hay dos especies de esperanza: la una termina en la misma persona en que se espera, y bajo este punto de vista, solo Jesucristo es la esperanza nuestra; la otra es la que no termina en la persona en la cual se espera, sino como un medio para alcanzar lo que deseamos: de un modo semejante al que espera de un ministro que

le alcanzará de su rey la gracia que le pide. Bajo este punto de vista, y no mas, es *Maria* la esperanza de los cristianos; y este es el sentido de la Iglesia cuando pone en boca de los fieles, dirigiendo á *Maria* el *Esperanza nuestra, Dios te salve.* Y no puede ser de otro modo, porque *Maria* solo es criatura, aunque sea la mas privilegiada y aunque pueda lo que Dios puede; pero solo lo puede por gracia y privilegio. Y así como la luna por bella, por excelente y por grandiosa que aparezca no es por luz propia, sino por la luz que recibe del sol, así *Maria*, por mas que se la considere llena de gracia, teniendo consigo el Señor y bendita entre todas las mujeres, no es por mérito propio, sino por la gracia que le ha sido comunicada por el divino Sol de Justicia. ¡Oh qué grande es *Maria* así considerada! Es la única criatura: es la sola entre los descendientes de Adán: es nuestra verdadera esperanza. ¡Oh *Maria!* Dios te salve, *esperanza nuestra*, llena de gracia, Dios te salve, derrámala en favor de todos tus devotos con la profusion que conviene á tu dignidad, y alcanza de tal suerte el perdon á los culpados, la salud á los enfermos, la fortaleza á los pusilánimes, el consuelo á los afligidos, el socorro á los necesitados, y á todos tales aumentos de gracia, que muestres prácticamente que tú eres nuestra esperanza. A la manera que Jesucristo fué el Salvador de los ángeles en fuerza de la gracia preveniente que les aseguró en la posesion de la gloria, así *Maria* bajo este punto de vista fué tambien su esperanza; y lo fué de Adán en toda su vida de 930 años; y lo fué de Seth en toda su vida de 912 años; y lo fué de Enós en su vida de 905 años; y lo fué de Matusalem en su vida de 969 años, y lo fué de todos los Patriarcas y Profetas, y de todos los que es salvaron en el Antiguo Testamento; porque así como nadie ha podido salvarse sino mediante la fé en el futuro Reden-

tor, así nadie pudo salvarse sin tener su esperanza en *María*; esperanza necesaria que le señaló el mismo Dios al decir á la serpiente: *La mujer, es decir María, quebrantará tu cabeza.* ¡Oh *María*, tú eres mi única esperanza! ¡Tú me convidas con la alegría, al paso que Eva me sumió en el llanto; tú me llevaste en tu vientre virginal con un gozo indecible, así como Eva me sumergió en las lágrimas; tú me conferiste la inocencia, á la manera que Eva me legó el pecado; tú, en fin, dándome á Jesus me diste la esperanza, al paso que Eva me llenó de los males todos que encierra el pecado original. ¡Oh *María concebida sin pecado, tú que has sido nuestra verdadera esperanza y lo eres todavía, rogad por nosotros que recurrimos á vos.*

36. *Lo es de todos los cristianos.*—¡Qué consuelo para los cristianos! ¡*María* es nuestra esperanza! Y lo es tanto, que todos los que esperan en ella no serán confundidos, porque en este mundo recibirán de Dios mil y mil beneficios, y en la otra la gloria eterna. Llámosla nuestra esperanza, persuadidos que es el todo de nuestras cosas; apellidémosla esperanza nuestra, ya que nos hace confiar en Dios y temer por nuestros pecados. ¡Qué hermosa es *María*, lector carísimo! Mírala. . . ¡ah! es la única, es la sola verdadera Madre de la santa esperanza. Dios te salve, esperanza de mi alma, salud cierta de los cristianos, ayuda de todos los fieles y bálsamo universal de todo el mundo, Dios te salve. *María* necesariamente ha de ser la esperanza de todos los cristianos, porque nadie puede salvarse sino por medio de su intercesión. Dios te salve, esperanza nuestra, ya que eres nuestro único refugio y nuestro socorro y amparo.

Contempla, lector carísimo, la determinación que Dios tomó para que *María* Santísima fuese nuestra única esperanza: redimió el mundo es verdad; pero el

precio todo de la redención lo puso en las manos de *María*, á fin de que ella y solo ella fuese despues de Jesus el objeto de nuestra esperanza; lo cual nos hace concluir que lo es de tal suerte, que no hay bien, ni auxilio, ni gracia que no venga por el conducto de *María*. ¡Oh *María*! ¡y cuán necesario nos es el que siempre pensemos en tí! ¡Cuán indispensable el que tú seas toda nuestra esperanza! ¡Y cuán amable y agradecida eres para aquellos que en tí confían! ¡Oh *María*! tú eres mi única esperanza, y por esto en mis dudas me iluminarás y en todos mis peligros serás mi socorro. ¡Ah! Dios te salve, *María*, esperanza nuestra, Dios te salve: tú eres la fuente de todos los bienes, tú el consuelo en toda aflicción, tú mi segura guía en los caminos de mi vida, tú mi fortaleza en los combates, tú la riqueza en mi extrema miseria, tú mi libertad en el cautiverio de la culpa, tú el alivio en mis dolores, y tú en suma, toda mi esperanza para alcanzar la felicidad en esta vida y en la patria celestial. ¡Cómo! ¡*María* podría ni por un momento dejar de ser toda nuestra esperanza! Ciertamente que no: porque solo apellidar á la Virgen Madre *María*, es como si la denomináramos la Señora de ambos mundos, y Señora de la naturaleza y de la gracia. Decir *María*, es llamarla estrella misteriosa del borrascoso mar de este mundo: y tan divinamente se le adapta, que así como la estrella nos envía la luz sin menoscabo de su claridad, así esta escogida entre las vírgenes nos parió á la luz verdadera, quedando al mismo tiempo la intégrrima. Llámarla *María*, es presentárnosla como la misteriosa estrella de Jacob, cuyos rayos iluminan al universo mundo, cuyo esplendor es la luz del cielo, y penetra los infiernos, y recorre todas las naciones, y eleva los entendimientos, y fomenta las virtudes, y acaba con los vicios, y se nos presenta como ejemplo perfectísimo que

nos dice que para ser santos solo hemos de hacer lo que ella hizo: tan hermosa, tan excelente, tan privilegiada es *María*. ¡Y podría, ni por un momento, dejar de ser toda nuestra esperanza?

De la sabiduría decía Salomon que juntamente con ella le habian venido todos los bienes; y tratándose de *María* puedo yo afirmar que no solo nos han venido todos los bienes de la tierra, si que tambien tenemos en ella misma la esperanza de los bienes de la gloria. ¡Ah si pudiéramos prácticamente en *María* toda nuestra esperanza, ciertamente que no quedaríamos confundidos! Porque, ¿cuántos pecadores no han encontrado por su mediación la gracia? ¿Cuántos herejes la fé verdadera? ¿Cuántos malvados el dolor de sus extravíos? ¿Cuántos soberbiamente orgullosos, la humildad mas profunda? ¿Cuántos iracundos, la mansedumbre mas bella? ¿Cuántos tibios, el debido fervor? ¿Y cuántos fervorosos una santidad mas perfecta? ¿Somos pecadores, lector carísimo? Pues ahí tenemos á *María*. Dios nos ha redimido, pero el fruto de la redencion no nos lo aplica sino por medio de *María*. Quiere que acudamos á ella; quiere que la veamos como el digno objeto de nuestra esperanza; quiere que la veneremos como á su Madre, y lo quiere de tal modo, que á la manera que nada nos concederá separados de *María*, así no nos negará cosa alguna que se la pidamos por su intercesion. ¿Quién, pues, no pondrá toda su esperanza en *María*?

37. *Y principalmente de los grandes pecadores.*— Las conversiones que se han obrado por la intercesion de *María*, son verdaderamente innumerables, no sólo porque no hay pecador que no haya recibido las gracias de *María*, si que tambien porque pone sus glorias en convertir á los mas endurecidos; lo cual nos hace afirmar que aun los mas obstinados cuando se convier-

ten, es por un efecto de la esperanza que tenían en *María*. La Iglesia, para enseñarnos esta verdad y hacer que la profesen todos los cristianos, exhorta á todos á que la apelliden *el refugio de los pecadores*. ¡Qué hermoso título y qué consolador! ¡*María el refugio de los pecadores!* como si dijera: así como en las naciones antiguas habia ciertas ciudades de refugio establecidas en favor de los criminales, de modo que los que se acogian á ellas no podian ser castigados; así *María*, es la señalada ciudad de refugio de todos los cristianos que culpables han quebrantado la ley de Dios; pero de tal suerte, que los que en ella entraren no solo alcanzarán el perdon de sus pecados, si que tambien quedarán enriquecidos con los inmensos tesoros de la gracia. ¡Oh *María!* Dios te salve, esperanza nuestra, refugio de los pecadores, asilo de los mas criminales, y Madre verdadera de aquellos que arrepentidos han puesto en tí toda su esperanza. ¡Ay de mí! Madre mia, he pecado: perdido hé la inocencia. ¡Qué desgracia la mia! ¡mi infelicidad es la mayor infelicidad! Mas ¡oh corazón bondadoso el de Dios! Me ha dado á *María*, y juntamente con ella mi esperanza. ¡Oh *María!* ya que soy el mas miserable, el mayor pecador y el mas ingrato, yo pongo en vos toda mi confianza, y sé de cierto que no quedaré confundido.

Refiere la Santa Escritura que quando Rebeca quiso que los derechos de la primogenitura de Esaú pasasen á su querido Jacob, le mandó que le trajese dos cabritillos, y se los aderezó con tales guisos que fueron completamente del gusto de Isaac. Ahora bien: á la manera que Rebeca es figura de *María* é Isaac de Jesucristo, así los cabritillos lo son de los pecadores: y la divina Rebeca dice á los ángeles, representados por Jacob: *Traedme pecadores, y yo los guisaré con tales condimentos que excederán en sabor á los mismos*

justos, y serán del todo agradables á mi Hijo santísimo: tan cierto es que mas de cuatro pecadores llegan á una santidad muy admirable. Otra razon para probar que *María* es la verdadera esperanza aun de los mas criminales pecadores, es considerarla como la mística arca de la nueva alianza. Porque así como en el diluvio entraron en el arca que fabricara Noé toda especie de animales, así en el corazon de *María*, arca divina fabricada por Jesucristo, tienen entrada libre los mayores pecadores: con la notable diferencia, que en aquella salieron como entraron; al paso que en ésta, los que eran tigres por su vida culpable, salen por la justificacion con la hermosura de blancas palomas. ¿Qué ama, pues, quien á *María* no ama? ¿Qué espera quien en *María* no espera? Ten por cierto, lector carísimo, que no hay pecador, por grande que sea, por sórdido que sea, por abominable que sea; no hay pecador, digo, que poniendo en ella su confianza, no lo saque del abismo de sus miserias; Convento que los ángeles operan grandes conversiones, y que las hacen tambien los hombres apostólicos, los esfuerzos de la Iglesia, las oraciones de los santos, el fervor de los sacerdotes, la inocencia de las vírgenes, la mortificacion de los confesores, y la piedad de los monarcas; pero debes confesarme tambien que todo esto es efecto de la proteccion de *María*, y que las mayores conversiones se las reserva para sí, atestiguando de este modo á la faz del universo, que ella es toda nuestra esperanza. Por esto se le apellida la esperanza de los pecadores, de los mas delincuentes y de los mismos desesperados: por esto se la llama refugio de los culpados, y puerto seguro de los naufragos. ¡Oh serenísima Madre mia! ¡Oh soberana y divina Señoral! ¿Quién no esperará en vos? ¡Oh *María*! Salve, salve, esperanza nuestra: y de un modo todo especial, esperanza mia, Dios te salve.

CAPITULO VIII.

A TI CLAMAMOS LOS DESTERRADOS HIJOS DE EVA.

38. *Explicacion de la Salve.*—Los siete capítulos que anteceden, lector carísimo, los hemos empleado en exponer un poco lo que es *María* relativamente á nosotros, y la hemos visto nuestra Reina y nuestra Madre, nuestra vida, nuestra dulzura y toda nuestra esperanza. ¡Oh feliz el cristiano que así la conoce! porque no podrá menos que adorar á esta Santísima Virgen *María*; y de un modo especial su corazon sacrosanto, que fué la delicia del Eterno Padre, el descanso del divino Hijo, y el tabernáculo del Espiritu Santo. Sí, adoremos este corazon humiladísimo tres veces inmaculado, y deificado en cuanto es dable, con cien torrentes del mas puro amor; pues á esta soberana Señora es á quien *clamamos los desterrados hijos de Eva*. ¡Ah! qué diferencia entre *María* y nosotros, entre corazon y corazon, entre pensamientos y pensamientos, entre deseos y deseos, y entre acciones y acciones! *María* es todo lo bueno: nosotros todo lo malo: su corazon todo amor de Dios: el nuestro todo amor propio: sus pensamientos todos puros, santos é inmaculados: los nuestros rastreando por este suelo de pecado: sus deseos son el cielo y la salvacion de las almas: los nuestros se alimentan en la tierra y en la propia perdicion: en suma, las acciones de *María* son las mas semejantes á las de Jesucristo, al paso que las nuestras son terrenas y

justos, y serán del todo agradables á mi Hijo santísimo: tan cierto es que mas de cuatro pecadores llegan á una santidad muy admirable. Otra razon para probar que *María* es la verdadera esperanza aun de los mas criminales pecadores, es considerarla como la mística arca de la nueva alianza. Porque así como en el diluvio entraron en el arca que fabricara Noé toda especie de animales, así en el corazon de *María*, arca divina fabricada por Jesucristo, tienen entrada libre los mayores pecadores: con la notable diferencia, que en aquella salieron como entraron; al paso que en ésta, los que eran tigres por su vida culpable, salen por la justificacion con la hermosura de blancas palomas. ¿Qué ama, pues, quien á *María* no ama? ¿Qué espera quien en *María* no espera? Ten por cierto, lector carísimo, que no hay pecador, por grande que sea, por sórdido que sea, por abominable que sea; no hay pecador, digo, que poniendo en ella su confianza, no lo saque del abismo de sus miserias; Convengo que los ángeles operan grandes conversiones, y que las hacen tambien los hombres apostólicos, los esfuerzos de la Iglesia, las oraciones de los santos, el fervor de los sacerdotes, la inocencia de las vírgenes, la mortificacion de los confesores, y la piedad de los monarcas; pero debes confesarme tambien que todo esto es efecto de la proteccion de *María*, y que las mayores conversiones se las reserva para sí, atestiguando de este modo á la faz del universo, que ella es toda nuestra esperanza. Por esto se le apellida la esperanza de los pecadores, de los mas delincuentes y de los mismos desesperados: por esto se la llama refugio de los culpados, y puerto seguro de los naufragos. ¡Oh serenísima Madre mia! ¡Oh soberana y divina Señoral! ¿Quién no esperará en vos? ¡Oh *María*! Salve, salve, esperanza nuestra: y de un modo todo especial, esperanza mia, Dios te salve.

CAPITULO VIII.

A TI CLAMAMOS LOS DESTERRADOS HIJOS DE EVA.

38. *Explicacion de la Salve.*—Los siete capítulos que anteceden, lector carísimo, los hemos empleado en exponer un poco lo que es *María* relativamente á nosotros, y la hemos visto nuestra Reina y nuestra Madre, nuestra vida, nuestra dulzura y toda nuestra esperanza. ¡Oh feliz el cristiano que así la conoce! porque no podrá menos que adorar á esta Santísima Virgen *María*; y de un modo especial su corazon sacrosanto, que fué la delicia del Eterno Padre, el descanso del divino Hijo, y el tabernáculo del Espiritu Santo. Sí, adoremos este corazon humiladísimo tres veces immaculado, y deificado en cuanto es dable, con cien torrentes del mas puro amor; pues á esta soberana Señora es á quien *clamamos los desterrados hijos de Eva*. ¡Ah! qué diferencia entre *María* y nosotros, entre corazon y corazon, entre pensamientos y pensamientos, entre deseos y deseos, y entre acciones y acciones! *María* es todo lo bueno: nosotros todo lo malo: su corazon todo amor de Dios: el nuestro todo amor propio: sus pensamientos todos puros, santos é immaculados: los nuestros rastreando por este suelo de pecado: sus deseos son el cielo y la salvacion de las almas: los nuestros se alimentan en la tierra y en la propia perdicion: en suma, las acciones de *María* son las mas semejantes á las de Jesucristo, al paso que las nuestras son terrenas y

mundanas. Siendo tal nuestra miseria, con razon nos exhorta la Iglesia á que digamos á *María: á ti clamamos los desterrados hijos de Eva.* Le clamamos: como si dijera, le pedimos con grande instancia; y le pedimos no riquezas, ni honores, ni los bienes de fortuna, sino que le pedimos lo celestial y los eternos bienes. Mas si tenemos en *María* quien puede enriquecernos, ¿por qué hay tanta miseria espiritual entre los cristianos? Porque apenas se encuentra quien de corazon pide á *María*: porque solo le pedimos á medias; y porque al paso que somos muy solícitos para lo temporal, somos tambien muy tibios para lo eterno. En la misma ciudad en donde el autor escribia, hubo una madre que tenia tres hijas, y como habia quedado viuda en la flor de sus años, se vió obligada á entregarse á un trabajo muy improbo, á fin de darles juntamente con el alimento, una educacion cristiana. Todas tres hermanas crecian en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres, y se veian grabadas en sus frentes todas las señales de la inocencia. Cuando hé ahí que la hermana menor, en fuerza de unas conversaciones no santas con otras compañeras de su edad, comenzó á disgustarse de la vida cristiana que llevaba en su casa, quiso vestirse segun las modas del día; presumia y deseaba agradar á los demas, y admitiendo en su mente pensamientos no santos, corrompió su corazon completamente. De ahí es que un día se fugó de su casa, y siguiendo los consejos de sus perversas compañeras, comenzó á vivir del pecado. Así estuvo muchos años: la desgraciada ya no pecaba por gusto ni por placer, sino únicamente por compromiso y por la sed del dinero. Enfermó gravemente por su misma deshonestidad: no quiso confesarse, y su corazon endurecido se habia hecho impenetrable. Sabedoras sus hermanas de su próxima muerte la visitan, le enseñan la Inma-

culada Concepcion que en sus tiernos años tanto habia adorado, se abraza con la medalla milagrosa, llora todas sus iniquidades, se confiesa con un grande dolor, y hace voto á la Santísima Virgen *María* en su Concepcion inmaculada, de vivir siempre casta si le restituia la salud, y á los pocos dias se encontró buena y sana. Desde entonces dejó todas las vanidades, se dió á Dios ganando lo necesario para su sustento con el sudor de su rostro, y todos los dias repetia con mucha frecuencia la *Salve* é invocaba á *María* con una devocion toda singular cuando decia: *A ti clamamos los desterrados hijos de Eva.*

39. *La Iglesia nos exhorta á clamar á María.*—Si consideramos lo que somos, bien pronto nos convencemos de las poderosas razones que obligan á la Iglesia para exhortar á sus hijos que clamen á *María*: porque á la manera que como dice el proverbio: por mas que la mona se vista de seda, mona se queda; así por mas que te halles muy rico, en gran manera honrado, en desempeño de los primeros puestos, y aunque ciñesen tus sienes la corona, la mitra ó la tiara, con todo, siempre eres desterrado hijo de *Eva*, siempre eres reo ante Dios de la culpa de origen, siempre condenado á la pena que mereces por el pecado, y siempre destituido de la patria celestial. Pero, ¡oh bienaventurado el que en medio de tantas miserias, siguiendo el consejo de la Iglesia acude á *María*! ¡Feliz, mil veces feliz! porque acudiendo á la gran Madre de Dios, encuentra en ella todo su refugio. ¡Oh *María*! tú eres la puerta del cielo, y necesitamos tanto de tus socorros, que sin estos auxilios es imposible salvarnos. La Iglesia, que está bien convencida de esta verdad, nos hace repetir continuamente este clamor santo, estableciendo para este fin un culto todo especial. Por esto ha determinado que todas las fiestas de la Santísima Virgen se

celebren todos los años; que en cada uno de los meses se la honrara con alguna fiesta especial; que completa y absolutamente se le dedicara el venturoso Mayo; que en cada una de las semanas se le consagrara el día del sábado, y que tres veces en todos los días fuese saludada con las palabras del arcángel. ¡Y todo esto para qué? Porque quiere que los cristianos celebren continuamente las glorias de su Madre; y porque es un sentimiento como innato que experimentamos los católicos de consagrarnos del todo á ella, y de invocarla fervientes en las mayores necesidades. Y nota bien que no se hace esto porque *Maria* mendigue nuestras miserables alabanzas; sino porque nosotros necesitamos de sus auxilios.

A vista de esto, lector carísimo, yo te recomiendo que tres veces al día saludes á la Santísima Virgen con las oraciones conocidas con el nombre del *Angelus*. . . y reces cinco Salves á honra y gloria del nombre de *Maria*: que todas las semanas le consagres el sábado, en cuyo día procurarás leer algun libro que trate de las excelencias de la Santísima Virgen; que cada mes te confieses y comulgues en la festividad de *Maria* Santísima, y que el mes de Mayo se lo consagres de un modo especial, procurando pasar todo el mes aprendiendo las virtudes en la escuela de *Maria*: feliz serás si así lo haces, porque ciertamente te santificarás.

40. *Así que la invocamos nos socorre.*—Cuanto hemos dicho en este librito, son otras tantas pruebas de que *Maria* nos socorre, así que la invocamos. Y no puede ser de otro modo: porque, ¿cuándo una reina benignísima ha dejado de socorrer á sus privados? ¡Y quién mas reina que *Maria*? ¡Y quién mas privado de esta gran Reina que el fiel cristiano que con toda reverencia la saluda con la Salve? ¡Y cuándo una tier-

na madre ha abandonado á su hijito? ¡Y quién lo es mas que *Maria* que por esto fué Madre de Dios, para que pudiese ser tambien nuestra Madre? ¡Y quién manifiesta mejor que es su hijo, que aquel que con el debido espíritu le dice: *Dios te salve, Reina y Madre*? Además, *Maria* es nuestra esperanza y aun es nuestra vida; ¡y podrá no socorrernos si la invocamos? A vista de esto, bien podemos decir que el grande objeto de la Salve, es hacernos saber que seremos socorridos de *Maria* cuantas veces la invoquemos. ¡Ah lector carísimo! ¿cuántas veces una sola Salve ha obrado una conversion? ¿Cuántas ha impedido grandes crímenes? ¿Cuántas ha conservado la inocencia bautismal? ¿Cuántas ha logrado poderosas victorias contra el infierno? Todos los santos han sido grandemente tentados, y han vencido con la invocacion á *Maria*.

Valga entre mil casos el de San Francisco de Sales, de quien se dice que á la edad de los 17 años ya era santo; y así lo proclamaban sus estudios y su virtud. Envióle Dios la grande prueba de que se creyese un réprobo, cuya creencia por el grande amor que profesaba á Jesucristo, le hacia padecer tormentos indecibles. Era un jóven muy dado á la oracion; habia gustado las dulzuras de la union con Dios; sentia un afecto siempre creciente hácia Jesus, y á pesar de esto se creia un réprobo. En medio de tales angustias acude á *Maria*, renueva el voto de virginidad, lee con el mayor afecto que le es dable la oracion: *Acordaos, oh piadosísima Virgen Maria*. . . y se lanza confiado en sus divinos brazos. Después de este acto de confianza, como que se quedó dormido rogando á su Madre, y en aquel mismo instante se introdujo la mas asombrosa paz en su corazon: tan cierto es que *Maria* socorre á cuantos de corazon la invocan.

41. *Vuela para socorrernos.*—Mucho es ciertamen-

te saber que la Santísima Virgen nos socorre apenas la invocamos; y esto es mas que suficiente para que le profesemos una devocion toda singular. Pero yo deseo que sepas más, porque esta soberana Señora nó solo socorre, sino que vuela para repartirnos sus auxilios; y lo hace con el mayor gusto imaginable. En efecto, ¿no es ella la mas semejante á Jesus? Luego ha de otorgarnos su misericordia como Jesus; y al modo que Jesucristo vuela en nuestro favor, así debe volar *Maria* en favor nuestro; y á la manera que Jesucristo cumple fidelísimamente *el pedid y recibiréis, llamada y se os abrirá*, así debe cumplirlo *Maria*; y así como el Padre Eterno nos concede cuanto le pedimos en el nombre de Jesus, así Jesus debe concedernos cuanto le pidamos en el nombre de *Maria*; porque ella vuela entonces para hacernos nuestro negocio. Ahora entenderemos quién es aquella misteriosa mujer que teniendo en sus piés la luna, y hallándose coronada de doce estrellas, apareció con unas misteriosas alas que la trasladaban momentáneamente en donde era necesario. Esta mujer es la Santísima Virgen en el misterio de su Concepcion immaculada, cuyas alas indican las gracias copiosas y extraordinarias que en nuestros días derrama en favor de los fieles que la invocan con aquella su tierna jaculatoria: *¡Oh Maria concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos!* En efecto: *Maria* es nuestra abogada y vuela para socorrernos; y á la manera que las alas figuran la velocidad de los pájaros, así en *Maria* nos representan que ella sola nos socorre con mas premura y acierto que todos los santos y ángeles juntos. Como el mismo Dios desea que queden manifestadas las principales prerogativas de su Santísima Madre, él mismo quiso marcar la que nos ocupa en el Santo Evangelio. Acababa de recibir la Santísima Virgen al Hijo de Dios en sus pu-

rísimas entrañas, é inmediatamente pártete para visitar á su prima Santa Isabel. *¿Y cómo fué? ¿Cómo habia de ir una Virgen tan delicada como Maria? ¿Cómo atravesar el país de las montañas, aquellas plantas que no habian hecho otro camino que andar por el lugar santo? ¿Cómo andar por aquellos riscos aquellos piés que solo habian pisado los umbrales del templo? Claro está que debia de andar despacio y tan poco á poco como exigia la delicadeza de la Virgen. Así habria andado sin duda, si siendo la Madre de Dios, no hubiese sido al mismo tiempo la Madre de los hombres: pero era nuestra Madre, y desde entonces comenzó á volar yendo en ayuda de Juan; y ha continuado y continuará volando en favor de cuantos la invocan. Así con esta ansia desea *Maria* consolarnos á todos: así hasta este punto está pronta para ayudarnos; y aun se ha de afirmar que tiene ella mas deseos de hacernos mercedes que nosotros de recibirlas. ¡Oh! clamemos, clamemos, pues, á *Maria*, y repitamos con singular afecto: *A tí clamamos los desterrados hijos de Eva.**

42. *Y aun nos socorre sin invocarla.*—Para que pongas, lector carísimo, en un todo toda tu confianza en *Maria*, y la saludes frecuentemente con la Salve, y aun le digas con singular afecto: *A tí clamamos los desterrados hijos de Eva*, voy á acabar de exponerte toda su piedad, asegurándote que con frecuencia nos socorre aun sin invocarla. ¡Oh qué bondadosa la piedad de *Maria*! Ni siquiera espera los ruegos, sino que luego que sabe la necesidad, inmediatamente la remedia. ¡Qué consuelo! Alcanzar las gracias aun antes de pedir las: basta que uno las desee, y con solo esto ya vuela para concedérnoslas. Y no creas que esto sea un exceso de devocion, sino que es únicamente la verdad desnuda. Lo vemos en Juan Bautista: *¿cómo habia de pedir una gracia que aun no conocia? ¿Y cómo habia*

de conocerla el que aun estaba en el vientre de su madre? Con todo, hemos visto á *Maria* volando para concederle la gracia. En las bodas de Caná de Galilea, hizo una cosa semejante, porque habiendo observado que se les habia concluido el vino, á fin de librarlos de la confusion, de su propio movimiento y sin ser rogada, pide un milagro, y milagro que hizo Dios; lo hizo por solo su intercesion; lo hizo sin haber llegado la hora, y lo hizo por una cosa que á primera vista parece insignificante. Pues si *Maria* cuando se anticipa á las súplicas es ya tan diligente, ¿qué será cuando se la invoca? Si para los bienes del cuerpo lo hizo tan bien, ¿que será cuando anduvieren de por medio los bienes del alma? ¡Ah! jamas, jamas pecador alguno ha pedido auxilio á *Maria*, que esta divina Madre no se lo haya concedido: aun los mas perdidos y endurecidos, si acuden á su poderoso patrocinio, ciertamente que alcanzarán el auxilio de la gracia. Y sabe, lector carísimo, que muchas veces alcanzarás mas pronto lo que pidas á *Maria*, que lo que pidieres á *Jesus*: no porque *Maria* sea mas poderosa, sino porque *Jesus* le ha dado esta gracia, como la mas singular predileccion que dió á su Madre. Y tambien porque invocando á *Jesus* invocamos al mismo tiempo al que es nuestro Juez, y frecuentemente no acompaña á la súplica toda la confianza debida; al paso que cuando invocamos á *Maria* solo vemos en ella los cariños de la mas tierna Madre: y esto puede hacer muy bien que alcancemos mas pronto lo que pedimos á *Maria*, que muchas de las cosas pedidas á *Dios*. Concluyamos prometiendo saludarla muy devotamente con la oracion: *Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamas se oyó decir que ninguno de los que han acudido á vuestro patrocinio haya sido abandonado; y aun procurar que otros lo recen.*

Tambien te exhorto que todas las noches antes de

acostarte, puesto de rodillas y con las manos juntas ante el pecho, digas á la Santísima Virgen *María* la siguiente

ORACION. * *Virgen y Madre de Dios, yo me ofrezco por hijo vuestro en honra y gloria de vuestra pureza: tambien os ofrezco mis ojos, mis oídos, mi lengua, mis manos, y en una palabra, todo mi cuerpo y mi alma, y os suplico me alcanceis la gracia de no cometer jamas pecado alguno.*

En seguida rezarás tres Ave Marías y Gloria Patri, diciendo al fin de cada una de ellas, y con la mayor devocion que te sea dable: *Madre mia, aquí tenéis á vuestro hijo.*

CAPITULO IX.

A TI CLAMAMOS LOS DESTERRADOS HIJOS DE EVA.

43. *Tentaciones diabólicas.*—El objeto de este capítulo, lector carísimo, es acabar de explicarte la sentencia de la *Salve* que nos ocupó en el capítulo anterior, y que dice así: *A ti clamamos los desterrados hijos de Eva.* Con este clamor que dirigen los cristianos á la Santísima *Virgen*, le piden que se sirva de su poder para que salgan libres de todas las tentaciones. Yo debo recordarte que hay tentaciones que *Dios* permi-

* Por cada vez que se rezare esta oracion, varios prelados de España han concedido 880 dias de indulgencia, y el Exmo. é Illmo. Sr. Arzobispo de México 80.

te y brotan de nuestra misma corrupcion: pero hay otras que Dios permite, y reconocen por autor principal á los demonios: pues para todas estas especies de tentaciones es poderosa nuestra Madre. Toda tentacion es por parte de Dios, segun el apóstol San Pablo, un grande medio para despegarnos mas de este mundo, para santificarnos mas y mas, y para hacer que entremos seguros en la patria celestial: al paso que por parte del demonio es siempre un lazo para precipitarnos al abismo del infierno. Pues *Maria* es un medio eficazmente poderoso para que salgamos ilesos de toda tentacion, porque apenas pone uno en ella toda su confianza, quando se coloca á su lado, lo asiste en todas sus acciones, lo ayuda á practicar actos heróicos de virtud, y acaba con quebrantar completamente la cabeza de la serpiente infernal. De mil y mil hechos que sabemos, y que algunos los hemos recordado en esta obrita, resulta que *Maria* es poderosísima para hacer que no caigamos en tentacion; y esta misma verdad queremos presentar en este capítulo, tratándose de aquellas tentaciones que directamente nos vienen del diablo: el siguiente caso comenzará á confirmar nuestra doctrina. Cuenta la historia que en cierto lugar vivia una mujer casada, que juntaba todas las virtudes del estado virginal y de viudez: al paso que su marido era uno de aquellos monstruos que se entregan voluntariamente á todas las infamias. La mujer lloraba tan gran desventura, y encomendaba á la Santísima Virgen su conversion: pero el desgraciado yacia dormido en los brazos de una fortuna que, demasiadamente risueña, le prodigaba la satisfaccion de todos sus goces. Entretanto le vino una pérdida tras otra pérdida, y casi repentinamente se encuentra acosado de acreedores y perdido ya todo su crédito. Como un abismo llama á otro abismo, el malaventurado

comete el grande crimen de Saúl; y á la manera que éste invocó al demonio por medio de la pitonisa, así él invocó tambien á Satanás, y Satanás se le presenta. El maligno todo se lo promete, y le ofrece no solo pagar todas sus deudas, si que tambien llenarlo de grandes bienes, con la doble condicion de que le entregase á su mujer dentro de muy pocos dias, y á su alma despues de su muerte. Cerrado el contrato, se encuentra repentinamente con muchas riquezas, con las cuales salió de todos sus apuros, y volvió á vivir con la abundancia de antes. Un dia muy de mañana llama á su mujer, y saliendo los dos á caballo, parten al lugar de la cita. La mujer, admirada de una novedad tan extraordinaria, comenzó á llenarse de temor y á hacer fervientes oraciones á la augusta Madre de Dios. En medio de aquellos bosques vieron de repente una capillita en la que adoraban los fieles á la Santísima Virgen: y ora por satisfacer una necesidad natural, ora por descansar un poco de las fatigas del camino, se apearon; y la buena mujer, aprovechando la ocasion, fué á encomendar su camino á su divina Madre. En esta oracion quedóse como dormida, y *Maria*, tomando todas sus formas, sale de la capilla, suben los dos á caballo y á las pocas horas se encuentran en el lugar de la cita: y luego apareciendo el tentador, se dispuso para recibir la presa. En el momento en que el desgraciado marido dijo: ahí tienes á mi esposa; el diablo la mira y exclama huyendo y padeciendo lo mas horrible: me engañaste, me engañaste; esta no es tu mujer, es *Maria* la Madre de Dios. El desgraciado infeliz abre los ojos; reconoce que no es su mujer, marcha á toda prisa á la capillita, la encuentra en el momento de despertar de su sueño, llora amarguísicamente su enorme maldad, confiesa todos sus pecados. . . . y con una vida cristiana comenzó á satisfacer por lo mucho

que debía por sus crímenes: tan cierto es el poder de *María* contra el demonio.

44. *Nos libra de ellas por el poder que le ha dado Dios.*—Permíteme, lector carísimo, que en este número, á fin de que concibas bien que la Santísima Virgen nos libra de las tentaciones del diablo, en fuerza del poder que Dios le ha dado, permíteme, digo, que te la presente como Reina. Ella es no solo la Reina de la tierra, sino que también la Emperatriz del cielo, porque es la augusta Madre del Rey de los reyes y Dominador de los que dominan: pero has de saber además que ella es la Reina de los infiernos, porque así como Jesucristo es el vencedor del pecado y del infierno, así lo es también *María*. Esta verdad es de tal naturaleza, que el futuro reinado de *María* sobre el infierno, lo predijo Dios á nuestros primeros padres, pocos momentos después de su pecado, cuando dijo á la serpiente infernal: *Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya.* ¡Y quién sino *María* fué esta mujer enemiga del infernal dragon, y que había de quebrantar su cabeza? No fué otra que *María* concebida sin la culpa original, que con su humildad perfecta y santa vida derrocó la soberbia diabólica y todos sus crímenes. No dijo el Señor pongo enemistades, sino pondré, para indicar que de la *Eva* pecadora, había de salir una *Eva* que estando sin pecado, había de darnos á todos la vida. *María* es esta mujer fuerte que venció á los demonios y al mismo infierno, y la que por la infinita virtud de su Hijo aplastó la cabeza del infernal dragon. ¡Qué desgracia cuando *Eva* pecó! ¡Ah! nos trajo la muerte y todos los males con las tinieblas del pecado. ¡Qué felicidad la que tenemos con *María*! ¡Ah! nos trajo la vida y la luz verdadera que á todos ilumina. Desde este día feliz ya puede el diablo contra nosotros nada, menos que

nada: tal es el privilegio de un verdadero devoto de *María*; y puede sí contra aquellos que no acuden al patrocinio de tan soberana Reina. ¡Ah! reflexiona el afecto y la confianza con que debes repetir la *Salve*, y especialmente el *á tí clamamos los desterrados hijos de Eva*.

45. *Porque es como un formidable ejército.*—Para que comprendas mejor, lector carísimo, cuán poderoso y acertado medio es el acudir á la Santísima Virgen, para superar todas las violencias del infierno, has de saber que no solo se presenta para los guerreros como un ejército formidable, sino que también para los pacíficos es la mística arca del Señor. Como Reina del infierno, la hemos visto dominando á los demonios y disponiendo de ellos como de otros tantos esclavos; pero hemos de considerarla también tan terrible contra todas las potestades del infierno, que obra siempre eficazmente como un ejército bien ordenado: tan bien combina su poder y misericordia en favor de sus devotos, y tan poderoso es el socorro para cuantos la invocan. Y no lo extrañes, porque la Santísima Virgen es, como Madre de Dios, la singularísima en todos sus privilegios y en todas las virtudes: la única que mas ocupa la mente del Altísimo, después de la sagrada humanidad de Cristo; es la obra mas perfecta que salió de la mano creadora; es la sola que tiene el privilegio de ser Virgen con el gozo de la maternidad, y es tan pura, tan eminentemente casta y tan soberanamente Virgen, que fué digna de ser sagrario del Espíritu Santo, y la habitacion del Hijo de Dios. Por esto es *María* fortísima é invencible como un ejército formidable puesto en orden de batalla. *María* fué humilde, divinamente humilde, con la humildad de su Unigénito, y llena de inocencia y con la plenitud de todas las gracias: por esto derroca á la primera embestida á to-

do el ejército de los demonios. Siendo esto así, bien podemos persuadirnos que cuando el enemigo nos asalte, no hemos de hacer otra cosa que invocar á *María*, estando seguros que juntamente con nuestra defensa, será también nuestra victoria.

46. *Porque es la mística arca del Señor.*—Muy sabido es que los judíos alcanzaban sus victorias por medio del arca santa, y que muchas veces solo con su presencia las lograban muy completas. Jericó era una de las ciudades mas fuertes de los cananeos, y todos sus muros quedaron derribados en un mismo momento, con solo la presencia del arca: y las tropas filisteas, á pesar de ser tan aguerridas, quedaron completamente derrotadas con la presencia del arca.

Estos hechos históricos son otras tantas figuras de las victorias que alcanzan los cristianos contra los demonios, por medio de la mística arca la inmaculada *María*. En el arca se hallaba el maná; en *María* se encontró el maná del cielo que es Jesucristo nuestro Señor: el arca guardaba las tablas de la ley; el corazón de *María* tiene la práctica mas perfecta de la divina ley: los judíos, en fin, teniendo propicia el arca, alcanzaban toda victoria; así los cristianos jamas serán vencidos de los demonios, teniendo en su favor á la siempre Virgen *María*. ¡Oh *María!* tú eres la misteriosa arca del Nuevo Testamento, tú la exaltada sobre los coros angélicos, y tú la poderosa que abatiste y enflaqueciste á todo el poder del infierno. ¡Oh! y cuánto temen los demonios á *María!* Porque á la manera que los ladrones que van á robar lo hacen siempre de noche, y si acaso les amanece en el lugar del robo, luego huyen despavoridos; así los demonios entran en el alma en tiempo de las tinieblas de la ignorancia; mas apenas penetra la luz de la misericordia de *María*, cuando luego abandonan toda su presa: tan

hermosa es esta aurora, que así ahuyenta y destierra á los enemigos infernales.

Supongamos que los demonios acometen á una alma: si esta es devota de *María*, tan pronto como invoca tan soberano nombre, huyen despavoridos: hasta este punto se ve dominado el infierno por el poder de *María*. A la manera que de las vides huyen los animales ponzoñosos, así huyen los demonios de las afortunadas almas que son devotas de *María*. A la manera que el cedro está incorrupto despues de cien y cien años, así los devotos de *María* se conservan ilesos de todo pecado, despues de cien batallas tenidas contra los demonios. ¡Oh y cuánto no le debemos á nuestra adorable Madre! ¡Oh Madre! ¡Oh Madre! ¡Oh amantísima Madre mia!

47. *Porque es la azucena entre las espinas.*—Jesucristo al hacernos el panegirico de su augusta Madre, la apellida en el Cantar de los cantares, *cándida azucena*: como si dijera, es un lirio poderoso que con su candidez columbina se torna pesado martillo de los demonios; y al modo que la azucena es antidoto contra todos los venenos, así la invocacion de *María*, es un remedio singular contra las tentaciones diabólicas. Por consiguiente, lector carísimo, cuando te halles tentado, invoca á *María*: cuando la impureza te asalte, llámala, y con toda confianza dile de corazón: ¡Oh Madre de Dios! si en vos espero, sé de cierto que no seré confundido: mis enemigos serán vencidos, si yo les pongo en la resistencia el escudo de vuestra proteccion; y aun sé de cierto que los venceré indefectiblemente. ¡Oh! repitémoslo con frecuencia, ya que no podemos dudar que con este fin nos ha dado á su Madre! ¡Qué hermosa es *María!* ¡Qué amable! ¡Y cuán oficiosa! ¡Qué quieres que te diga? Yo la veo digna de recibir todas las alabanzas que se han publicado en la tierra en todos

los siglos: la veo cual preciosa margarita destinada á engrandecer al sumamente rico: cual lámpara inextinguible que brillará en eternas claridades; y la veo la corona de las vírgenes, la doctora de la fé y el origen de todas las bendiciones. Por *María* recibe la Trinidad una gloria infinita, y la cruz extiende sus conquistas al universo mundo, y en todo él es adorada. Por *María* los gentiles dejan los ídolos y reciben el Bautismo, la Iglesia se llena de hijos, los pecadores se convierten, los tibios se enfervorizan, los santos se santifican mas, y una paz celestial reina por do quiera. Por *María*, en fin, los cielos se alegran, los ángeles se regocijan, el hombre destinado al infierno por su crimen es llamado á la gloria, y los demonios todos tiemblan pavorosos solo al oír *María*, porque ella es la azucena entre las espinas. Y así como los hebreos en la nube que los acompañaba tenían la sombra que los cubria de los rayos del sol, la luz que los alumbraba durante la noche, y truenos y relámpagos y rayos para acabar con todos los enemigos; así *María* es para los cristianos la misteriosa nube que nos sigue por do quiera, y cual mística sombra nos defiende del ardor de la justicia divina: como rayos sempiternos nos ayuda á derrocar todos los demonios, y como luz divina nos alumbraba. Seamos, pues, devotos de *María*, y así como la cera se derrite con el fuego, de la misma manera el poder del demonio queda liquidado cuando trata de háberse las con ellos. Así queda sin fuerzas el infierno, solo al oír *María*: ea, tén ánimo, *María* es tu apoyo, y *María* es tu defensa, *María* es tu socorro y *María* es tu dulzura: digamos, pues, siempre con amor y afecto: ¡*María, María, María!*

CAPITULO X.

A tí suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.

48. *Explicacion de la Salve.*—A tí suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas: como si dijera, nosotros desterrados hijos de Eva que te hemos invocado para que vinieses á nuestro socorro; nosotros somos los mismos que te pedimos la misma gracia, pero gimiendo y llorando las miserias de este destierro. ¡Ves, lector carísimo, las palabras que la Iglesia pone en la boca de todos sus hijos? Ves hasta qué punto nos considera miserables? Nos supone gimiendo las consecuencias del pecado, y aun llorando amarguissimamente toda nuestra desventura: y tal es nuestra vida mientras los dias de nuestra peregrinacion. Todo es pena y pesar, todo es afliccion y angustia, todo es dolor y tormento, y todo es enfermedad y muerte. La vida se hace pesada: y aquellos mismos que hacen profesion de amarla, acaban frecuentemente con el suicidio: y los buenos cristianos piden á Dios como el santo Job, que los liberte de tanto padecer. Pero la pena de las penas, la duda que es sobre toda duda, es el temor acerca del último fin. ¿Me salvaré? Terrible duda que puede ser el origen de grandes bienes. ¡Ay de mí! Yo sé que he pecado, pero no sé si el Señor me ha perdonado el pecado: yo sé que me he confesado, pero no sé si mi confesion ha sido buena de modo que me haya restituido la gracia. He recibido los Santos Sacra-

mentos, pero aun no sé si soy digno de amor ó de odio. Sé que hago buenas obras, pero ignoro si Dios las recibe y si me las premiará con eterna gloria, ó al contrario si son dignas de castigo. ¡Ah! con cuánta razon hemos de afirmar: *á tí suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.* Esta incertidumbre nos humilla, y abate y anonada; pero feliz incertidumbre que nos hace celebrar las glorias de tan buena Madre. ¡Ah! suspira por *María*: gime por *María*, y por *María* llora de temor y de gozo. ¡Oh! quién viese á *María*! ¡Quién la hablase y la poseyese! Es el modelo perfectísimo que todos debemos imitar: es una sola Virgen, pero Virgen que posee todas las virtudes y en grado el mas excelente. ¡Oh! ¡quién viese á *María*, quién la hablase y la poseyese! Es el prototipo del poder, es el estandarte de la fé, es el cimiento de la devocion y es la infatigable compañera en el ejercicio del ministerio. ¡Oh *María*! ¡Oh amor dulce de los corazones! *á tí suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.*

49. *Tenemos necesidad de su intercesion.*—El invocar á los santos para que ellos rueguen por nosotros, y nos alcancen de Dios cuanto necesitamos, es una cosa muy útil y muy santa, porque si en el mundo es una cosa utilísima la intercesion de los ministros para que alcancemos de los soberanos lo que hemos pedido, ¡qué diré de las incontables utilidades que reporta á los cristianos la invocacion de los santos. Y son tanto mayores, cuanto que en unos se pide lo de la tierra y en otros lo del cielo; en aquellos lo que puede ser útil, en estos lo que es absolutamente necesario: y en los primeros se pide á un hombre, al paso que en los segundos se hace la súplica á Dios. Es una cosa muy santa, porque empleamos de mediadores á los santos que venera la Iglesia; porque solo pedimos cosas santas ó

que pueden conducir á la santidad, y porque nos dirigimos al Santo de los santos. Esta cosa tan santa y tan útil, el mismo Dios la estableció en la Escritura, queriendo apellidarse el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y concediendo muchas cosas por la intercesion de los profetas y demas siervos suyos. ¡Y qué diremos tratándose de la intercesion de *María*? ¡Ah! ella es tanto mas conforme, cuanto es para nosotros mas útil; es tanto mas útil, cuanto que es una cosa mas santa, y es tanto mas santa cuanto dirigimos nuestras súplicas á la Reina de los santos. Por otra parte, aunque *María* no sea el único mediador de justicia entre Dios y los hombres, seria una impiedad el creer que Dios no se complace en ensalzar á su Madre: tanto más cuanto que el primer milagro que hizo, lo hizo por las súplicas de su Madre; y esto que aun no habia llegado la hora. Por otra parte, nada desea tanto Jesus como los honores que damos á su Madre; honores que no solamente en nada oscurecen sus glorias, sino que al contrario, las hacen mas brillantes, porque la gloria del Hijo es la gloria de la Madre; y este Hijo es honrado segun la medida con que honramos á su Madre. A vista de esto, no dudamos afirmar que por los méritos de Jesucristo ha sido concedida á *María* tanta autoridad: que á la manera que Jesucristo es por justicia y naturaleza nuestro mediador para con su Padre celestial, así *María* es nuestra mediadora por gracia y privilegio delante de Jesucristo: y al modo que el Padre nada puede negar á su Hijo Unigénito, así este Hijo nada puede negar á su divina Madre. De lo dicho se sigue, que bien podemos apellidar á *María* la escala del paraíso, la puerta del cielo, la que nos libra del infierno, la que hace las paces entre Dios y los hombres, y la poderosa mediadora para que lleguemos seguros al puerto de salvacion.

50. *La intercesion de Maria nos es necesaria para salvarnos.*—Al decir que la intercesion de *Maria* es necesaria para salvarnos, claro está que no queremos decir que sea absolutamente necesaria, pero sí afirmamos que lo es moralmente. No lo primero, porque solo Dios es el que nos puede salvar por sus propios méritos: pero sí lo segundo, porque esta necesidad nace de la misma voluntad de Dios que así lo quiere. Dios solo nos puede salvar, es cierto; pero Dios solo no quiere salvarnos, sino que ha puesto su gloria en salvarnos por medio de *Maria*. Dios quiere que todas las gracias que nos dispense pasen por la mano de su Madre: luego es voluntad de Dios que todo lo recibamos de ella, y que esperemos todos los auxilios de su poderosa intercesion: luego tenemos esta necesidad moral de la intercesion de *Maria* para salvarnos. Esta verdad que es de los devotos de *Maria*, y de toda la Iglesia, nos la insinuó con toda claridad la Santa Escritura, cuando estando Jesucristo, Señor nuestro, pendiente de la cruz, dijo á su Madre mirando á Juan y en él á todo el género humano: *Mujer, hé ahí á tu hijo*. Que es como si dijera: Madre mia, desde este momento te entrego por hijo al género humano: y á la manera que cuando falta el padre, la madre es la que administra los bienes; así desde este momento adopta por hijo á todo el género humano, trátalo como me has tratado á mí; cuidalo con los cuidados que de mí has tenido; y para que desempeñes bien tan grande cargo, mis gracias son tus gracias, mis méritos son tus méritos y mi voluntad será tu voluntad. *Mujer, hé ahí á tu hijo*: no lo olvides ni por un momento, porque no puede participar de mi sangre sino por tu intercesion; ni el fruto de mi pasion sacrosanta se le aplica sino por tu medio; ni mis heridas que son manantiales de gracias fluirán sus arroyos sino por tu conducto. ¡Tanto es

Maria para el pueblo cristiano! ¡Tanto necesitamos que ruegue por nosotros! ¡Y tal es la fuerza de esta expresion: *Mujer, hé ahí á tu hijo: hijo mio, hé ahí á tu Madre!* ¡Pero no es esto decir mucho de *Maria*? ¡No es al menos hablar hiperbólicamente? No, y mil veces no: y nada hay de exageracion en lo que decimos, porque siempre confesamos que solo Jesucristo es el que ruega por nosotros de justicia y por naturaleza: y de *Maria* solo afirmamos que Dios para exaltarla cuanto es dable, la eligió por su Madre, y á este fin hizo que fuese concebida sin la culpa original, la llenó de gracia y aun de la plenitud de las gracias, la juntó á sí cuanto es dable á una criatura, la bendijo entre todas las mujeres, y quiso ademas que todas las gracias que deben ser otorgadas á las almas, pasaran todas por su conducto, porque ella es su verdadera Madre: *Mujer, hé ahí tu hijo*. De todo lo dicho concluimos que Jesucristo es el único mediador de justicia, al paso que *Maria* es la única mediadora por gracia: Jesucristo nos alcanza lo que pedimos por sus propios méritos, *Maria* nos lo logra por los méritos de Jesucristo: en fin, Jesucristo nos lo da en fuerza de su poder omnipotente, y en fuerza de su poder omnipotente nos lo da *Maria*, segun la sentencia tan sabida de que puede por gracia y privilegio, lo que Dios por esencia y naturaleza. ¡Ah lector carísimo! tal es *Maria*: es nuestra intercesora: es la salud de los enfermos, el refugio de los pecadores, la redentora de los cañtivos, el auxilio de los cristianos, y nuestra Reina y nuestra Madre, y nuestra esperanza y nuestra vida. ¡Y negaremos que para salvarnos tenemos una necesidad moral de su intercesion? Yo creo que no hay devoto de *Maria* que pueda afirmarlo, ni decirlo, ni pensarlo; porque negar esta sentencia tan honrosa á *Maria*, tan fundada en la Escritura y en el sentir de los santos; y sentencia

que es en la práctica la de toda la Iglesia, denota muy poca devoción á la que siendo Madre de Dios, es afortunadamente Madre nuestra: de nuestra parte digamos sin cesar y siempre con nuevo afecto: *á tí suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.*

51. *Continúa el mismo asunto.*—Para probarte otra vez que tenemos de *María* una necesidad moral, de modo que sin su intercesion en favor nuestro no podemos salvarnos, basta considerar que está llena de gracia; y como no obstante el ángel le dijo que la halló, resulta que esta gracia no puede ser otra que la que perdimos por el pecado, y la que necesitamos para no volver á pecar, y entrar un día en la patria celestial. Por otra razon dice la Escritura, que *aquel que obrare en María y segun María no pecará y alcanzará además la vida eterna:* como si dijera, que en la devoción á *María* se encuentra el salir del pecado, la gracia de la amistad de Dios, y por fin la vida eterna; porque si Jesucristo llenó de gracias á *María*, fué para que su hijo, que es todo el género humano, recibiese por medio de ella como por un canal, cuantos bienes le sean concedidos.

¡Ah lector carísimo, cuánto te conviene el que seas devoto de *María!* Porque así como Holofernes para apoderarse de la ciudad de Betulia rompió el acueducto por donde entraba el agua á sus habitantes, así el infernal Holofernes procura cerrar la devoción á la Santísima Virgen, segurísimo que con solo esto se apodera de las almas, porque no podrán recibir el agua de la divina gracia. ¡Cuánto te conviene, pues, el que seas devoto de *María!* ¡Con qué afecto y devoción quiere el Señor que la honres! ¡Cómo quiere que acadas á ella de continuo! ¡Cómo anhela que confies en su proteccion todopoderosa! Como si dijera: *tén mucha devoción á María, porque siendo ella mi Madre quiero*

honrarla como á tal: *ténla mucha devoción, porque la he enriquecido de todos los bienes con el fin de que tuviese todo cuanto necesitas: ténla mucha devoción, porque nada podrás alcanzar separado de su patrocinio: en una palabra, tén mucha devoción á María porque en ella y solo con ella hallarás la eterna gloria. ¡Ay de aquel que no es devoto de María! porque á la manera que antes de la redencion andaba la gracia tan limitada que eran muchos los que se perdian, y poquísimos los que se salvaban; así sucede entre los cristianos, que no profesan tan santa devoción: y así como en la ley antigua ni uno se salvó sin la esperanza en Jesucristo que habia de venir; así entre los cristianos, no se salvará ni uno solo que no tenga la esperanza en María. ¡Oh María! ¡Oh amor dulce de los corazones! ¡Oh Virgen concebida sin la culpa original, rogad por nosotros que recurrimos á vos, y rogad con tanto mayor afecto, cuanto que os decimos de corazón: á tí clamamos los desterrados hijos de Eva: á tí suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. ¡Qué gozo tendria yo, lector carísimo, si todos los dias rezaras el santísimo rosario! ¡Y qué gozo tendrias tú al apellidar á tu angusta Madre *Puerta del cielo!* ¡Oh qué verdad tan consoladora! ¡Y cuán gloriosa para esta Virgen pura! Porque así como todo decreto de gracias que despacha el rey, pasa por la puerta de su palacio; así no viene gracia alguna del cielo á la tierra que no pase por *María.* ¡Oh Madre mia! yo te amo, te adoro y te venero: dilectísima Madre mia, convengo en que no sois Dios, pero me complace en decir que sois despues de Dios todas las cosas. Que si en Jesucristo está toda la gracia, en vos por gracia y privilegio está la misma plenitud. Y no debe esto admirarnos, porque al escogerla para que fuese su Madre dignísima, dióle cierta jurisdiccion sobre todas las gracias,*

y al salir Jesucristo de su vientre, habia adquirido ya este decreto supremo: y por decirlo de una vez, desde que *Maria es Maria*, ninguna criatura ha recibido ninguna gracia que no haya pasado por sus manos; porque á la manera que del centro del círculo ninguna línea puede salir de él que no pase por la circunferencia, así de Jesus que es el centro de todo bien, no puede salir ni una gracia sola que no pase por la mística circunferencia de *Maria*. Concluyamos que la doctrina que afirma que todas las gracias nos vienen por la mediacion de *Maria*, es una verdad certísima, porque el Señor ha puesto con sus manos toda la inmensidad de sus tesoros, y concluyamos que seremos eternamente felices, si somos sus perfectos devotos. *¡Oh Maria concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos.*

CAPITULO XI.

EA, PUES, ABOGADA NUESTRA.

52. *Explicacion de la Salve.*—Con estas palabras: *Ea, pues, abogada nuestra*, damos á la Santísima Virgen la mayor prueba de afecto, de amor y de confianza, supuesto que la apellidamos nuestra abogada. Con este título suponemos que tiene un corazón sumamente bondadoso en nuestro favor, y que está dispuesta á trabajar cuanto sea necesario para salvarnos. Con este carácter de abogada, la suponemos teniendo la llave de las divinas misericordias, y que es tan liberal,

que nos hace aun mucho mas de lo que le pedimos. *¡Ah lector carísimo! Si Maria te protege, nada, absolutamente nada tienes que temer: no por parte de los demonios, porque es cien y cien veces mas poderosa que todos juntos: no por parte de los pecados, porque por su mediacion poderosa lograrás el perdon de todos; y ni siquiera por parte de Dios indignado, porque protegiéndote Maria puedes esperar todo bien. Como no, si es nuestra esperanza, nuestra vida, nuestra Reina, nuestro refugio y nuestra Madre. ¿Quién no se fiará de Maria? ¿Quién no verá en ella la poderosa abogada? Aunque no somos capaces de conocer hasta qué punto ruega por nosotros; pero siempre es verdad certísima que no nos pierde de vista, y mucho menos en los peligros y aflicciones. Considerala en fuerza de su oficio de abogada tratando con el ángel del Señor sobre la reparacion del género humano; del mismo modo que Eva trató con el demonio nuestra perdicion: trata la salud que ha de venirle, y cuyas consecuencias durarán eternamente, al paso que Eva lo hizo sobre la enfermedad y la muerte. Considerémosla construyendo con arte inefable, del barro de nuestra carne, un templo que habia de ser habitacion de Dios; colocando, por un modo incomprensible, á Dios en la tierra y al hombre en el cielo, y mezclando con una razon inaudita á Dios y al hombre para formar al que llamamos Jesucristo.*

¿Qué mayor abogada que aquella soberana Señora que nos dió á luz al mismo Abogado celestial? Hágame, dijo, y el Verbo se hizo carne: la esencia de Dios apareció bajo una forma humana: el Criador de las eternidades nació en el tiempo; el que todo lo hizo, él mismo fué engendrado, y el que es consustancial al Padre, hízose con dicha palabra consustancial á la Madre. ¿Quién mayor abogada que Maria? No es Jesu-

y al salir Jesucristo de su vientre, habia adquirido ya este decreto supremo: y por decirlo de una vez, desde que *Maria es Maria*, ninguna criatura ha recibido ninguna gracia que no haya pasado por sus manos; porque á la manera que del centro del círculo ninguna línea puede salir de él que no pase por la circunferencia, así de Jesus que es el centro de todo bien, no puede salir ni una gracia sola que no pase por la mística circunferencia de *Maria*. Concluyamos que la doctrina que afirma que todas las gracias nos vienen por la mediacion de *Maria*, es una verdad certísima, porque el Señor ha puesto con sus manos toda la inmensidad de sus tesoros, y concluyamos que seremos eternamente felices, si somos sus perfectos devotos. *¡Oh Maria concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos.*

CAPITULO XI.

EA, PUES, ABOGADA NUESTRA.

52. *Explicacion de la Salve.*—Con estas palabras: *Ea, pues, abogada nuestra*, damos á la Santísima Virgen la mayor prueba de afecto, de amor y de confianza, supuesto que la apellidamos nuestra abogada. Con este título suponemos que tiene un corazón sumamente bondadoso en nuestro favor, y que está dispuesta á trabajar cuanto sea necesario para salvarnos. Con este carácter de abogada, la suponemos teniendo la llave de las divinas misericordias, y que es tan liberal,

que nos hace aun mucho mas de lo que le pedimos. *¡Ah lector carísimo! Si Maria te protege, nada, absolutamente nada tienes que temer: no por parte de los demonios, porque es cien y cien veces mas poderosa que todos juntos: no por parte de los pecados, porque por su mediacion poderosa lograrás el perdon de todos; y ni siquiera por parte de Dios indignado, porque protegiéndote Maria puedes esperar todo bien. Como no, si es nuestra esperanza, nuestra vida, nuestra Reina, nuestro refugio y nuestra Madre. ¿Quién no se fiará de Maria? ¿Quién no verá en ella la poderosa abogada? Aunque no somos capaces de conocer hasta qué punto ruega por nosotros; pero siempre es verdad certísima que no nos pierde de vista, y mucho menos en los peligros y aflicciones. Considerala en fuerza de su oficio de abogada tratando con el ángel del Señor sobre la reparacion del género humano; del mismo modo que Eva trató con el demonio nuestra perdicion: trata la salud que ha de venirle, y cuyas consecuencias durarán eternamente, al paso que Eva lo hizo sobre la enfermedad y la muerte. Considerémosla construyendo con arte inefable, del barro de nuestra carne, un templo que habia de ser habitacion de Dios; colocando, por un modo incomprensible, á Dios en la tierra y al hombre en el cielo, y mezclando con una razon inaudita á Dios y al hombre para formar al que llamamos Jesucristo.*

¿Qué mayor abogada que aquella soberana Señora que nos dió á luz al mismo Abogado celestial? Hágame, dijo, y el Verbo se hizo carne: la esencia de Dios apareció bajo una forma humana: el Criador de las eternidades nació en el tiempo; el que todo lo hizo, él mismo fué engendrado, y el que es consustancial al Padre, hízose con dicha palabra consustancial á la Madre. ¿Quién mayor abogada que Maria? No es Jesu-

cristo; pero hizo al mismo Jesucristo con su poderosa voz: hágase, dijo Dios, y el mundo salió de la nada: hágase, dijo *María*, y el Verbo se hizo carne; y este Verbo es el abogado que tenemos delante de nuestro Padre celestial. Podrá, pues, *María* no ser nuestra *abogada*? Si lo es: y lo es de un modo tan poderoso, que alcanza de Jesucristo lo que Jesucristo logra de su Padre.

En México mismo hace algun tiempo que vivia una madre con dos hijas y una sobrina, y la infeliz tanto se entregó á las cosas de la tierra, que se olvidó de las del cielo, y sus hijas siguieron tambien el mismo camino. La desgraciada sobrina se extravió de un modo el mas lastimoso, porque abandonando su casa se fué á vivir con una amiga. Durante dos años estuvo cometiendo todos los excesos de la lujuria; y esta infeliz, víctima del pecado, no tenia otros deseos que proporcionarse placeres y dinero. Se dió á la bebida de un modo el mas vergonzoso: su lengua solo pronunciaba palabras soeces é indecentísimas, y cuanto habia en ella todo lo empleaba para la disolucion. Su tia y sus primas emplearon todos los medios que les sugirió su caridad, pero en vano: le manifestaban su vida ya cristiana, pero en vano: le hablaban de que se confesase y contestaba con. . . . En fin, un dia, siempre memorable de la octava de la Inmaculada Concepcion, lograron que fuese á la iglesia; se arrimó por compromiso con un confesor, pero solo para decirle que no podia confesarse. Despues de muchos esfuerzos le habla de la Inmaculada Virgen *María*, la anima á que diga algunos pecados. . . . y *Joh victoria de la Inmaculada Concepcion!* ya vencida la vergüenza, superado el temor, comienza á decir sus grandes miserias, y al dia siguiente hizo una confesion general de todos sus pecados. Debemos advertir que no se contentó con dejar

las casas malas, sino que abandonó todo mal vivir, y comenzó una vida pura y limpia, así como antes habia sido la mas lúbrica y deshonesta.

53. *María es una abogada omnipotente.*—No es nuestro ánimo presentar á *María* simplemente como *abogada nuestra*, sino que tenemos un placer singular en hacer que se la considere como *abogada omnipotente*, ya que á ella estuvo sujeto el Todopoderoso. La autoridad de las madres sobre sus hijos es tal, que aunque estos sean monarcas y tengan un absoluto dominio sobre todos los del reino, con todo, jamas llega hasta el exceso de que las madres se constituyan las súbditas de sus hijos.

En Jesus parece que no habia de verificarse esta ley general, porque por medio de la union hipostática, su persona no es humana sino divina, y por tanto que Jesucristo habia de reinar sobre *María*, y que al menos en este caso la Madre debia ser la súbdita del Hijo. Sin embargo, no fué así, y por esto siempre será verdad que el Verbo encarnado se humilló hasta el extremo de quererse hacer el súbdito mas especial de *María*: y tanto fué así, que en calidad de Hijo suyo, estaba obligado á obedecerla, y quiso que los Evangelistas certificasen que habia cumplido esta obligacion. ¡Oh qué grande y excelente es *María!* ¡Oh qué *abogada* tan poderosa! Porque si decimos que *María* estaba en un todo sujeta á la voluntad de Dios, hemos de afirmar tambien que Dios estuvo sujeto á la voluntad de *María*. ¡Y no tendrá un no sé qué de omnipotente la que mandó á la misma omnipotencia! ¿Cómo, pues, no concederle que es nuestra omnipotente *abogada*? Es un privilegio de las vírgenes al seguir por do quiera al Inmaculado Cordero; pero tratándose de nuestra poderosa *abogada*, El, constituyéndose Hijo suyo, la siguió acá en la tierra. No queremos decir con lo ex-

puesto que *Maria* mande ahora á su Hijo, sino que tan solo intentamos recordar que sus ruegos son como de una Madre soberana á quien su Hijo ha dicho: *Pédeme, Madre mia, lo que quieras, y todo te será concedido*: y por tanto que sus súplicas son tan eficaces que alcanzan todo cuanto piden, que como Virgen Madre puede cuanto quiere así en la tierra como en el cielo; y que de tal suerte es nuestra omnipotente *abogada*, que se ha hecho capaz de salvar á los mismos desesperados. Sí, afirmémoslo de una vez para siempre, porque el Hijo hace tanto aprecio de los ruegos de su Madre, que hace todo cuanto le indica; tiene tanto deseo de complacerla, que sus mas insignificantes insinuaciones las despacha como órdenes de su Eterno Padre. ¡Oh qué grande y poderosa es nuestra *abogada*! ¡Oh *Maria*! vos sois la augusta Madre de Dios, y como tal, sois omnipotente para salvar á los pecadores. ¡Oh queridísima Madre mía! salvadme á mí como el mas miserable: salvadme, ya que quiero ser vuestro fidelísimo hijo; y salvadme, en fin, ya que voy á honraros diariamente diciendo cinco veces la *Salve*, y con el mayor afecto que me sea concedido repiteré el *ca, pues, abogada* vuestra.

54. *Porque sus preceptos son de Dios obedecidos.*—Para convencernos mejor, lector carísimo, de la omnipotencia de *Maria*, basta saber que Dios oye sus ruegos como si fueran sus preceptos; y á la manera que el verdaderamente justo no puede dejar de obedecer ni un solo mandamiento de Dios, así este Dios justísimo no puede menos de ejecutar todas las insinuaciones de su Madre. En consecuencia, podemos decir: *El Señor, oh Virgen santa, os ha exaltado tanto, que por su favor podeis enriquecer á vuestros devotos con todas las gracias posibles, porque vuestra proteccion es omnipotente, y sois nuestra omnipotente abogada.* Sí, omnipo-

tente es *Maria*, porque por toda ley debe gozar los mismos privilegios de su Hijo; y así como este es el Rey de reyes, es *Maria* la Reina de los reyes; y á la manera que aquel es el Señor de los señores y Dominador de los que dominan, así lo es *Maria*; hasta este punto confia la Iglesia en su patrocinio. Además, una madre al menos tiene la misma potestad que tiene el hijo; luego con razon afirmamos que es una Señora soberana y omnipotente, ya que de Jesus confesamos la omnipotencia. Esta proposicion la Iglesia la toma y verdaderamente la hace suya con sola la siguiente restriccion: Que el Hijo es omnipotente por esencia y naturaleza, al paso que la Madre solo lo es por gracia y privilegio; y por decirlo con la exactitud que brota de la experiencia, decimos que la denominamos omnipotente, no porque la atribuyamos el carácter ó atributo de la omnipotencia, sino en cuanto alcanza con sus ruegos cuanto quiere, cuanto desea y aun cuanto indica. Un gran santo creía que Jesus así habla á su Madre: *Madre mia, bien sabeis cuánto os amo, por consiguiente, pedid de mí cuanto querais y todo os será concedido; mostradme vuestros deseos y todos serán cumplidos, pues me glorió de hacer vuestra voluntad ahora que estais en el cielo, ya que haciais completamente la mia cuando viviais en la tierra.* Tan cierto es que todos sus preceptos son obedecidos, y que aun sus mas pequeñas insinuaciones han de verificarse; porque al modo que un rey absoluto hace absolutamente todo cuanto quiere en los vastos dominios de todo su reino, así *Maria* lo hace absolutamente en todo el universo mundo: por esto la apellida la Iglesia la Reina y Emperatriz de los cielos y tierra. Esta conducta de la fidelísima esposa de Jesucristo nos autoriza á decir: *Querred vos, oh Maria, y todo se hará: plázcaos levantar al pecador mas perdido á una santidad eminente, y en*

vos consiste el que así se haga: sea vuestra voluntad el que los tibios se enfervoricen, que los santos se hagan mas santos, y vuestra voluntad así se cumple: qued, Madre mia, que el mas indigno de vuestros hijos salga de sus miserias, y luego se vé enriquecido con los dones de grande gracia; queredlo, y aunque no lo merezco, inmediatamente me cambiaréis y se efectuará en mí vuestro poder: tan poderosa y tan omnipotente sois por gracia y privilegio. ¡Oh *María!* ¡Oh amada *abogada* nuestra! ya que vos teneis un corazon poderoso que no sabe mirar á los infelices sin compadecerse de ellos, y juntamente teneis para con Dios un poder omnipotente, ¡ah! no rehuséis el tomar la defensa de mi causa, ya que soy el mas miserable: no lo merezco, es verdad, no sé pedirlo ni siquiera esta gracia, pero ya os muestro mis deseos; quiero salir del pecado, quiero salir de la tibieza, quiero hacerme un grande santo, quiero imitar en un todo vuestras virtudes, para que salga copia exactísima de Cristo Jesus. Madre mia, yo acudo á vuestro patrocinio; sed para mí mi poderosa *abogada*; mostradme en la práctica que sois mi Madre, y obrad en favor mio cuanto es conveniente, ya que así os lo pide vuestro benigno corazon. ¡Ah! animémonos, lector carísimo, y acudamos á *María*, porque ella es inmensamente rica en misericordia, es poderosísima en caridad, es piadosísima en ternura, y es omnipotente como *abogada*.

55. *Porque nos dá mas ella que todos juntos.*—En este número, lector carísimo, voy á patentizarte bien, y de una vez para siempre, que por más que engrandezca á *María*, jamas intentaré equipararla con el Criador: mi único deseo es presentarla superior á todas las criaturas, y de tal suerte, que supere infinitamente á todo lo que no es Dios.

Queremos decir que no hay criatura que pueda ha-

cernos lo que nos hace *María*, y que ni todos los santos y ángeles juntos podrán hacer ni siquiera la millonésima parte de lo que nos hace *María*; porque basta que ella hable para que el divino Hijo lo ejecute, al paso que nada obra el Hijo, sino movido por su Madre. Esta verdad la vemos indicada en la Santa Escritura cuando hablando Jesucristo á su Madre y á los santos les dice así: ¡Oh tú la que moras en los huertos, hazme oír tu sonora voz, porque los amigos están escuchando. Cántico VIII, 13. Es Jesus el que se dirige á su Madre, para que haga oír la voz amabilísima de su súplica; porque los amigos que son los santos y ángeles, están escuchando. Como si dijera: ellos piden no á mí, sino á mi Madre; y yo atiendo no á las voces tuyas, sino á las plegarias de mi Madre: por esto yo antes de conceder la gracia, pido que me venga suplicada por el conducto de mi Madre. Como si hubiese dicho: ¡Oh tú la que moras en los jardines celestiales, intercede por quienes gustes con toda confianza, porque así como no puedo olvidar que soy tu hijo, así nada quiero negarte, ya que eres mi Madre. Hazme oír tu voz, y desde el momento que la oiga será despachada, porque tus ruegos se revisten de tal imperio, que yo no puedo dejar de despacharlos. ¡Oh inmaculada y divina *María!* verdaderamente que eres tú omnipotente: porque, ¿qué cosa hay que no la puedas? ¿Qué cosa puedes que no se ejecute? ¿Qué cosa comienzas á ejecutar que no le des el debido cumplimiento? En una palabra, lo que Dios puede como Dios, tú lo puedes con tus ruegos; y tú lo aplicas en favor nuestro á fuer de nuestra *abogada*. Para fijarte en un caso práctico toda la doctrina de este capítulo, trasladémosnos á Caná de Galiléa, para asistir á las bodas en las que asistieron *María*, Jesus y sus apóstoles. A cosa de media comida notó la Santísima Virgen que se les con-

cluía el vino, y dirigiéndose á su Hijo le pide un milagro. *Mujer*, dice Jesucristo, *¿qué nos va á mí y á tí? Aun no es llegada mi hora.* Reflexionemos algo sobre lo mucho que se desprende de este divino hecho, y concluiremos ciertamente que su patrocinio obra omnipotentemente en nuestro favor. Jesucristo no concede el milagro, sino que lo niega, como indicándole que se metía en lo que no debía meterse, y que aun supuesto el caso que fuese conveniente, tampoco habria hecho el milagro porque aun no habia llegado la hora. Sin embargo, *¿qué hace María?* ¡Oh eficacia de su poder! ¡Oh excelencia de su dignidad! Se porta en un todo como si se le hubiese concedido, é inmediatamente se obra el prodigio. Nada le iba á Jesucristo en que hubiese ó no hubiese vino; pero supuesta la mediación de *María*, era una necesidad el que se pudiese ejecutar: aun no era llegada la hora de que Jesucristo hiciese el milagro de su propio movimiento, pero llegó inmediatamente que se lo pidió *María*. Confíemos, pues, en esta augusta Madre: confíemos de modo que pongamos en ella toda nuestra confianza, y no nos separemos de ella sin saludarla con el título augusto de *omnipotente abogada*. Para que la tengas siempre propicia, toma la práctica de rezar cada hora la *Salve Regina*, añadiendo al fin de ella esta portentosa jaculatoria: *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos!*

CAPITULO XII.

VUELVE A NOSOTROS ESOS TUS OJOS MISERICORDIOSOS.

56. *Explicacion de la Salve.*—Yo desearia, lector carísimo, que comprendieras toda la grandeza y piedad que encierran estas palabras de la *Salve*, en las cuales se suplica á la Santísima Virgen que nos alcance la salud del cuerpo y del alma, por medio de una de aquellas sus miradas llenísimas de ternura y amor. *Vuelve á nosotros*, le decimos, *esos tus ojos tan misericordiosos: vuélvelos á los pecadores para que salgan de su pecado: vuélvelos á los impíos para que se conviertan: vuélvelos á los tibios para que adquieran un santo fervor; y vuélvelos á todos los justos para que se hagan mas y mas santos.*

Cuando pedimos á la Santísima Virgen una de sus miradas misericordiosas, naturalmente recordamos la noche triste en la cual cayó el Príncipe de los apóstoles. ¡Pobre Pedro! seguía á nuestro Señor no del todo, sino á medias: no abrasado del amor, sino arrastrado por el temor; y el que se habia gloriado de ser el mas fiel, cayó mas pronto y mas desgraciadamente. Pero ved ahí que cuando mas obstinado juraba y perjura de que no conocia aquel hombre, le envió el Salvador una de sus miradas; se reconoció, comenzó á llorar, y continuó su llanto todos los dias de su vida. Tal es lo que pedimos á *María*, suplicándole que vuelva hácia nosotros aquellos sus ojos misericordiosísimos.

Con razon se lo decimos: porque si bien lo examinamos, esta soberana Señora toda es ojos en favor nuestro: de un modo semejante á una madre muy cuidadosa de su tierno niño, y á una esposa que se esmera para cuidar muy bien á su marido. ¡Ah! ella es toda ojos para ver nuestras miserias y aliviarlas: es la que baja de continuo del cielo para traernos gracias: es la que sube sin cesar á la gloria llevándose nuestras súplicas: es la que anda muy afanada en tratos de misericordia en nuestro favor, y la que tiene siempre sus ojos fijos tanto sobre los justos como sobre los pecadores: porque á la manera que estos necesitan de sus miradas para salir del pecado, así las necesitan aquellos para conservarse en la amistad de Dios. Ella experimenta una inclinacion muy extraordinaria á mirarnos con ojos de misericordia, de manera que en cierto modo no puede no hacerlo sin contradecirse á sí misma: por esto un grande santo le decia: *¡Oh María! no mires con ceño á los pecadores, porque sin ellos no habrias llegado á la alta dignidad de augusta Madre de Dios. ¡Qué palabras mas consoladoras! Porque segun esto, está la Santísima Virgen como obligada á concedernos todo lo que pidamos, que sea conveniente á nuestra salvacion. Y así como de la dignidad de Madre de Dios penden todas sus otras prerogativas y privilegios, así tambien salen de ella todos los oficios que hace en favor de los cristianos. ¡Oh María! ¡Y cuán excelente eres! Mírala, lector carísimo, es la fianza que recibe Jesucristo para que no seamos encerrados en las mazmorras eternas: es la seguridad que nos conduce sin el menor daño á la patria celestial: es la flor del campo de la cual ha nacido el hermoso lirio de los valles: es la Virgen Madre que por su parto glorioso nos hizo tan felices, que parece que nos mudó la naturaleza de nuestro sér: tanta es la gracia que nos ha conferido. ¡Ah miserables de noso-*

tros! ¡Y cuán distintos somos de esta Virgen pura! Pero al menos cantemos á *María* cánticos de amor y agradecimiento: cantémosle con una vida santa é inocente: cantémosle con los justos y ángeles de la gloria: cantémosle . . . pero mejor será que oigamos su cántico divino: *Mi alma engrandece al Señor.* ¡Engrandecimiento misterioso! porque se verifica en aquel que es inmenso: mi alma, como si dijera, engrandece al Señor y mi espíritu se alegra en el Dios que me ha salvado á mí y á todo el género humano. Mi alma engrandece al Señor, porque vista la humildad de su sierva, hizo en mí cosas tan grandes que todas las naciones han de apellidarme bienaventurada. ¡Y podrás tú no rezarle diariamente la Salve? Rézala aun muchas veces al dia, y con particular afecto dí: *Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos.*

57. *Qué podemos alcanzar de María con esta súplica.*—Atendido lo que ha hecho y hará Jesucristo para con su Madre, bien podemos asegurar que alcanzaremos de ella cuanto le pidiéremos con la debida fé, en fuerza de estas palabras: *Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos.* Un grande santo consideraba á Jesucristo diciendo á su Madre: *Pídeme, Madre mia, cuanto desees, porque quiero tener la satisfaccion especial de complacerte en todo ahora que estás en el cielo, del mismo modo que tú me complaciste cuando estaba yo en la tierra.* Ahora bien: ¡y qué ha de pedir en favor nuestro sino misericordia! Si, cada una de sus súplicas es el poder usar de misericordia en favor de los miserables: el poder emplearnos su piadoso y tierno corazon: el tomar como propias penas, las penas nuestras: el poder consolar piadosísima á todos los afligidos; y por decirlo de una vez, el poder mirarnos con aquellos sus ojos misericordiosos. ¡Pero todo esto podemos esperar de *María!* ¡Ahora que está en el cielo será todavía

tan piadosa? ¡Ah lector carísimo! guárdate bien de desconfiar de la mas tierna Madre; librete Dios aun de la menor sospecha. Al contrario; tu confianza para con la Santísima Virgen ha de ser completamente la mas absoluta, porque cuanto mas apremiantes sean tus necesidades, tanto serán siempre el objeto de su extremada compasion: y hemos de tener por cierto que no solo lo hará una que otra vez, sino que está dispuesta á hacerlo cien y cien veces, principalmente al suplicarle con sentidísimos ruegos que *vuelva á nosotros esos sus ojos misericordiosos*.

Los mundanos cuando se ven exaltados á alguna dignidad, luego se olvidan de los pobres, sus antiguos compañeros de infortunio: al contrario *Maria*: por una razon diametralmente opuesta, ahora que está ensalzada en los cielos sobre los coros de los mismos ángeles, tiene su atencion hácia nosotros, para volvernos piadosísima aquellos sus ojos misericordiosos: y así como el resplandor del sol supera en gran manera al brillo de la luna y de las estrellas, así la piedad y misericordia de *Maria* es ahora que está en los cielos cien y cien veces superior á la que tuvo cuando vivía en este mundo.

En el siguiente caso podrás entrever un poco hasta qué punto la Santísima Virgen bajo el título de su Concepcion inmaculada, vuelve á nosotros esos sus ojos tan misericordiosos. En cierta ciudad de España vivía hace pocos años una familia ilustre por su nobleza, y mucho mas ilustre todavía por la piedad que practicaba. Un miembro de esta casa tuvo que ausentarse por ciertos negocios, y bien pronto los malos compañeros corrompieron su corazon. En vez de volver á la casa de su padre, el infeliz pasó á las Américas, donde, imbuido en las ideas racionalistas, acabó por hacerse un impío. Despues de muchos años volvió al seno de su familia,

pero sus padres no tuvieron á bien que viviese con ellos. A poco tiempo cayó enfermo: de repente es desahuciado de los médicos, y entonces con una impiedad horrible, acaba de manifestar que no tiene ninguna creencia. Sus padres, sus hermanos, sus parientes, la mayor parte de sus amigos y gran número de sacerdotes, lo exhortan para la confesion, pero á todos les responde con el silencio, con la burla, con el escarnio y con la mas negra impiedad. En esta situacion tan afflictiva acudieron á la Hermana de la Caridad N., la cual puso en movimiento todos los resortes de la caridad, pero sin ningun resultado satisfactorio. El infeliz padecía una hinchazon la mas horrorosa, y estaba apoderada de sus piés y piernas y aun de una parte de sus muslos: le causaba unos dolores los mas insufribles, se enfurecía, blasfemaba, irritábase contra lo mas santo, y entregado á la desesperacion era como un condenado aun antes de morir. La compasiva Hermana, viendo que no habia ya nada que esperar de los medios humanos, acudió á los divinos: mas no atreviéndose ni siquiera á insinuárselos, tomó una de las medallas milagrosas, se la colocó en la pierna en que sentía los mas agudos dolores, y despidiéndose de él se fué á sus quehaceres. Aun no habia pasado una hora cuando hizo llamar á la Hermana y le dijo que si hubiese algun confesor siempre se confesaria, principalmente si Dios le perdonase sus pecados, porque hacia ya 28 años que no habia hecho ningun acto de religion, y que de todo lo mas santo se habia burlado. La Hermana lo anima, le dice que esto es un milagro de la Virgen inmaculada, que con una de sus miradas acababa de convertirlo, y sacándole la medalla de la pierna se la entregó. Inmediatamente comenzó á disponerse, lloró amarguissimamente sus extravíos, y despues de haber recibido con mucha piedad todos los

Santos Sacramentos, se fué á gozar los frutos de su milagrosa conversion. Tales son los efectos de una mirada de misericordia de la Santísima Virgen María.

58. *Nos dá de hecho cuanto ella puede.*—Aunque hablando de la Santísima Virgen todo es grande, mas es preciso convenir que pocas verdades hay tan consoladoras como la que nos asegura que *María* se dá toda á todos los cristianos, á fin de ganarlos á todos. Si esto hizo un Moisés, cuando á trueque de salvar á su pueblo se daba todo á Dios, entregándose al anatema que merecian los culpables: si San Pablo nos asegura que tenia la cualidad santa de darse todo á todos para salvarlos á todos, ¿cuánto mas no hemos de afirmar que *María* lo ha hecho tambien? ¿Qué será *María* en favor nuestro atribuyéndole este carácter? Contéplala bien, lector carísimo, y verás qué bien se hace toda para todos; cómo á todos admite con una bondad sin límites; cómo á todos nos abre el seno de su misericordia; cómo es para nosotros esclavos, redencion copiosa; para nosotros miserables enfermos, la salud verdadera; para nosotros afligidos, suavísimo consuelo; para nosotros pecadores, perdon cumplido, y para los felizmente justos, aumentos continuos de gracia. ¡Ah! ¿quién habrá que no ame á esta amabilísima Madre nuestra? ¡Ah! ella es mas hermosa que el sol, mas dulce que el riquísimo panal de miel: es un tesoro abundantísimo de bondad, es para todos amable y afabilísima, y aun es la alegría de los ángeles y el gozo de los santos y la gloria de la Trinidad. ¡Ah! yo os saludo, Madre mia, corazon mio y alma mia. ¿Qué diré de tí, mi queridísima? ¡Eres *María*! Nombre feliz: yo quiero que jamas se aparte de mis labios, que esté grabado en mi corazon; y quiero acudir á él como que es el dulcísimo nombre de mi Reina y de mi Madre, de mi esperanza, de mi dulzura y de

mi vida. ¡Eres *María*! . . . Basta lo dicho para afirmar que se nos dá toda para todos: y no es extraño; porque así como no hay nada que esté excluido de la luz del sol, así entre los cristianos no hay ni siquiera uno que no disfrute las influencias de *María*. Sí, su bondad natural no puede apartarse de nada; y aun de hecho se dá toda entera no solo á los santos y á los justos, sino aun á los tibios y pecadores, y aun á los miserables é impíos. Reza la *Salve*, lector carísimo, y repite con grandísimo afecto que vuelva hácia tí aquellos sus ojos tan misericordiosos. *María* de tal suerte nos dá de hecho todo cuanto le es posible, que no puede no inclinarse á favorecernos cuando la invocamos con el *Ea, pues, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos*. ¡Oh gran Señora! ¡Oh soberana Emperatriz de cielo y tierra! Vuestra misericordia llena todo el universo mundo, de un modo semejante á la misericordia de Jesus. ¡Mírala qué Madre tan amorosa y tan piadosa! ¡Mira cuán inmensa es su bondad! No se resiente cuando se le hace alguna injuria positiva como los desgraciados, infelices y malaventurados protestantes, antes bien se ofende contra aquellos que no le piden las gracias que necesitan para su eterna salvacion: tanto quiere volver hácia nosotros esos sus ojos tan misericordiosos. ¿Qué bondad la de *María*, y cuán consoladora! Ella nos enseña á esperar gracias superiores á nuestros méritos, ya que nos dispensa favores que mil y mil veces los exceden. Y no es extraño, porque en ella se cumple la prediccion que hizo Isaías del trono de la misericordia que dispensaba toda gracia y toda bendicion: y este trono es *María*, como que es la silla del reino de Jesus. ¡Ah si pudiéramos saber lo que pasa entre esta mística silla y el que está sentado, oiríamos al Hijo divino que le dice: *Vos, Madre mia, me disteis el sér de hombre, y*

yo voy á daros el ser de Dios en cuanto á mí es dable y á vos recibibile: vos me disteis esta carne divina para que redimiera á toda carne, y yo os confiero mi omnipotencia para que de hecho podais salvarla. ¡Qué poder el de María! ¡Y poder omnipotente empleado todo en mi favor! ¡Qué gracias las que penden de él! ¡Y gracias que se derraman cuando se le pide con todo afecto el *vuelve á nosotros esos tus ojos tan misericordiosos!* Cuando dirigimos á tan soberana Princesa tan excelente peticion, no solo le pedimos que nos mire con sus divinos ojos, sino que pedimos tambien la poderosísima mirada de Jesus: mirada que Jesus no niega, porque como ya vimos, nuestras súplicas las hace súplicas suyas: sus súplicas son ruegos de Madre, y estos ruegos obran completamente como si fuesen mandatos: y al modo que el Padre nada niega á su Hijo Unigénito, así Jesus nada niega á su Madre. ¡Y por qué todo esto? Porque la experiencia así nos lo enseña, porque le plugo honrar á su Madre cuanto le es dable, porque quiso concederle su omnipotencia, para que á fuer de Madre suya use de ella segun su beneplácito, y de esta manera alcancen el perdon los pecadores que la invocaren, y conceda á los tibios el fervor que necesiten, á los fervorosos la gracia de la fidelidad, á los santos la gracia de santificarse aun mas, y á los ya perfectos la dicha de poder hacer siempre y en todo lo mejor, lo mejor, lo mejor. Pidamos, por tanto, siempre á *María*, que *vuelva á nosotros esos sus ojos misericordiosos.*

CAPITULO XIII.

Y despues de este destierro, múestranos á Jesus, fruto bendito de tu vientre.

59. *Explicacion de la Salve.*—Es muy sublime la súplica que nos enseña la Iglesia á dirigir á nuestra Virgen Inmaculada, en fuerza de estas palabras: *y despues de esta vida, múestranos á Jesus, fruto bendito de tu vientre;* porque es como si le dijéramos: ya que tu poder es infinito, é infinita es tambien tu misericordia, libranos á todos de las penas del infierno y de los tormentos del purgatorio, y condúcenos á todos á la patria celestial. Súplica excelentísima que se dirige á la Virgen Madre, á la mas grande y sublime entre todas las criaturas, á la que se complace en ser riquísima con el único fin de llenarnos de sus bienes: en una palabra, nos dirigimos á nuestra Reina y Madre que va á concedernos no solo la gracia de no ofender á Dios, sino aun de servirlo con fidelidad, de crecer á pasos de gigante aun en las mas heroicas virtudes, y hará que se verifique en nosotros el que *nos muestre á Jesus, fruto bendito de su vientre.* Hace poco tiempo que vivía en una isla de España, un hombre que rayaba ya en los 60 años; y si bien es verdad que siendo muy jóven vivió muy cristianamente, pero tambien lo es que abandonando toda idea religiosa, se hizo un incrédulo de los mas impíos. En este estado le asaltó su última enfermedad, y entonces comenzó, cual nunca, á ser malo. No solo no se podia alcanzar que se confesase, mas ni

yo voy á daros el ser de Dios en cuanto á mí es dable y á vos recibibile: vos me disteis esta carne divina para que redimiera á toda carne, y yo os confiero mi omnipotencia para que de hecho podais salvarla. ¡Qué poder el de María! ¡Y poder omnipotente empleado todo en mi favor! ¡Qué gracias las que penden de él! ¡Y gracias que se derraman cuando se le pide con todo afecto el *vuelve á nosotros esos tus ojos tan misericordiosos!* Cuando dirigimos á tan soberana Princesa tan excelente peticion, no solo le pedimos que nos mire con sus divinos ojos, sino que pedimos tambien la poderosísima mirada de Jesus: mirada que Jesus no niega, porque como ya vimos, nuestras súplicas las hace súplicas suyas: sus súplicas son ruegos de Madre, y estos ruegos obran completamente como si fuesen mandatos: y al modo que el Padre nada niega á su Hijo Unigénito, así Jesus nada niega á su Madre. ¡Y por qué todo esto? Porque la experiencia así nos lo enseña, porque le plugo honrar á su Madre cuanto le es dable, porque quiso concederle su omnipotencia, para que á fuer de Madre suya use de ella segun su beneplácito, y de esta manera alcancen el perdon los pecadores que la invocaren, y conceda á los tibios el fervor que necesiten, á los fervorosos la gracia de la fidelidad, á los santos la gracia de santificarse aun mas, y á los ya perfectos la dicha de poder hacer siempre y en todo lo mejor, lo mejor, lo mejor. Pidamos, por tanto, siempre á María, que *vuelva á nosotros esos sus ojos misericordiosos.*

CAPITULO XIII.

Y despues de este destierro, múestranos á Jesus, fruto bendito de tu vientre.

59. *Explicacion de la Salve.*—Es muy sublime la súplica que nos enseña la Iglesia á dirigir á nuestra Virgen Inmaculada, en fuerza de estas palabras: *y despues de esta vida, múestranos á Jesus, fruto bendito de tu vientre;* porque es como si le dijéramos: ya que tu poder es infinito, é infinita es tambien tu misericordia, libranos á todos de las penas del infierno y de los tormentos del purgatorio, y condúcenos á todos á la patria celestial. Súplica excelentísima que se dirige á la Virgen Madre, á la mas grande y sublime entre todas las criaturas, á la que se complace en ser riquísima con el único fin de llenarnos de sus bienes: en una palabra, nos dirigimos á nuestra Reina y Madre que va á concedernos no solo la gracia de no ofender á Dios, sino aun de servirlo con fidelidad, de crecer á pasos de gigante aun en las mas heroicas virtudes, y hará que se verifique en nosotros el que *nos muestre á Jesus, fruto bendito de su vientre.* Hace poco tiempo que vivía en una isla de España, un hombre que rayaba ya en los 60 años; y si bien es verdad que siendo muy jóven vivió muy cristianamente, pero tambien lo es que abandonando toda idea religiosa, se hizo un incrédulo de los mas impíos. En este estado le asaltó su última enfermedad, y entonces comenzó, cual nunca, á ser malo. No solo no se podia alcanzar que se confesase, mas ni

siquiera se le podia hablar de Dios, y ni aun de la Santísima Virgen *María*. Su boca vomitaba continuas maldiciones y las mas horribles blasfemias: su aspecto era de los mas feroces: el color de su rostro era completamente negro; sus cabellos se le ponian del todo erizados, y con una desesperacion, la mas marcada, presentaba todo este conjunto las señales todas de un verdadero condenado. Los de la casa, afligidos hasta lo sumo, ya no sabian qué hacerse y habian agotado todos los medios de salud. En esta pena, tan sin segunda, se acordó la familia de que la Hermana de la Caridad N., era su paisana: la enviaron á buscar, comenzó con dolerse de sus aflicciones, le habló de Dios, le presentó la grande piedad de *María* y cómo era su principal oficio *mostrarnos á Jesus, fruto bendito de su vientre*; pero todo se hizo sin fruto alguno. La piadosa Hermana se acordó de la medalla Milagrosa: le habla de ella, lo excita á confiar en esta Virgen Inmaculada, pero siempre en vano, porque á todo contestó que no podia creer, y que no tenia ninguna confianza ni en la medalla, ni en la Madre de Dios. La Hermana instó porque se la pusiese; y él entonces, fastidiado de tanta importunacion, permitió que se la pusiese, asegurándola empero, que no creía en nada, y que esperara ella si quisiese, porque á él poco le importaba aquella tontera; y continuaba con tan horribles blasfemias que llenaban de afliccion á la Hermana. Entretanto la Santísima Virgen comenzó á obrar el prodigio, porque despues de haberle permitido un muy ligero sueño, le asaltaron unos grandes temores de la muerte, del juicio y del infierno. A poco rato, pide por la Hermana, y con unos ruegos los mas suplicantes, le pide encarecidamente que le envíe un padre para que pueda confesarse; porque no aguanto, decia, lo terrible de la muerte: no aguanto lo espantoso del juicio y mucho

menos aguanto la eternidad del infierno. ¡Feliz momento! porque se confesó muy bien, recibió á Jesucristo Sacramentado, poco despues la Extremauncion, y los tres dias que vivió, pásalos sin escapársele ni siquiera una mala palabra, entre coloquios los mas intimos con la Santísima Virgen *María*, y besando continuamente y con grande afecto la medalla Milagrosa. *Hasta este punto desea mostrar á todos los cristianos el fruto bendito de su vientre, Jesus!*

60. *María libra del infierno á sus devotos.*—Al afirmar, lector carísimo, que *María* Santísima libra del infierno á sus devotos, no quiero decir que de hecho salgan los condenados del infierno por su mediacion, porque escrito está que en el infierno no hay redencion: es decir, que el que cae en el infierno, jamas podrá salir de este lugar de tormentos, sino que el sentido de nuestra proposicion es asegurar que es imposible que se condene un verdadero devoto de *María*. Tambien entenderás que no hablo de los que abusan de esta devocion para pecar con mas libertad y con menos mordimientos de conciencia; porque semejantes presuntuosos cometen en solo esto un pecado contra el Espíritu Santo; sino que se entiende tan solo de los que son fieles en enmendarse, y que obsequian, cual conviene, á la Madre de Dios, como lo hizo una Magdalena, una *María* Egipcíaca, un Agustin y un San Ignacio. Y á la manera que es imposible el que se salve el que no es devoto de *María* Santísima, así es imposible que se condene el que pone en ella toda su confianza. ¡Ah! tiemblen los que menosprecian la devocion á *María*, y teman los que descuidados no la honran y alaban, porque morirán irremisiblemente en su pecado y jamás llegarán á la patria celestial. Sobre esta doctrina no hay que dudar ni siquiera lo mas mínimo, ya porque está decretado que ninguna gracia se conceda

á los mortales, si no pasa por el conducto de *María*, ya porque ella misma, en el libro de los Proverbios, nos lo asegura diciendo así: *Todos aquellos que no me aman, aman la muerte eterna: el que acude á mí y oye lo que le digo, no se perderá: el que verdaderamente procura obsequiarme, está lejos de su condenacion: y por decirlo con un gran santo: el que es fiel en obsequiar á María, presto recibirá al mismo Dios: ¡tan poderosa es la mediacion de su augusta Madre!* ¡Oh qué hermosa es esta Virgen Madre! ¡Qué importantes los oficios que nos dispensa! Ella es el salvoconducto para que no seamos desterrados del cielo, la que pone en juego todos los medios para logramos todo cuanto necesitamos. Digámosle como un santo: *¡Oh augusta Madre mia! ¡Si yo pongo en vos toda mi confianza, ciertamente que no me perderé; y si estoy bajo de esta proteccion, ciertamente que me salvaré;* porque el que tiene una devocion tan santa, es imposible que se pierda: y tanto más cuanto que es una devocion que es como el carácter distintivo de los que han de salvarse, y carácter con que distingue Dios á las almas de los predestinados. A vista de esto, bien podemos pedirle que *nos muestre despues de esta vida el fruto bendito de su vientre, Jesus*, ya que ella es el espanto del infierno, el terror de los demonios, la gloria de los escogidos y la salud de todos los justos. ¿Quieres conocer hasta qué punto la Santísima Virgen te librará del infierno? Conoce toda la extension de su patrocinio; y para esto debes recordar que los ángeles que están ante el trono de Dios, se hallan cubiertos con sus alas, al paso que *María* asiste ante la Majestad divina con las súplicas poderosas de un mandato. Por ella logramos el perdón de nuestros pecados; por ella se nos abren las puertas del cielo; y si como Madre es el todo de la Iglesia, que nos hace encontrar misericordia,

es como Virgen que encerró en su vientre virginal, al que no cabe en el cielo y en la tierra, la que nos hará llegar á la mas alta perfeccion.

61. *Los libra de las penas del purgatorio.*—La súplica en la que decimos á la Santísima Virgen que *despues de esta vida nos muestre el fruto bendito de su vientre, Jesus*, no solo supone que esta soberana Señora libra á sus devotos del infierno, sí que tambien que los saca de las mazmorras del purgatorio; y esto es muy claro, porque mientras están en esta cárcel de los padecimientos no pueden de modo alguno ver á Dios. ¡Ah! ¡qué felicidad, lector carísimo, la de un verdadero devoto de *María*! Porque así como mientras vivimos en este mundo basta un ruego suyo para que salgamos del pecado, así basta una sola de sus súplicas para vernos libres de las terribles penas del purgatorio. Aunque es verdad que las almas que sufren dichas penas, son incapaces de mérito ó demérito; pero *María*, considerándolas como hijas suyas, y como tiernísimas esposas de su Hijo Unigénito, trabaja en socorrerlas, y lo hace con tanta bondad, que aplica por su alivio toda su plenipotencia. Ella las visita con socorros abundantísimos; se sirve de los fieles para que les apliquen indulgencias, oraciones, ayunos y demas obras buenas, y aun no se desdeña de entrar en aquella cárcel del dolor para aliviarlas, como que ella es la Madre de todas ellas, y Madre la mas llena de piedad y misericordia. *María*, en fin, libra á las almas del purgatorio aun de un modo directo; porque á la manera que Jesucristo subiendo á los cielos, subió acompañado de todos los santos del Antiguo Testamento, así *María* Santísima en el día de su gloriosa Asuncion, se llevó todas las almas del purgatorio, como dicen gravísimos autores. Esta gracia, que entonces pidió á su Hijo, le quedó en herencia para todas las genera-

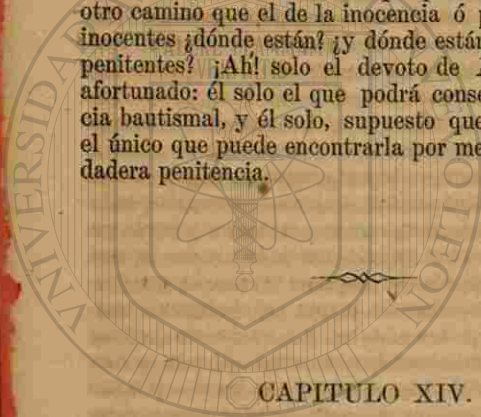
ciones; y con sus súplicas y con la aplicacion de sus méritos, saca de este lugar de afliccion á cuantas almas quiere, y de este modo logra *mostrarles el fruto bendito de su vientre, Jesus*. Es bien notoria la promesa que hizo la Santísima Virgen al papa Juan XXII, cuando le ordenó que erigiese el escapulario de nuestra Señora del Cármen, pues entonces le prometió que todos los que lo llevaren con devocion serian librados del purgatorio en el primer sábado despues de su muerte; y gracia que se verifica en favor de todos los cofrades del Cármen, que habiendo salido de esta vida estando en gracia de Dios, obraron segun el escapulario, ya guardando la castidad que reclama su estado, ya ayunando todos los miércoles del año, á excepcion del día de Navidad cuando cae en miércoles: hasta este punto consuela la Santísima Virgen á sus devotos, y hasta este punto los libra de las penas del purgatorio, y hace que les pueda *mostrar el fruto bendito de su vientre, Jesus*.

62. *Los conduce al cielo.*—Cuando te afirmo que *María* conduce á sus devotos al cielo, no tanto te anuncio una nueva verdad, como una consecuencia de lo ya explicado; porque si ella libra á sus devotos no solo de caer en el infierno, sino que tambien de las llamas del purgatorio, claro está que los ha de conducir á la patria celestial; y tanto más cuanto que solo en el cielo es donde puede mostrarnos *el bendito fruto de su vientre, Jesus*. A vista de esto, bien podemos aclamar por dichosos á cuantos tuvieren tan santa devocion: así es que ella se halla arraigada en los que son la herencia del Señor, y que han de alabarle por los siglos de los siglos.

En la Escritura hay unas palabras que se aplican á la Santísima Virgen, y que á la letra dicen así: *El que me dió el sér descansó en mi tabernáculo, y me dijo:*

Habita en Jacob y sea Israel tu herencia, y echa raíces en medio de mis escogidos: y es como si dijera: mi Creador ha querido habitar en mí, porque yo habitase en el corazón de sus escogidos, y para que la devocion de los fieles hácia mí formase su verdadero distintivo. ¡Ah! ¡Cuántos bienaventurados no estarian en el cielo, si no fuera por María! ¡Cuántos pecadores jamas habrian salido de sus pecados! ¡Cuántos justos habrian desgraciadamente caido! ¡Cuántos que se hicieron mas santos, habrian tornado á la tibieza! Y tú mismo, lector carísimo, ¿qué habria sido de tí sin las soberanas bondades de tu angusta Madre! Segun los decretos de la Providencia, bien podemos asegurar que por María están en el cielo los santos Apóstoles, los ejércitos de los mártires, los innumerables confesores y los coros de las vírgenes; y aun por la intercesion y por los méritos previstos de María, están en el cielo los patriarcas, los profetas, todos los justos del Antiguo Testamento y aun todos los ángeles; y á no dudarlo, esta es la idea de la Iglesia cuando proclama á María, la Reina y Emperatriz de los cielos y de la tierra. A vista de esto bien puede decir María: Yo hago resplandecer en el cielo tantos luceros cuantos se encuentran en la patria celestial; porque todos se han salvado por mi proteccion y valimiento. ¡Oh divina devocion la de María! Yo te apellido puerta del cielo, porque á tí te han sido entregadas las llaves del reino de los cielos: yo te llamo escala de la gloria, porque por tí bajó Jesucristo y subiremos nosotros para ser eternamente felices; yo te denomino el colmo de todas las gracias, porque tú eres el sendero de la gloria, el auxilio de una buena confesion, y la gracia de la perseverancia final. ¡Oh divina devocion la de María! tú eres una mística carroza que conduces á todos los escogidos al eterno reino de la gloria. ¡Ah lector carísimo! Y por qué, á

pesar de ser todo esto la devocion de *María*, y de ser mucho más de lo que nos podemos imaginar, ¿por qué, digo, hay tanta maldad entre los hombres? ¡Oh *María*! ¿dónde está la inocencia de costumbres? ¿dónde la penitencia que acompañar debe á todo arrepentido? Sin embargo, ello es cierto, que para ir al cielo no hay otro camino que el de la inocencia ó penitencia. Los inocentes ¿dónde están? ¿y dónde están los verdaderos penitentes? ¡Ah! solo el devoto de *María* será este afortunado: él solo el que podrá conservar la inocencia bautismal, y él solo, supuesto que la perdiese, es el único que puede encontrarla por medio de una verdadera penitencia.



CAPITULO XIV.

¡OH CLEMENTE! ¡OH PIADOSA!

63. *Explicacion de la Salve.*—En este capítulo vamos á saludar á la Santísima Virgen como *Clemente y Piadosa*; y ojalá que supiésemos aprovechar como conviene todas sus cualidades! ¡Con qué afecto no debes presentarte á esta soberana Señora! ¡Qué amor tan santo no debes profesar á tan privilegiada criatura! Ella es la mas amada de Dios, como que es su verdadera Madre: ¿y podrás tú no amarla ya que ella es tambien la que mas te ama? ¿Podrás tú no colmarla de toda la gloria que te sea dable, siendo, como es, la que te ha dispensado las gracias? ¡Oh *María Clemente*

ísima y Piadosísima: ¿quién hay que pueda no amarte? ¿quién será tan feliz que te ame con todo el corazón? ¿quién muriera de puro amor hácia tí? ¿quién muriera en defensa de tu virginidad y maternidad divina? ¿quién proclamara todas tus glorias como realmente son? Tú eres la *Clementísima* y la *Piadosísima*, y como tal, eres la mas santa y la escogida del Señor. En efecto: te eligió el Padre Eterno, porque eres santa, y no porque tus riquezas fuesen superiores á las que poseen los mas ricos; te eligió el Hijo Divino, porque eres santa, y no porque tuvieses una nobleza que te distinguiera de los demas: te eligió el Espíritu Santo, porque eres santa, y no porque te caracterizase una hermosura de carne ó una ciencia de mundo: te escogió toda la Augusta Trinidad, porque eres la mas adornada en la virtud, la mas rica en tesoros de la gracia, la mas hermosa por los dones del Espíritu Santo; la nobilísima, porque sangre divina es la que corre por tus venas; la sapientísima, porque la misma Sabiduría infinita quiso aprender en tu escuela; en suma, quiso elegir en tí á la criatura mas santa, porque tal es el resultado de la que siendo la *Clementísima*, es al mismo tiempo la mas *Piadosa*. ¡Oh *María*! ¡Oh esperanza mia! ¡Oh salud de cuantos os invocan! haced que os ame de continuo y con todo mi corazón, y en el tiempo y en la eternidad.

64. *María es Clementísima.*—Uno de los santos de la Iglesia hablando de la *clemencia de María* hácia los miserables pecadores, asegura que es su tierra de promision, y que lo que era ésta para los israelitas, esto es *María* para todos los cristianos; y así como aquella les manaba leche y miel, así ésta es la leche por su bondad, es la miel por su misericordia; y lo es tanto, que la Iglesia la apellida la *Clementísima*. ¡Oh cuántos beneficios en un solo beneficio! Ejercita su clemen-

cia en favor nuestro, y con solo este acto nos da la miel de su suavidad y la leche de su misericordia; y lo hace de modo que no solo podemos llamarla misericordiosa, sino tambien que toda es misericordia. Es tal su bondad, que toma por causa suya la causa de todos los miserables; con el afan mas solícito procura que no se pierda ni siquiera uno solo; su piedad es tan rica, que no desea mas que aliviarnos, y contemplando á ella la vemos toda misericordia, sin mezcla alguna de justicia. ¡Ah! ¡cuántos castigos fulminados por la Justicia divina contra los pecadores han sido revocados por *Maria*! A cuántos tibios no se han quitado los grados de gracia como lo merecian? ¡Cuántos santos no fueron abandonados despues que imprudentes se expusieron á perderse? El pecado no solo es el único mal verdadero, sino que es tambien la causa de todos los males: ¿pues cuáles deberian ser nuestras desgracias ya que tanta es la iniquidad? ¡Cuántos los estragos que debieran ocasionar la guerra, el hambre, los terrémotos, la miseria y el desenfreno de todas las pasiones? ¡Y cuántas veces debiéramos haber sido enteramente aniquilados? ¡Mas por qué no ha sido así? No hay otro por qué, que la *clemencia de Maria*, porque obrando conforme ella, ha hecho que dirigiera sus ruegos en favor nuestro. Estamos en grandes trabajos; aflicciones de alma y cuerpo nos rodean: la miseria y enfermedades nos circundan, ¿y á pesar de todo esto aun vivimos? Es la *clemencia de Maria* que fué para nosotros el refugio mas seguro. Pobres de nosotros si no tuviéramos una Madre tan solícita y elemente: porque al modo que donde no hay mujer, ordinariamente gime y padece el enfermo; así gemiriamos y padeceriamos eternamente, si nos faltasen las soberanas clemencias de nuestra Virgen y Madre nuestra: y tanto más cuanto que no hay gracia que reciban los mortales, que no haya pasado

por el conducto de *Maria*. A nadie pase por la cabeza el que *Maria* no sea la *Clementísima*, porque lo es de un modo el mas semejante á la divina *Clemencia*: por esto ve todas nuestras necesidades, y las ve mejor que nosotros: por esto siente todos nuestros males, y los siente aun mas que nosotros mismos: por esto no puede dejar de socorrernos con la mas entrañable piedad. Amemos á *Maria*, y amémosla como merece aquella purísima criatura que la Iglesia apellida la *Clementísima*.

65. *Es Piadosísima*.—Permíteme, lector carísimo, que te exprese mi idea, á fin de que entreveas un poco hasta qué punto la Santísima Virgen es la *Piadosísima*. ¡Qué hay en ella que no respire piedad? Bien podriamos afirmar que es la *piedad misma*, que sus entrañas no dejan de producir ni siquiera por un momento frutos de piedad, que de su corazon no puede manar otra cosa que una fuente piadosísima, y que sus ojos y sus oídos, sus piés y sus manos, no tienen otra ocupacion que el admirable ejercicio de la mas acendrada piedad. Mira á la *Piadosísima Maria*, y la verás como un hermoso olivo plantado en medio de los campos: y así como del olivo no sale sino aceite, símbolo de la misericordia; así de las manos de *Maria* no puede brotar otra cosa que sus misteriosas piedades. ¡Ah! acudamos á *Maria*; pidámosle que ejerza en favor nuestro su poderosa piedad, ya que la Iglesia la saluda diciendo ¡oh Piadosa! ¡Qué hermoso es ver á *Maria* comparada á un hermoso olivo plantado en medio de los campos! ¡Ah! esto nos indica que ella es toda para nosotros, que podemos acudir á ella siempre y en toda ocasion: y al modo que el olivo solo da el aceite, así el místico olivo de la Madre de Dios, solo puede darnos el aceite de su piedad. La Iglesia no solo considera á la Santísima Virgen siendo la *Clemente* y la

Piadosa en favor nuestro, sino que lo será toda nuestra vida; lo será de un modo especial en la hora de la muerte; y lo será por los siglos de los siglos.

Y si se lee del emperador Tito que deseaba hacer tantos bienes que tenía por perdido aquel día que no había hecho algún bien especial, ¿qué diremos de nuestra queridísima Madre? ¿Cuáles serán sus deseos de dispensarnos sus piedades? Si aquel hacía esto movido de un motivo humano, ¿qué hará *Maria* estando motivada por la sobreabundantísima caridad de Jesús? Concluyamos de todo lo dicho que la *clemencia y piedad de Maria* es la mas semejante á la piedad y clemencia de Jesús: y como éste ha dado por nuestro rescate infinitamente mas de lo que era necesario, así *Maria*, obrando de un modo semejante, nos confiere casi infinito mas de lo que necesitamos. Digámosle, pues, con entera confianza: *¡Oh Maria! ¡Oh la Clemente, Piadosísima!* rogad por mí, porque sé de cierto que me alcanzaréis muchas mas gracias de las que yo puedo desear. *¡Oh* qué grande es la clemencia de la Santísima Virgen! Ella puede decirnos: *Yo soy de un espíritu tan dulce, que he venido del cielo para salvar á los pecadores, aun á los mas miserables:* por esto la Iglesia toda me apellida *¡oh Clemente! ¡oh Piadosa!* Acudamos, pues, siempre á esta Madre de piedad, y esperemos confiadamente salvarnos por su intercesion, ya que ella es la salud y la vida, la esperanza y el consuelo, el refugio y el socorro, el trono de gracia y de misericordia, la *Clemente y la Piadosísima*, y es ademas la siempre Virgen *Maria*.

CAPITULO XV.

¡OH SIEMPRE VIRGEN MARIA!

66. *Explicacion de la Salve.*—Con este capítulo, lector carísimo, vamos á concluir la Salve, y concluiremos con las palabras que dicen: *¡Oh siempre Virgen Maria!* Divinas expresiones que son el mas bello compendio de cuanto te he dicho. *¡Oh siempre Virgen Maria!* Como si dijera: esta soberana Señora, no obstante que la hemos saludado Madre de Dios y Madre de los hombres, con todo, es Virgen, y lo es para siempre: y esta Virgen Madre es la que se llama *Maria*. *¡Maria!* tal es el nombre que va á servirnos de un modo especial. *¡Maria!* nombre excelso que recibió la divina Madre: nombre que no fué hallado en la tierra, sino que tiene su origen en el cielo: nombre que no fué inventado por el humano saber, sino que es efecto de una orden divina. *¡Maria!* *¡Oh* qué nombre tan suave; nombre que salió del tesoro de la divinidad; nombre excelso y adorable que supera á todo otro nombre despues del de Jesús, y nombre enriquecido con tanta majestad y poder, que al proferirse lo adoran postrados los cielos, la tierra y los infiernos! Y no debe admirarte, porque es el nombre de aquella que dice: Yo soy la que salí de la boca del Altísimo; yo la Primogénita creada antes que toda criatura: yo la que hice que en el cielo de la Iglesia brotara la luz indefectible, y yo la que cual misteriosa nube cubierto hé y defendido á todo el universo mundo. El nombre de

aquella que habita en lo mas alto de los cielos, la que colocó su trono en su eminencia, la única que rodea y la sola que penetra la profundidad de los abismos, la que anda en las olas de los mares como en plana superficie, la que tiene el dominio sobre toda nacion y ejerce la primacia en todos los pueblos, y la que habiendo sido la habitacion del Señor, ha colocado su morada en el corazon de los cristianos: *tal es María, la siempre Virgen María!* Pero prescindiendo yo de las mil y mil prerogativas que caracterizan tan santo nombre, me fijaré en su dulzura, para que gozándola tú corporal ó espiritualmente, reces con mucha frecuencia la Salve.

67. *Dulzura del nombre de María.*—Voy á comenzar este número asegurándote, lector carísimo, que el nombre de *María* está henchido de la dulzura mas inexplicable. Y no puede ser de otro modo; porque, ¿qué hay en el cielo que no sea mas dulce que el mas rico panal de miel y que el mas delicado almíbar? Ahora bien: ¿qué será la dulzura de lo del cielo? ¿Qué será la dulzura del nombre de *María*? ¿Qué será siendo la palabra escogida para apellidar á su Reina? Solo os diré que al pronunciarse se puede gustar una dulzura tan extraordinaria, que supere en gran manera á las dulzuras conocidas; solo diré que al decir *María* puede uno sentir y gustar un sabor dulcísimo; y aun os diré que en la Asuncion de *María* á los cielos, por esto preguntaron los ángeles tantas veces por tan dulcísimo nombre, y que por la suavidad que experimentaban al decir *María*, por esto multiplicaban sus preguntas. ¡Ah! séame permitido aplicar al nombre de nuestra Reina lo que se dice del nombre de Jesus, y que afirmé por tanto que el nombre de *María* es para sus devotos júbilo para el corazon, melodía para el oído y miel dulcísima para el gusto. ¡Oh si una y mil veces repitiéramos sin

cesar *María, María, María!!!* Aunque algunos santos han experimentado sensiblemente alguna de las cien y cien dulzuras de tan divino nombre; pero la comun á todos es una dulzura saludable de consuelo y de amor, de alegría y de fortaleza, y de una paz sobreabundantísima que supera á todo sentido. Otro efecto de esta espiritual dulzura es ser rico en bienes espirituales que se nos comunican á medida que lo pronunciamos, y desprende ademas un conjunto de tanta gracia y esperanza, y tan admirable y divino, que infunde en sus devotos un gozo completo de verdadera suavidad; y al mismo tiempo es tan maravilloso, que si sus amantes lo oyen mil veces, otras tantas lo escuchan con nuevo deleite. ¡Oh qué nombre tan admirable el de *María!* Eres sobre todo otro nombre despues del de Jesus: el que te nombra debidamente, se reanima en la fé, esperanza y caridad; arde especialmente en fervientes actos de amor, y el corazon mismo manifiesta con sus saltos toda la alegría de que goza. ¡Oh *María!* ¡Oh nombre suavísimo el de *María!* Si tu solo nombre es ya tan amable y tan dulce, ¿qué seréis vos misma?

68. *Efectos del nombre de María.*—¡Oh *Clemente!* ¡Oh *Piadosa!* ¡Oh *siempre Virgen María!*—¡Quién habrá que pronunciando devotamente tu dulcísimo nombre no se sienta inclinado hácia tí? Decir *María* es inflamarse en el amor de tan soberana Señora; y basta que él ocurra al pensamiento de sus devotos para que le hagan nuevos actos de amor. Se dice que las riquezas consuelan á los pobres; ¡mas qué consuelo experimentaremos nosotros al decir *María*, ya que cuando se dice convenientemente, pone en nuestras manos las riquezas de la eterna gloria? ¡Oh Madre de Dios! Yo adoro tu dulcísimo nombre; nombre divino que está tan lleno de gracias y de bendiciones en favor de tus

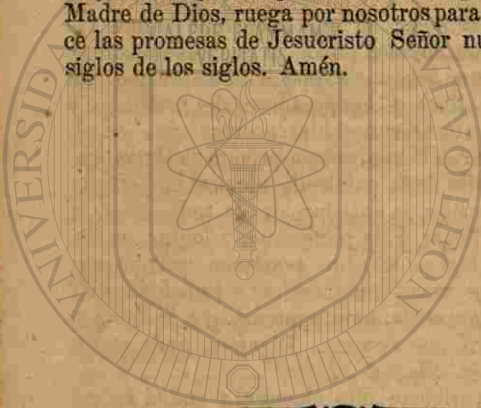
devotos, que es imposible que pronunciándolo devotamente deje de acarrearlos algunas gracias. Yo te adoro, dulcísimo nombre, ya que eres como un bálsamo oloroso que exhala todos los perfumes del amor; que destilas en lo interior del espíritu consuelos celestiales; que haces á cuantos te pronuncian devotamente, que tengan en su corazón la divina gracia. Yo te adoro, nombre dulcísimo de *María*, ya que eres el consuelo de los afligidos, la salud de los enfermos, el fervor de los tibios, la fortaleza de los justos y aun la creencia de los incrédulos: porque al modo que las llagas de Jesús serán siempre el puerto de salvación, así también lo será el nombre angusto de *María*. Puede afirmarse muy bien, que el poder de este nombre es tal, que no hay corazón tan duro que con solo pronunciarlo devotamente, no se ablande; tal es la virtud que comunica la Madre de Dios á su divino nombre. Ea, pues, en todos los peligros de perder la gracia invoquemos á *María*, ya que tantos son los privilegios y caracteres de tan dulcísimo nombre. ¿Quieres ser casto? Dí *María*, y este nombre excelso te comunicará una gracia especial para que seas puro y casto, y saldrás tan ileso de toda tentación deshonesta, como los tres jóvenes de en medio de las llamas del horno de Babilonia. ¡*María!* nombre divino que nuestra dilectísima Madre nos presenta como el aceite y el bálsamo derramado; y así como el aceite balsámico sana á los enfermos, esparce el olor y alimenta la llama, así el nombre de *María* sana á los pecadores haciéndoles justos, recrea á lo admirable á los amantes de la castidad, é inflama á los santos en el divino amor. ¡Oh quién dijera siempre: *María, María, María!* Para decirte de una vez todas las dulzuras de este divinísimo nombre, reflexiona que todas las gracias están poderosamente enlazadas con la última gracia, de modo que con ella todo sirve, al

paso que sin ella nada aprovecha, para que de todo lo dicho concluyas el valor que tendrá cuando la pronuncia el moribundo en su última hora.

No dudemos que en esta situación especial los demonios lo temen tanto, que solo al oírlo huyen de quien lo profiere, como de un fuego que los abrasa, y aun desprenden las garras del alma que ya tenían asida. ¡*María!* nombre poderoso que hace huir de quien lo profiere todos los ángeles malos, al paso que adquiere de los buenos una asistencia especial: nombre que cual fortísima torre, libra á los pecadores del castigo, y á los justos de asaltos insuperables: nombre entre los admirables el admirabilísimo, porque pronunciado con confianza y propósito de la enmienda, alcanza un perfecto dolor de los pecados, la satisfacción de todos ellos, la fortaleza para llegar á la perfección, y lograr un día la recompensa eterna: nombre santísimo, porque nos facilita hacernos mas y mas santos; y principalmente nombre dulcísimo en la hora suprema, por la santa y dulcísima muerte que alcanza. Digamos, pues, una y mil veces *María! María! María!*

Dílo, lector carísimo; dílo siempre, y con el mayor afecto, devoción y perseverancia; porque invocas á la Virgen Madre; al huerto cerrado, en el cual no entró la serpiente de la culpa; á la fuente sellada, que tiene para cuantos la invocan un torrente de gracia divina, y á la misteriosa puerta que conduce á la patria celestial. ¡Oh quién dijera siempre *María! María! María!* Breve salutación, pero poderosa en bendiciones y fortísima para rechazar todos los ataques del enemigo. Ea, pues, si deseas encontrar en todo trabajo un verdadero consuelo, acude á *María*, invoca á *María*, obsequia á *María*, y á *María* encomiéndate, y con *María* exhales tu último suspiro. Porque esta *María* es la Reina y Emperatriz del cielo y tierra; es la Madre

del Criador y de las criaturas; es la vida y la dulzura, es nuestra esperanza por el tiempo y por la eternidad; es nuestra abogada ante Jesucristo, como éste lo es con su Padre; es la que vuelve hácia nosotros esos sus ojos tan misericordiosos, y la que nos muestra á Jesus, fruto bendito de su vientre: es la Clemente, la Piadosa y la Siempre Virgen María; es la que, en fin, como Madre de Dios, ruega por nosotros para que nos alcance las promesas de Jesucristo Señor nuestro, por los siglos de los siglos. Amén.



INDICE.

AVE MARIA.

CAPITULO I.—Ave María.....	7
1. Oracion á la Santísima Virgen María.	
2. Qué es el Ave María.	
3. Qué decimos á la Virgen diciéndole Ave María.	
4. Le recordamos que es nuestra mediauera y abogada.	
5. Que es nuestra verdadera luz.	
6. Devocion al Ave María.	
CAPITULO II.—Llena eres de gracia.....	20
7. ¿Qué decimos á María saludándola llena de gracia?	
8. Le decimos que es la primera entre las criaturas.	
9. Que posee eminentemente todas las gracias de las criaturas.	
10. Que es suya toda la gracia que Dios nos concede.	
11. Devocion á los novenarios.	
CAPITULO III.—El Señor es contigo.....	31
12. La mayor felicidad de María.	
13. María tiene consigo al Señor antes de su nacimiento.	
14. Lo tiene consigo durante su vida.	
15. Lo tiene consigo despues de esta vida.	
16. Devocion al Santísimo Rosario.	
CAPITULO IV.—Bendita tú eres entre todas las mujeres.....	42

- 17. Se compara la bendicion de Maria con la de algunas santas.
- 18. María Santísima bendita entre todas las viudas.
- 19. Bendita entre las casadas.
- 20. Bendita entre las vírgenes.
- 21. Devocion al ayuno.

CAPITULO V.—Y bendito sea el fruto de tu vientre, Jesus. 51

- 22. Excelencia de la maternidad divina.
- 23. ¿María Santísima desde el primer instante de su Concepcion inmaculada tuvo un conocimiento perfecto de su futura elevacion?
- 24. María, si es Madre de Dios, es la criatura mas semejante á Jesucristo verdadero Dios.
- 25. Devocion á la medalla milagrosa.

CAPITULO VI.—Santa María, Madre de Dios. 62

- 26. Santidad de María.
- 27. Si es Madre de Dios, conviene en la dignidad de Dios.
- 28. Si es Madre de Dios, tiene la administracion de todos sus bienes.
- 29. Devocion á las Visitas de María.

CAPITULO VII.—Ruega por nosotros pecadores. 70

- 30. Qué es María con relacion á nosotros.
- 31. Ruega á Dios para que nos convirtamos.
- 32. Ruega á su Hijo para que nos perdone.
- 33. Nos reviste de la gracia.
- 34. Devocion al escapulario azul celeste.

CAPITULO VIII.—Ahora y en la ahora de nuestra muerte. Amén Jesus (1). 80

- 35. Importancia de este capitulo.

1 Inocencio VIII concedió cinco años y cinco cuarentenas de indulgencia á los cofrades del Rosario que pronuncian el dulcísimo nombre de Jesus al fin de la salutacion angélica; y algunos autores afirman que dichas indulgencias se extienden á todos los fieles.

- 36. Pedimos á María que en nuestra última hora nos libre de los enemigos.
- 37. Que nos libre de las angustias de la muerte.
- 38. Que nos libre de las tentaciones del demonio.
- 39. Y de los temores por los juicios de Dios.



LA SALVE.

CAPITULO I.—Dios te salve, Reina. 98

- 1. Grandeza de María.
- 2. Origen de la Salve.
- 3. María es nuestra Reina.
- 4. Es Reina de misericordia.
- 5. Es dignísima de toda nuestra confianza.
- 6. Y nos asegura de su misericordia.
- 7. Devocion de una niña á su Reina.

CAPITULO II.—Madre. 102

- 8. María es nuestra Madre.
- 9. Es nuestra Madre porque Jesucristo es nuestro Padre.
- 10. Porque concibió al Hijo de Dios.
- 11. Porque nos engendró en el Calvario.
- 12. Porque ella misma se declara nuestra Madre.
- 13. Devocion de una niña á su Madre.

CAPITULO III.—Madre de misericordia 110

- 14. Amor de María á los hombres.
- 15. Porque es su Madre.
- 16. Por el amor que tiene á Dios.
- 17. Porque Jesucristo nos recomendó á su amor.
- 18. Porque somos el precio de la muerte de su Hijo.
- 19. Devocion al amor de María.

CAPITULO IV.—Madre de misericordia..... 120

20. María es la Madre de los justos.
 21. María no es la Madre del obstinado pecador.
 22. Es la Madre del pecador arrepentido.
 23. Es la Madre del pecador que quiere arrepentirse.
 24. María siente los males del pecador como si fueren suyos.
 25. Devocion á esta Madre de misericordia.

CAPITULO V.—Vida..... 129

26. María es nuestra vida.
 27. Porque nos conserva la vida del cuerpo.
 28. Porque nos conserva la vida del alma.
 29. Porque nos alcanza de Dios la perseverancia final.
 30. Devocion á María como vida.

CAPITULO VI.—Dulzura..... 138

31. María es nuestra dulzura.
 32. Asistiéndonos en la hora de la muerte.
 33. Defendiéndonos de los enemigos.
 34. Y en el mismo tribunal de Dios.

CAPITULO VII.—Esperanza nuestra, Dios te salve... 146

35. María es nuestra esperanza.
 36. Le es de todos los cristianos.
 37. Y principalmente de los grandes pecadores.

CAPITULO VIII.—A tí clamamos los desterrados hijos de Eva..... 153

38. Explicacion de la Salve.
 39. La Iglesia nos exhorta á clamar á María.
 40. Así que la invocamos nos socorre.
 41. Vuela para socorrernos.
 42. Y aun nos socorre sin invocarla.

CAPITULO IX.—A tí clamamos los desterrados hijos de Eva..... 161

43. Tentaciones diabólicas.

44. Nos libra de ellas por el poder que le ha dado Dios.
 45. Porque es como un formidable ejército.
 46. Porque es la mística arca del Señor.
 47. Porque es la azucena entre las espinas.

CAPITULO X.—A tí suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas..... 169

48. Explicacion de la Salve.
 49. Tenemos necesidad de su intercesion.
 50. La intercesion de María nos es necesaria para salvarnos.
 51. Continúa el mismo asunto.

CAPITULO XI.—Ea, pues, abogada nuestra..... 176

52. Explicacion de la Salve.
 53. María es una abogada omnipotente.
 54. Porque sus preceptos son de Dios obedecidos.
 55. Porque nos da mas ella que todos juntos.

CAPITULO XII.—Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos..... 185

56. Explicacion de la Salve.
 57. Qué podemos alcanzar de María con esta supplica.
 58. Nos da lo hecho cuanto ella puede.

CAPITULO XIII.—Y después de este nacimiento, muéstranos á Jesus, fruto bendicto de tu vientre..... 193

59. Explicacion de la Salve.
 60. María libra del inferno á sus devotos.
 61. Los libra de las penas del purgatorio.
 62. Los conduce al cielo.

CAPITULO XIV.—Oh Clemente! Oh Piadosa!..... 200

63. Explicacion de la Salve.
 64. María es Clementísima.
 65. Es Piadosísima.

CAPITULO XV.—Oh siempre Virgen María!..... 205

66. Explicacion de la Salve.
 67. Dulzura del nombre de María.
 68. Efectos del nombre de María.



**DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN**

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA NUEVA
BIBLIOTECA